

Howard Buten

de

Cuando yo tenía cinco años, me maté

Traducción de Marcelo Cohen



Burt solo tiene ocho años, pero su pequeño corazón ya ha conocido grandes sentimientos. Demasiado grandes. Demasiado fuertes. Ahora vive recluido en un Centro de Internamiento Infantil por lo que le hizo a Jessica. Solo, contra la estupidez de los adultos que convierten sus sueños en síntomas clínicos y su amor en un delito. Solo, en una fortaleza de silencio. ¿Quién lo sacará de allí? Pura emoción, en una prosa maravillosamente conseguida. Traducido a 16 idiomas Más de 2 millones de ejemplares vendidos en Francia Howard Buten es, además de escritor, psicólogo especializado en autismo, músico y *clown* profesional. Cuando yo tenía cinco años, me maté es considerado un clásico moderno en Francia, donde Buten ha sido nombrado Caballero de la Orden de las Artes y las Letras.



Howard Buten

Cuando yo tenía cinco años, me maté

ePub r1.1

Titivillus 18-02-2020

Título original: *When I Was Five I Killed Myself*

Howard Buten, 1981

Traducción: Marcelo Cohen

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Cuando yo tenía cinco años, me maté

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

Autor

Notas

1

Cuando yo tenía cinco años, me maté.

Estaba esperando a Popeye, que sale después de las noticias. Para ser una persona, Popeye tiene unas muñecas enormes y es fuerte como ninguno. Pero las noticias no acababan nunca.

Papá las estaba viendo. Yo me tapaba los oídos porque me dan miedo. Es lo que menos me gusta de la tele. Salen los rusos que quieren aplastarnos. Sale el presidente de los Estados Unidos que es calvo. Salen anuncios del fabuloso Autorama de este año, y yo ya estuve una vez, fue una actividad muy divertida.

En las noticias salió un hombre. Tenía algo en la mano, una muñeca, y la mostraba. (Se veía que no era de verdad por las costuras). Me quité las manos de los oídos.

«He aquí el juguete preferido de una niña —dijo el hombre—. Y esta noche, en un accidente absurdo, esa niña ha muerto».

Subí corriendo a mi cuarto.

Salté a la cama.

Hundí la cara en la almohada y fui apretando cada vez más hasta no oír nada. Aguanté la respiración.

Luego vino mi padre y me quitó la almohada y me tocó con la mano y dijo mi nombre. Yo estaba llorando. Él se inclinó y me pasó las manos por debajo y me levantó. Me hizo así en el pelo y yo apoyé la cabeza en él. Mi padre es muy fuerte.

—No pasa nada, hijo, no llores —susurró.

—No estoy llorando —dije yo—. Ya soy un chico mayor.

Pero lloraba. Entonces papá me dijo que cada día muere alguien y nadie sabe por qué. Así son las reglas del juego. Después se fue abajo.

Yo me quedé sentado en la cama. El tiempo pasaba y pasaba. Dentro de mí había algo que no andaba bien, lo notaba en el estómago y no sabía qué hacer. Así que me tumbé en el suelo. Estiré el índice y me lo llevé a la cabeza. Y doblé el pulgar. Y me maté.

Estoy en el Centro de Internamiento Infantil.

Me han traído por lo que le hice a Jessica. Todavía me sangra la nariz pero no me duele, pero tengo la mejilla negra y azul. Me duele. Me da vergüenza.

La primera persona que he conocido al llegar aquí ha sido la señora Cochrane. Ha ido a recibirme al despacho donde yo estaba con papá y mamá. Todos se han dado la mano menos yo. Yo las tenía en los bolsillos. Con los puños cerrados. La señora Cochrane me ha sacado de allí. Es fea. No dan ganas de mirarla y va en pantalones aunque es vieja. Me habla muy despacio, como si estuviera durmiendo. Yo no estoy durmiendo.

Me ha llevado a mi pabellón. Tiene seis camas. No hay cortinas ni alfombras. No hay armarios. No hay tele. Las ventanas tienen barrotes como si fuera una cárcel. Estoy preso por lo que le hice a Jessica.

Luego he ido a ver al doctor Nevele.

Su despacho está para ese lado, bajas por el pasillo y cruzas las puertas grandes y luego doblas así y allí está. Tiene pelos en la nariz, parece estropajo. Me ha dicho que me sentara. Me he sentado. He mirado por la ventana que no tiene barrotes y el doctor Nevele me ha preguntado qué estaba mirando. Yo he dicho que los pájaros. Pero estaba buscando a mi padre para que me llevara a casa.

En la mesa del doctor Nevele había una foto de niños y había una foto de Jesucristo que me parece que es falsa porque en aquella época no existían las cámaras. Estaba en la cruz y encima alguien sostenía un cartel. El cartel decía INFO. Significa que puedes pedirle indicaciones.

El doctor Nevele estaba sentado detrás del escritorio. Ha dicho:

—Bien, bien, ¿por qué Burt no me cuenta ahora algo de sí mismo?, por ejemplo, ¿qué es lo que más le gusta hacer?

Yo me he cruzado de brazos. Como un caballerito. No he dicho nada.

—Vamos, Burt. ¿Qué cosas te gusta más hacer, con tus amigos, por ejemplo?

Me he quedado callado. No he contestado. Él me ha mirado con los ojos y yo he mirado por la ventana buscando a mi padre, solo que no lo veía. El doctor Nevele me ha preguntado otra vez y luego otra vez y luego ha parado de preguntar. Se ha puesto a esperar a que yo hablara. Pero yo no quería. Se ha levantado y ha empezado a caminar por el despacho y, luego, como él también miraba por la ventana, yo he mirado para otra parte. He dicho:

—Es de noche.

El doctor Nevele me ha mirado.

—No, Burton, no es de noche. Es de día. Estamos a media tarde.

—Es de noche. La hora en que viene *Blacky*.

El doctor Nevele me ha mirado.

—¿La noche se llama *Blacky*? —ha preguntado.

(Al otro lado de la ventana ha aparcado un coche y otro se ha ido. Mi hermano Jeffrey se sabe los nombres de todos los coches, tío, de todos. Es un experto. Pero cuando vamos los dos en el asiento de atrás del nuestro nos gritan si nos asomamos).

—*Blacky* viene a mi casa por la noche —he dicho yo, pero no se lo he dicho al doctor Nevele. Se lo he dicho a Jessica—. Cuando estoy bien arropado. Se para bajo mi ventana y espera. Sabe elegir el momento. Es silencioso. No hace nada de ruido, no como los otros caballos. Pero yo sé que está abajo porque lo oigo. Suena como el viento. Pero no es el viento. Huele como las naranjas. Entonces yo hago una cuerda con las sábanas y me descuelgo por la ventana. Son treinta metros. Yo vivo en una torre. Es la única torre de mi manzana.

»Cuando lo monto los cascos hacen un ruido como de cromos de béisbol en los rayos de una bicicleta y con eso los confunde la gente. Pero no son eso. Soy yo. Y montado en *Blacky* voy hasta donde no hay más casas y no hay más gente. Hasta donde no hay cole. Hasta la prisión donde meten a los que no han hecho nada, y nos paramos frente al muro. Todo está en silencio. Yo me pongo de pie encima de *Blacky*, que es muy resbaladizo, pero yo no resbalo nunca. Y trepo por el muro.

»Dentro hay soldados, llevan cinturones cruzados como guardias de seguridad, solo que tienen barba. Están sudados. Están durmiendo. Hay uno que ronca, el gordo que es malo con los niños.

»Yo me deslizo hasta la parte de la prisión donde las ventanas tienen barrotes y les susurro a los prisioneros: “¿Sois inocentes?”. Ellos dicen que sí. Entonces abro los barrotes con el índice y los dejo escapar.

»Justo cuando estoy bajando por el muro, el gordo que no quiere a los niños se despierta y me descubre, pero ya es tarde. Lo saludo con la mano y doy un salto. Son treinta metros. Todos piensan que me he matado. Pero no. Tengo puesta una capa y la estiro así y el viento hincha la capa y yo es como si volara. Aterrizo encima de *Blacky* y nos vamos a comer galletas con leche. Yo las galletas las remojó.

El doctor Nevele me miraba fijamente.

—Muy interesante.

—No estaba hablando con usted.

—¿Y con quién estabas hablando?

—Usted sabe con quién.

—¿Con quién?

(Fuera había un niño pequeño como yo jugando con una pelota, la hacía botar en el aparcamiento y reía. Ha llegado su padre y lo ha sacado del Centro de Internamiento Infantil para llevarlo a su casa, donde jugaba con trenes que funcionaban de verdad).

—Burt, quiero que seamos colegas. Colegas que se cuenten cosas. Porque creo que yo puedo ayudarte a descubrir cuáles son tus problemas, y ayudarte a

solucionarlos. Eres un niño enfermo. Cuanto más pronto me permitas ayudarte, más pronto te pondrás mejor y volverás a tu hogar. Ayúdame, ¿de acuerdo?

Yo me he cruzado de brazos. Es lo correcto cuando estás sentado. Es de buena educación. Nada de hablar ni mascar chicle. El doctor Nevele estaba de pie delante de mí esperando pero no decía nada. Yo escuchaba el ruido que venía de la sala del Centro de Internamiento Infantil, de niños que lloraban.

—Me tengo que ir —he dicho.

—¿Por qué?

—Me espera mi padre.

—Burt, tus padres se han marchado.

—No, es una cosa especial, han vuelto a decirme algo. Han vuelto a buscarme, doctor Nevele.

—Siéntate, por favor.

Yo estaba al lado de la puerta. He cogido el picaporte.

—Burt, siéntate, por favor.

Lo he mirado y he abierto la puerta y él se me ha acercado. He ido corriendo a pararme detrás del escritorio. Él ha cerrado la puerta y se ha puesto delante.

—Burt, ¿estabas hablando con Jessica?

No dije nada.

—Jessica no está aquí —ha dicho él.

Entonces he agarrado la foto de Jesucristo y la he tirado al suelo. He puesto encima la papelera y la he pisado y luego le he dado una patada y he ido corriendo al rincón de la ventana.

—Está en el hospital. Su madre se enfadó mucho. Mucho. Tal vez te gustaría contarme tu versión de la historia.

Me empezaba a doler la garganta. Era para morirse. Le he gritado «Cacho de mierda» al doctor Nevele y con eso el dolor ha aumentado, así que he vuelto a gritar y a gritar. Gritaba y gritaba.

El doctor Nevele se ha colocado detrás del escritorio. Se ha sentado sin decir nada y se ha puesto a leer una hoja como si no hubiera nadie. Solo que había alguien. Había un niño en el rincón. Yo.

—Tengo que llamar a mi padre —he dicho—. Acabo de acordarme de que tengo que decirle una cosa.

El doctor Nevele ha meneado la cabeza sin mirarme.

He ido hasta la estantería de los libros. Me he apoyado. Se tambaleaba. He mirado al doctor Nevele y le he dicho:

—No estaba hablando con usted. —Pero él no ha levantado los ojos—. Estaba hablando con Jessica.

—Jessica no está aquí.

Los libros se han caído y se han desparramado por todo el despacho porque yo los había empujado. El ruido me ha asustado. He echado a correr hasta la puerta y la he

abierto. El doctor Nevele se ha levantado. He cerrado la puerta.

«Ahora me pegará para que aprenda —he pensado—. Me enseñará una lección que nunca olvidaré. Me enseñará quién manda aquí. Me hará probar mi propia medicina. Lo hará por mi bien y algún día yo se lo agradeceré. Y le dolerá a él más que a mí».

Pero no lo ha hecho, solamente me miraba. Luego, de lo más tranquilo, ha dicho:

—¿Quieres el cinturón de seguridad?

Lo he mirado. Me ha mirado. Nos hemos mirado.

—Sí.

Yo no sabía qué era. Me he quedado observándolo, él ha abierto un cajón y ha sacado un cinturón. Me ha hecho sentar en la silla y me ha puesto el cinturón alrededor y me ha dejado las hebillas en las manos. Yo ya había visto hebillas así, como las de los aviones, sin agujeros. Me he abrochado el cinturón. Apretaba mucho. He tirado más. El doctor Nevele observaba. Tenía el cinturón alrededor del estómago, y he tirado y tirado y luego me lo he llevado al pito, más y más apretado sobre el pito hasta que me ha dolido tanto que me he puesto a llorar, y he apretado todavía más. Encima del pito.

—Basta —ha dicho el doctor Nevele. Ha dado la vuelta al escritorio y ha desabrochado el cinturón y se lo ha llevado. Ha cogido el teléfono y ha marcado pero se ha dejado algunos números. Ha dicho—: Dígle a la señora Cochrane que venga a mi despacho. —Luego se ha acercado y se ha puesto en cuclillas frente a mí y me ha mirado a la cara—. Cuéntame una cosa de ella, Burt, una sola cosa y puedes regresar a tu pabellón. ¿Cuándo fue la primera vez que la viste?

He pasado mucho tiempo mirándolo. Después he dicho algo.

—Delante de mi casa hay césped pero a mí no me dejan pisarlo porque mi padre le paga mucho a un jardinero, pero a veces lo miro desde la entrada de coches. Entonces vienen nubes. Yo me quedo en la entrada de coches y espero. Después viene un viento como si fuera a llover. Pero no. El viento sopla. Sopla y sopla y al rato casi no puedo quedarme en pie.

»Y empiezo. Camino diez pasos hacia atrás y luego corro entrada abajo y doy un salto. Luego corro entrada arriba y doy un salto. Luego corro entrada abajo y salto y luego el viento me coge por debajo y me levanta y me lleva por encima del césped y por la manzana y por todos los céspedes que no me dejan pisar. Vuelo hasta la casa de Shrubs, que está en la esquina. El viento siempre está tibio. En invierno hace frío, pero me dejan pisar el césped porque hay nieve.

El doctor Nevele se había apoyado en la puerta. Fruncía el ceño.

—Burton, cuanto antes te decidas a ayudarme, antes te irás a tu casa. Así son las cosas. De lo contrario tendrás que quedarte mucho tiempo.

—Cállate —he dicho yo.

—¿Cómo?

—No hablaba con usted.

—¿Con quién...?

—Con Jessica.

—Ya te he dicho que Jessica no...

Le he tirado la silla. La ha apartado de un golpe, la silla le ha rasgado la manga y él ha ido corriendo por mí y me ha agarrado y me ha estrujado con fuerza, nada de bromas, pero yo gritaba «Me hace cosquillas, me hace cosquillas».

Se ha abierto la puerta. Era la señora Cochrane. Estaba serena.

—Lleve al señor Rembrandt a la Sala de Retiro —ha dicho el doctor Nevele— hasta que recobre el control de sí mismo. ¿Necesita ayuda?

La señora Cochrane ha salido y ha vuelto a entrar con un hombre de camisa azul, era un asistente del Centro de Internamiento Infantil. Entonces el doctor Nevele me ha soltado. Me he limpiado la nariz con la manga y la señora Cochrane me ha cogido de la mano.

—Sé caminar solito, ¿sabe, señora Cochrane?

Ella ha soltado una especie de risa.

—Bien, pero de todos modos dame la mano —ha dicho, y yo he dicho vale.

Y ahora estoy en la Sala de Retiro. No hay ningún mueble salvo una silla. Es cuadrado. Los cuatro lados de la misma medida. Un cuadrado. Una cosa de geometría. Lo aprendí en una clase de tutoría, en el cole. (En la Feria de Ciencias vi una habitación que tenía una sola pared. Era circular).

Deduzco que fuera está lloviendo. Llueve a cantimploras, como dice Jeffrey. (Es mi hermano, se sabe los nombres de todos los coches, de todos, tío). Sé que está lloviendo porque corre agua por las palabras que escribo en la pared. El que hizo la Sala de Retiro no sabía hacer cuartos. Deduzco que no era muy *apto*.

Lloviendo. LLOVIENDO. Lloviendo.

Cuando venía hacia aquí he encontrado un lápiz en el pasillo. La señora Cochrane no me ha visto recogerlo. Y después de que me metieran aquí he hecho una cosa. He acercado la silla a la pared y me he subido. Y he escrito una cosa con el lápiz.

Cuando tenía cinco años me maté.

Lo he escrito en la pared de la Sala de Retiro. Ahora sigo escribiendo.

La primera vez que vi a Jessica Renton fue durante el Simulacro de Ataque Aéreo. Estábamos cerca del final del segundo semestre, en primavera. Cuando salimos del anexo para ir al edificio principal de la escuela el aire estaba tibio. El anexo es como una casita, detrás de la escuela, donde están los de segundo. Yo estaba en segundo entonces.

(El anexo huele a un olor, y como aroma no me gusta. Para ser un edificio, el anexo es muy pequeño. Solo tiene dos aulas. Yo estaba en una. Jessica estaba en la otra. Yo nunca me había fijado en ella hasta el Simulacro de Ataque Aéreo).

El Simulacro de Ataque Aéreo son diez timbrazos cortos. A los niños nos asusta mucho. Hay reglas. Tienes que alinearte en dos filas. Tienes que bajar las persianas para que los rusos no sepan dónde estás y no te maten. Luego tienes que ir sin hacer ruido al edificio principal de la escuela. Luego tienes que formar una fila al lado de los armarios, en el salón, y sentarte en el suelo y cantar «God Bless América». Da mucho miedo.

Las dos clases de segundo estaban en fila a la puerta del anexo esperando el momento de ir al edificio principal. Nadie hablaba. (Esa es otra regla). Todo el mundo tenía miedo porque iba a haber bombardeo. Yo tenía miedo, solo que no lo sabía nadie. Soy buen actor, me parece.

Entonces alguien habló.

—Me voy a mi casa, señorita Young.

Era una niña. Tenía pelo castaño, iba sin trenzas (pero con pasadores). Estaba derecha, con las manos detrás de la espalda *como cuando patinas* sobre hielo.

—Me pareció que debía avisarle —dijo—. Porque me marchó ahora mismo.

—Por favor, Jessica, vuelve ahora mismo a la fila —dijo la señorita Young—. En los Simulacros de Ataque Aéreo no se puede hablar.

—No. Me voy a mi casa. —Y empezó a alejarse.

La señorita Young se puso furiosa.

—¡Jessica! —gritó—. ¡Vuelve inmediatamente!

Jessica paró y se dio la vuelta. Regresó hasta donde estaba la señorita Young y con mucha tranquilidad le dijo:

—Si van a caer bombas, señorita Young, yo quiero estar en casa con mi familia. Y ahí es donde voy a ir.

La señorita Young se había quedado de piedra. No decía una palabra. Jessica alzó los ojos. Llevaba puesto un vestido rojo que era muy suave, solo con mirarlo te dabas cuenta. (Yo soy muy bueno mirando. Estaba seguro de que el vestido de Jessica era muy suave).

La señorita Young miró a Jessica.

—No va a haber un bombardeo —dijo—. Estamos haciendo un simulacro, un ejercicio. No va a atacarnos nadie. En diez minutos habremos acabado, así que no hace falta que te vayas a casa. Vuelve a la fila, por favor.

Jessica no se movió. Yo pensé que iba a echarse a llorar o algo parecido, pero no. Habló sin moverse.

—Es que me asusté mucho, señorita Young, porque creí que sería peligroso. Mi padre quiere construir un refugio en el sótano. Lo ha visto en una revista. Creí que habría un ataque aéreo de verdad. No me parece muy correcto asustar a los niños.

La señorita Young no respondió nada, pero Jessica se quedó un buen rato frente a ella, y todavía estaba allí cuando los timbrazos anunciaron que el Simulacro de Ataque Aéreo había acabado. Yo la observaba. Se quedó allí hasta que se marcharon todos. Nadie se le había acercado. Luego, muy lentamente, se recogió el bajo del vestido con las dos manos y, sin soltarlo, dio media vuelta e hizo una reverencia.

Fue aquella la primera vez que vi a Jessica Renton.

Aquel día cogí Marlowe para volver del colegio. Normalmente bajaba por Lauder, la calle donde vivo, pero aquel día cogí Marlowe.

Esperé solo en la esquina. (Normalmente vuelvo a casa con Shrubs pero a él lo habían castigado por decirle mierda a la señorita Filmer. En realidad Shrubs se llama Kenny^[1]. En el cole se porta mal, todos los maestros lo odian. Pero es mi mejor amigo. Lo conozco desde que nací. Es exactamente una semana mayor que yo. Exactamente. Somos hermanos de sangre. Cuando teníamos cinco años nos pinchamos los dedos con un alfiler y los apretamos uno contra otro. Solo que yo no lo hice porque los alfileres me dan miedo. Así que para hacerme sangre me pillé el pulgar con un cajón. Estuve seis semanas enyesado).

Primero empecé a bajar por Lauder, pero la esquina estaba llena de encargados de seguridad, unos chicos de lo peor. Malos bichos. Se meten con los pequeños. Por ejemplo conmigo. Yo llevaba en la mano el dibujo que había hecho en el cole (habíamos tenido dibujo en clase de tutoría porque se nos habían acabado las tareas) y esperé en la esquina a que los de seguridad dijeran «Adelante». Los de seguridad se paran con los brazos extendidos así y dicen «Un momento» cuando vienen coches y dicen «Adelante» cuando no hay peligro. Por eso los llaman guardias de seguridad.

Mientras yo esperaba, uno de ellos vio el dibujo.

—Y eso ¿qué es? ¿Una rana?

—No —dije yo—. Es un caballo. Lo he dibujado yo.

Me miró. Era inmenso.

—¿Tú eres tonto o qué? —dijo.

—Sí —dije yo.

El tío iba a zurrarme. Pero a mí me parece que el dibujo era muy bueno, como caballo. Era verde. Le había puesto de nombre Verdín.

El de seguridad me quitó el dibujo de la mano y la boca de Verdín se rasgó. El tío se echó a reír y se lo mostró a un compañero, que le dijo que parara de fastidiar. (En cada esquina ponen dos encargados de seguridad, así pueden meterse mejor con los pequeños). Entonces me devolvió el dibujo y dijo:

—Adelante.

Pero yo no me moví.

—¿Tienes un poco de celo para arreglarle la boca a Verdín? —dije.

—¿Hablas en serio?

—Me lo has roto.

—Que te den —dijo él, y me enseñó el puño y yo vi que tenía las uñas mugrientas.

Por eso tuve que volver a casa solo y cogí Marlowe. Crucé solo la primera calle. Primero te paras. Luego miras a los dos lados para estar seguro de que no vienen coches. Luego caminas sin correr hasta la otra acera. Yo soy buenísimo para las normas de seguridad. Nunca me han atropellado.

En Marlowe los árboles tienen helicópteros, unas cosas verdes que giran cuando caen. Como cosa de la naturaleza, me parecen interesantes.

Luego ocurrió algo. Vi que por la acera de enfrente iba andando Jessica con Marcie Kane, que me importa un pito, francamente, porque es una cerda, lo juro. Más tarde descubrí que además es la mejor amiga de Jessica. Ninguna de las dos me vio. Yo era invisible. Pero reduje la marcha y me agaché para atarme los cordones. (Solo que no me até nada porque llevo unos mocasines que son la bomba, tío. Le hice comprármelos a mi madre. Normalmente ella me compra botas de *boy scout*, que son un asco, pero una vez me dio una rabieta en la zapatería y me compró los mocasines que quería. No tienen ni una costura, ni una. Ni una. Además son puntiagudos. Cada vez que los ve mi madre se echa a gritar. Dice: «Francamente, me dan vergüenza». De allí he sacado lo de francamente).

Jessica y Marcie Kane iban bajando por Marlowe. Yo las observaba. Iban conversando. Jessica llevaba colgando un bolso con flecos. Yo no sabía qué tenía dentro. Se columpiaba venga y venga contra su vestido, y cuando golpeaba el vestido la tela formaba como unas olas. Pensé: «Dentro del bolso hay una varita mágica que se convierte en flores. Y viene con un sombrero gratis, había visto una en el Maxwell's».

La casa de Jessica era la de los postigos azules. De ladrillos, no de madera. Pero no ladrillos rojos sino malva.

Lo supe porque la vi entrar. Subió por la entrada de coches hasta la puerta de al lado. La entrada de coches de su casa tiene hierba en medio y no me gusta tanto como la nuestra, que es toda lisa. Además nosotros tenemos otra puerta detrás, no al lado.

(Marcie Kane siguió por Margarita. Vive en Strathmoor. En un váter).

Me paré en la acera de enfrente de la casa de Jessica y la miré. Me escondí detrás de un arbolito. (Delante de casa tenemos un arbolito, todavía está envuelto en el papel del vivero. Así siempre sé dónde vivo. Cuando el arbolito haya crecido yo seré mayor. Pero podré reconocer mi casa por el castillo del jardín delantero. Lo construiré cuando salga de aquí. Una vez ya construí uno, con Shrubs por cierto, de barro. A mi padre le dio una rabieta porque tuvo que alquilar una furgoneta para quitar el barro del jardín. Era un castillo enorme. Iba a ser de color malva).

En Marlowe soplaban viento, me enredaba el pelo. Me lo peiné con los dedos. Llevo la raya a un lado pero me gustaría llevar un corte a cepillo como en «Spin y Marty», pero mi madre me hace la raya a un lado. La detesto. Me dan ganas de matarla. Pero cuando el pelo me crece le puedo poner pomada Olivo y el peine se hunde muchísimo. Es la bomba, tío.

(Lo de rabieta lo he sacado de mi madre. Dice que una vez me cogió una).

En las ventanas de la casa de Jessica había cortinas. Estuve media hora mirándolas. Sé cuánto tiempo pasó porque llevaba el reloj que me habían regalado para Hanukah hasta que lo perdí.

Mientras miraba las cortinas de Jessica la acera se abrió bajo mis pies. Por suerte no me caí porque mis mocasines tienen unas cosas para no caerte. Eran treinta metros y había fuego y dinosaurios. Salté por encima y aterricé en el césped. Luego miré al otro lado de la calle y vi que Jessica me había visto y decía: «Caray, qué valiente eres».

Cuando llegué a casa mi madre me preguntó por qué había tardado tanto. Le dije que me había cogido un accidente de coche. Mi madre dio un grito. Pero yo le dije que no se preocupara porque no me había muerto, se había muerto otro. Siguió gritando pero yo le dije que me había olvidado de quién era el muerto. Luego subí a mi cuarto a jugar con mis soldados.

—Papá, ¿cuánto cuestan los postigos azules? —pregunté en la cena.

—¿Por qué?

—Quiero poner en mi castillo.

—Mientras yo viva no construirás otro castillo.

—Vale —dije yo—. Pero dime cuánto cuestan, para cuando te hayas muerto.

Más tarde me dijo que los conseguiría al por mayor, pero no sé qué quiere decir eso. Me parece que es cuando los traen en barco.

Malva. MALVA. Malva.

Y pocos días después llegaron las vacaciones y se acabó el cole. Todo el mundo gritó «Yupiii». Durante el verano jugué con Shrubs muy a menudo. Jugábamos al Zorro, él era el caballo. Le enseñé a relinchar. Es como toser, solo que más largo. Yo lo montaba. Nuestra criada Sophie decía que iba a dejarlo lisiado. Sophie es negra de color.

Tengo un traje de Zorro. También tengo trajes de Robín Hood y de Peter Pan (que tienen el mismo pantalón) y del Piloto Espacial Tom Corbett y de Santa Claus y de Superman y de Médico. Cuando juego solo al Zorro uso cojines para el caballo, los cojo de la cama de mi madre y también los uso para zurrar a los malos. En *El Zorro* el malo es el comandante. Sale por la tele. El mes pasado pusieron un comandante nuevo. Jeffrey dice que vio al antiguo en un anuncio de fijador para el pelo, pero seguro que miente, tío.

Shrubs y yo inventamos un plan. Había una señal. Era silbar, como los pájaros. El plan era que cuando Shrubs se fuera a la cama se suponía que haría una cuerda atando las sábanas y se descolgaría por la ventana, luego vendría a mi casa y daría la señal y yo ataría las sábanas y bajaría al jardín y jugaríamos al Zorro por la noche, como si fuera de verdad.

Mi hora de irme a la cama es las nueve pero puedo quedarme más si me coge una rabieta, pero esa noche me fui sin armar lío. Normalmente mamá nos arropa. A veces nos canta. Como cantante es excelente. La canción favorita de Jeffrey es «Shine on

Harvest Moon». La mía es «Hound Dog», solo que mamá no se la sabe. A veces no nos arropa y tengo que apagar la luz yo solo. Me pongo junto al interruptor y señalo la cama con el dedo, luego apago la luz y corro adónde el dedo señalaba. Así encuentro la cama a oscuras. Me da miedo acostarme porque en mi armario hay monstruos. Lo dejo bien cerrado. Cuanto más empujas más cerrado queda. Antes de acostarme empujo la puerta del armario cincuenta veces.

La noche de nuestro plan tuve que bañarme antes de ir a la cama. Me gustaría ser lo bastante mayor para ducharme pero no puedo porque no sé arreglármelas. A veces me ducho con mi padre. Él está desnudo y tiene pelo por todas partes y en el pito. Yo en el mío no tengo. No me gusta ducharme con mi padre.

Antes de que nos durmamos mamá también nos lee. Mi libro favorito es *El perrito que quería un niño*. Es muy bonito. El preferido de Jeffrey es *El autobús destartado*. A veces mamá inventa historias y a veces inventa más canciones. Se inventó una titulada «Todos los chicos del barrio». Es sobre la hora de irse a dormir en Lauder. Salen todos los nombres y luego dice:

*Y se han dormido como tú
Shhh Shhh Shhh Shhh
Y se han dormido como tú.*

Me da un miedo de muerte.

Aquella noche nos sentamos en mi cama y mamá cogió un libro. Pero no fue igual que siempre.

—Esta noche vais a oír una historia especial —dijo—. Vuestro padre y yo pensamos que ya es hora de que aprendáis algo sobre el crecimiento. Este libro se llama *Desde la semillita*. Pronto seréis dos hombrecitos y debéis saber algunas cosas.

—¿Cómo voy a ser un hombrecito si hace tres días aún era un bebé que se ensuciaba todo? —dije yo.

Mi madre abrió el libro, que ni siquiera era en color.

—¿Salen perros, mamá? —pregunté. Se me había ocurrido que tal vez salieran perros.

—No, cariño —dijo ella—. La historia trata de personas reales como tú y Jeffrey y papá y yo.

—Qué aburrido —dijo Jeffrey, e hizo así con los ojos.

Y mamá le dijo:

—Para de hacer eso. Un día te quedarás ciego.

En *Desde la semillita* salían unos niños cuya madre va a tener un bebé y están en una granja con el abuelo, que les enseña los huevos y los pollos y todo lo que hay. Era aburridísimo, una mierda. Yo estaba nervioso porque sabía que pronto Shrubbs iba a llamarme por lo del plan.

Al fin mi madre paró de leer y se fue y entonces yo metí el traje de Zorro bajo las sábanas. Me lo puse. Luego empecé a esperar. Esperaba y esperaba. Con el traje de Zorro en la cama hacía mucho calor. Entonces oí que Shrubs gritaba «¡Burt!» y me levanté. Me puse a atar las sábanas una con otra. Pero de repente se encendió la luz. Era mi madre.

—Burt, abajo está Kenneth. Estaba llamándote desde el jardín, dice que os habíais puesto de acuerdo para jugar fuera esta noche. Tú no tienes permiso. —Entonces me miró. Yo llevaba puesto el traje de Zorro—. Bueno, creo que por una vez no pasará nada. Jeffrey irá contigo. Mira cómo has puesto las sábanas limpias.

Me llevó abajo. Estaban todas las luces encendidas. Mi padre estaba viendo la tele. Yo llevaba el antifaz y el sombrero de Zorro y mamá cogió el antifaz y dijo:

—Espera, deja que te lo ponga derecho. —Y luego dijo—: Puedes quedarte fuera quince minutos.

Salimos. Primero corrí a esconderme detrás de un árbol y me agazapé. Esperaba que pasara el comandante. El comandante es muy listo, *señor*.^[2] Estaba en Seven Mile Road, en el supermercado, con los prisioneros que yo iba a rescatar, así que me escondí detrás de un árbol a esperar a mi caballo para cabalgar en la noche cuando la luna llena lo ilumina todo. Iba a liberar a Jessica, que estaba en prisión por tener postigos azules que están prohibidos. Oí que se acercaba el comandante. Desenvainé mi espada.

—¿Qué haces con ese lápiz, Burt? —dijo Jeffrey—. Es mío. Lo has cogido de mi pupitre.

Estaba hablándole a Shrubs de su nueva maqueta, era un Thunderbird. Shrubs le preguntó cuántas piezas tenía y Jeffrey dijo que mil, era una maqueta para niños mayores. Shrubs le preguntó si podía mirar cuando la armara y Jeffrey dijo que no porque podía romperla.

El único que jugaba al Zorro era yo.

—¡Venid, *amigos*!^[3] —grité—. ¡Adelante!

—¿Qué tonterías dices? —dijo Jeffrey—. Anda, acaba de una vez y subamos a acostarnos.

Dimos una vuelta a la manzana, pero andando. Luego volvimos a casa. Mi madre preguntó si nos lo habíamos pasado bien, pero yo subí a mi cuarto sin decir nada y señalé la cama con el dedo. Apagué la luz yo mismo.

Anoche fue mi segunda noche en el Centro de Internamiento Infantil. Vomité al lado de la cama.

Todo empezó ayer, después de mi entrevista con el doctor Nevele. Él sabía que estoy escribiendo en la pared de la Sala de Retiro pero dijo que me daba permiso. Dijo: «Puede que escribiendo Burton se exprese mejor que verbalmente». No sé qué quiere decir verbalmente. Me parece que es una clase de verdura.

En casa no me dejan escribir en las paredes, si lo hago me zurren. Una vez dibujé un caballo en mi cuarto y me pegaron. Iba por la brida cuando entró mi madre. Pegó un grito.

—Oye, jovencito, ¿para qué crees que sirve el papel?

—Pues para hacer aviones, ¿no?

Así que me dio un cachete.

—¿Me tomas por uno de tus amigos? —dijo.

—Me había confundido —dije yo.

—Limpia eso, caballerito.

—No.

—Límpialo.

—No. Es mi cuarto y puedo dibujar si quiero.

—No es tu cuarto —dijo ella—. ¿Quién te piensas que lo paga?

—¿Quién?

—Tu padre.

—Pues yo le pagaré a él.

—¿Cómo?

—Me conseguiré un trabajo.

—¿De qué?

—De vender cosas.

—¿Por ejemplo?

—Limonada.

Tuve que limpiarlo. Me llevó todo el día. Con detergente.

En la entrevista el doctor Nevele me hizo sentar en la misma silla donde la otra vez me había puesto el cinturón. Me sonrió pero era puro peloteo, me hizo estar sentado un montón de rato sin abrir la boca. Al fin sí que la abrió.

—Cuéntame algo de la escuela, Burt.

Yo miraba la alfombra del despacho, es marrón con manchitas, y pensé: «Esos de allí abajo son los edificios de la ciudad donde cada esquina hierva de delincuentes dispuestos a atracar a personas inocentes. Aquí en el cielo tengo rayos X que me permiten ver y obligarlos a devolver lo que han robado».

El doctor Nevele me miró.

—¿Cuál es tu profesor favorito, Burton? Alguno ha de haber.

En la azotea de uno de los edificios de allí abajo había una niña pequeña y un atracador la perseguía. Le grité: «¡Tranquila, yo te salvaré!», y me bajé de la silla y precipitándome a través de las nubes le di un golpe al atracador y la salvé. Ella llevaba un vestido rojo que hacía como unas olas.

—Siéntate, Burton, por favor. Las sillas son para estar sentado, no para trepar. Seguro que en tu casa no lo haces —dijo el doctor Nevele.

—No estaba hablando con usted —dije.

—Jessica no está aquí —dijo él, y meneó la cabeza, y yo di una patada a la silla y la silla chocó con la mesa e hizo que la lámpara se tambaleara hasta que cayó al suelo y explotó la bombilla. El doctor Nevele solo dijo—: ¿Cuál es la clase que más te gusta en el cole?

Luego oí unas ruedas fuera, en el pasillo, y pensé: «Es una carreta llena de heno y dentro está Shrubs, solo que nadie puede verlo y de golpe dará un salto y me arrojará una espada y yo apuntaré al doctor Nevele y echando la cabeza hacia atrás soltaré una carcajada y huiré». Y salí corriendo al pasillo, pero a Shrubs no lo vi. Era una silla de ruedas con una niña encima casi sin pelo y las manos como garras. Volví al despacho del doctor Nevele y me senté. Él no me dijo nada.

—¿Puede darme el cinturón?

—¿Cómo dices?

—Si puede darme el cinturón.

El doctor Nevele sacudió despacio la cabeza, como mi padre esa vez que tuvo que sacrificar al perro.

—No me sacrifique, por favor.

Miré el suelo pero ya no había edificios, solo la alfombra. El doctor Nevele meneó la cabeza.

—¿Estás hablando conmigo, Burton? —dijo.

Y yo dije:

—No lo sé.

Luego me eché a llorar.

Él estuvo mucho rato sentado escribiendo algo en una libreta. Luego cerró la libreta y dijo que si quería podía irme a la Sala de Retiro y escribir cosas, si no tenía ganas de hablar. Pero no fui.

En cambio fui a la Sala de Juegos. Es una habitación, hay juguetes para jugar, hasta una montaña de plástico que es la bomba para trepar y jugar a Tarzán. Yo soy buenísimo jugando a Tarzán, sé hacer el grito.

En la puerta de la Sala de Juegos hay un cuadrado pequeño para poder mirar desde el pasillo. Yo me puse a mirar. Había niños rodando por la montaña que se golpeaban la cabeza y otros niños corriendo como tarados. Deduje que eran subnormales. Y con ellos había un señor pelirrojo con zapatos blancos de médico. Lo

miré por el cuadrado de la puerta. Era como el médico de los niños tarados. De repente avanzó hacia la puerta y la abrió, y me miró y dijo:

—¿Puedes vigilarlos un poco hasta que yo vuelva?

En un rincón de la Sala de Juegos un niño pequeño se había sentado solo, porque nadie quería jugar con él. Era negro de color. Se llevó los dedos a los ojos y los movió como si estuviera diciéndose adiós a sí mismo. Empezó a mecerse en el suelo adelante y atrás, adelante y atrás. Más y más. Sin parar.

—¿Algún problema? —Era el señor pelirrojo, había vuelto.

Al principio yo no dije nada pero él me miró con los ojos que eran marrones con trocitos grises, como los de Jessica.

—Dentro hay un niño pequeño —dije yo— que se está diciendo adiós a sí mismo. El señor pelirrojo me miró. Extendió la mano.

—Yo soy Rudyard —dijo. Pero yo no le estreché la mano. No me dio la gana. Tenía miedo. Pero él sonrió de todos modos—. En realidad —dijo— lo que el niño hace es decirse hola. —Y volvió a entrar en la Sala de Juegos.

Yo volví a mi pabellón. Tenía sueño. Me senté en la cama. Tiene sábanas. En casa está mi mantita. Es azul. La tengo desde que era bebé. Mi madre quiere tirarla pero yo no la voy a dejar. Pero una vez hice una cosa. Hice pipí en la mantita. Olía muy acre.

Mi cama está en el medio de la fila. En el pabellón hay seis camas y cuatro niños más. Todavía no sé cómo se llaman, solo me sé el nombre de uno. Se llama Howie, duerme a mi lado, tiene cicatrices de una vez que arrojó al fuego un bote de gasolina. Es muy malo. Le pregunté si en el Centro de Internamiento Infantil había perritos calientes y me dijo que me fuera a tomar por culo. (Eso es blasfemar). La primera cama del otro lado está vacía. Quizá venga a dormir en ella un niño y nos hagamos amigos.

Me senté en la cama y luego me puse a llorar porque quería irme a casa, así que apreté la cara contra la almohada, y la apreté y la apreté hasta quedarme dormido. Tuve un sueño.

Era mi casa solo que no lo era. Estábamos en el cuarto de estar mirando a Popeye por la tele, mi madre y mi padre y Jeffrey. Entonces apareció un hombre con la noticia especial de que habría un tornado. Yo me levanté de un salto y grité: «Deprisa, todo el mundo a resguardarse al sótano». Pero nadie se movía. Mamá se reía de mí y decía: «No seas chiquillo, Burt». Jeffrey estaba en el suelo. Miraba coches en una revista. Decía que yo no podía mirarla. Yo me asomaba a la ventana y veía que el cielo se había puesto negro y gritaba: «¡Daos prisa!». Pero nadie se movía. Era como si ni siquiera me viesen. Hablaban entre ellos. Mi madre decía: «Y ahora basta ya de asomarse», y mi padre me miraba y decía: «Burt, ¿ya te has bañado? Si no te bañas no verás *El Zorro*». Entonces, detrás de él, por la ventana, yo veía que el tornado se acercaba, era largo y negro y serpenteaba y por eso no se podía adivinar para dónde cogería. Bajaba corriendo al sótano. Me sentaba debajo de la

escalera y esperaba que vinieran los demás pero no oía nada salvo el tornado. Sonaba como un tren, tan fuerte que me dolían los oídos. El ruido aumentaba más y más. Se estaba acercando a nuestra casa. Y yo gritaba: «¡Por favor, chicos, daos prisa!». Gritaba tan fuerte que me cogía un mareo y al final ya no me oía la voz. Todo empezaba a temblar. Se rompía un cristal. Entonces yo miraba la puerta. Allí estaba parada Jessica y se le movían los labios pero no se la oía. Yo preguntaba: «¿Cómo?», pero no oía nada. El tornado rugía como si hubiera leones dentro de mí, y luego Jessica daba la vuelta y hacía una reverencia y se largaba. Yo corría tras ella, pero estaba el tornado y me daba miedo abandonar el sótano. Estaba asustado. Como un pollo, tú. Gritaba y gritaba. Entonces Jessica volvía y me miraba y decía: «¿Por qué me lo hiciste, Burt, eso que me hiciste?». Yo me ponía a llorar. «¿Por qué lo hiciste?», decía ella, y el tornado lo tenía yo dentro y me arrodillaba y apoyaba la cabeza en el suelo y decía: «Por favor no te mueras, Jessica, por favor no te mueras».

Cuando me desperté no sabía dónde estaba. Tenía tanto miedo que vomité.

Esta mañana han tenido que traer un empleado para que limpiara. Howie ha dicho que soy un crío porque he vomitado, y yo no he sabido qué contestar.

Y hoy me ha vuelto a tocar el doctor Nevele. Le he preguntado si ya había llegado la carta de Jessica para mí. Le he contado que la noche que hicimos aquello ella dijo que si alguna vez nos separábamos me escribiría una carta.

—No estés tan confiado —me ha dicho el doctor Nevele.

Después de eso no le he hablado. He cruzado los brazos y me he quedado sentado. Y he hablado con Jessica. Y cuando él ha vuelto a decirme que Jessica no estaba allí he agarrado los papeles de su escritorio y me he puesto a romperlos. Pero él me ha mirado, nada más, y no los he roto.

—Adelante —ha dicho—. Y si tanto los quieres, también puedes llevártelos.

Me los he llevado. He ido a la Sala de Retiro. Aquí estoy ahora. He escrito una cosa en la pared. Z. Quiere decir Zorro.

(Lo de acre lo he sacado de mi padre. Él lo dice de los escarabajos).

Rembrandt y Burton (cont).

3/12

Continúa la reticencia respecto a la interacción verbal con el terapeuta. En lugar de dirigirse a mí directamente, el paciente tiende, en lo verbal, a una dilatada forma de transferencia. Esto es: se comunica conmigo a través de la presencia imaginaria de una niña llamada Jessica Renton (v archivo sy, punto uno). Creo que en los orígenes de este comportamiento hay dos estados que se solapan: a) el niño rehúsa enfrentarse con la realidad de que en efecto hizo daño a Jessica, quien al presente se encuentra bajo observación en el New Mercy Hospital (los informes nos han de ser enviados tal como

requiriéramos el 1/12), y para demostrar lo contrario imagina que la niña, ilesa, se encuentra aquí; b) el niño emplea esa presencia imaginaria para comunicarse indirectamente con el terapeuta. Por medio de esta transferencia de personalidad, el niño habla con ella y yo lo oigo. En mi opinión, ambos condicionantes están en juego.

Resta el hecho, no obstante, de que la eficacia del tratamiento, en este caso, exige que se produzca una comunicación verbal directa. La cuestión de la escritura en la pared (v. 2/12) prueba que el niño no tiene problemas de lenguaje (al contrario, está muy dotado, como demuestra el hecho de que en la escuela es el primero en las pruebas de ortografía); por lo cual insisto en que es ese el principal sendero a explorar.

El paciente empieza a evidenciar síntomas indicadores de un complejo de liberador, fenómeno este que también cumple una función doble, a) Transferencia de culpa. Por definición, quien hace un héroe de sí mismo crea por el mismo acto un villano exterior, transfiriéndole así la autoría de las malas acciones y aliviando, por transferencia, la propia culpa, b) Huida. Sociopatología. Constantes alusiones a volar, a saltar sin accidente desde grandes alturas, a traslación por el aire. El propósito es colocarse por encima de la sociedad y aparte de ella. Una manera simbólica de exteriorizar sus fuertes inclinaciones antisociales.

En el momento presente el terapeuta considera que el problema más arduo y grave es el temperamento incontrolable del paciente. Se trata de un carácter cualitativamente anormal, inapropiado y cercano a lo psicopático. El paciente constituye una amenaza para quienes lo rodean, razón por la cual se lo ha de mantener bajo vigilancia continua (o al menos dentro del recinto de esta institución), concediéndole pocos privilegios y ninguna laxitud que pueda favorecer sus despliegues de violencia. Bajo ningún motivo se tolerará aquí semejante actitud.

Como me aburría escribí todo esto en la pared copiándolo de los papeles que traje del despacho del doctor Nevele, pero no lo entiendo. Son palabras demasiado difíciles.

Después del verano tuve que volver al colegio. No tenía ganas. Me había olvidado del cole durante las vacaciones, que cuando eres pequeño son largas. Odio el colegio. Tienes que levantarte temprano. Mi madre me despierta entrando en mi cuarto y dándome palmaditas en la cabeza, y luego me pellizca el cachete (que está bajo la mantita), y luego se me acerca muchísimo y susurra: «Burt, corazoncito, es hora de levantarse». Es un susurro muy dulce y muy suave. La mataría. Ojalá tuviera despertador.

Me levanto. Voy al lavabo. Me cepillo los dientes y me lavo la cara y ya está. (Me gusta el lavabo de arriba porque es azul, el de abajo es rosa como los de niñas). Luego me visto. Me visto yo solo. Mamá me deja la ropa la víspera en la otra cama, que era la de Jeffrey pero ahora él tiene su propio cuarto, donde antes dormía Sophie y ahora ya no. Dónde duerme Sophie no lo sé. Me parece que no duerme.

Odio mi ropa, es sosa. Larry Palmer tiene una ropa que es la bomba. Tiene estilo, tú, lleva pantalones de hombre mayor. El pelo le cae por delante como en los anuncios de fijador.

Cuando acabo de vestirme bajo por el desayuno que mi madre me prepara y que, francamente, yo no puedo soportar porque me revuelve el estómago. Yo nunca tengo hambre para el desayuno pero mi madre me lo hace comer, son huevos revueltos con algo como agua todo alrededor. Mi madre se sienta en la silla donde se sienta siempre, en la punta de la mesa pero vuelta de lado para estar de cara a mí. Yo en el desayuno me siento en la silla de Jeffrey porque él sale más temprano. Mamá está vestida con su bata rosa. Lleva una red en el pelo. Y zapatillas que se le resbalan de los pies así que no puedes dejar de vérselos. Las uñas tienen una pintura toda descascarada y tienes que verle las piernas con unas venas azules. Huele como loción, el olor llega del otro extremo de la mesa. Tengo que comer huevos revueltos aguados y oler la loción de mi madre.

En el desayuno todo está muy en silencio porque es por la mañana temprano. Se puede oír el reloj de la sala. Hace tic tac. Mi madre siempre toma una taza de café. Mira la pared. Lo va sorbiendo. Luego se queda una hora con la taza en los labios. Yo espero. Está todo muy tranquilo. Tic tac. Yo espero. Luego se lo bebe. Suena como un maremoto. Luego me da mi almuerzo para llevármelo. Va en una bolsa que es marrón. Una bolsa nueva. Me da una bolsa nueva cada día. La dobla tres veces y la grapa. Hay niños, como los del Hogar, que llevan bolsas arrugadas. Otros llevan cajas para el almuerzo con dibujos que en mi opinión son para nenazas.

Yo no me como el almuerzo. Lo guardo en mi armario y dejo que se pudra allí. Lo que pasa es que tengo pleurodinia. Es una enfermedad, dice mi médico, que te cogen retortijones y diarrea. Se titula pleurodinia. Pero yo deduzco que si no como no

me enfermaré, aunque soy un comilón tremendo y en casa siempre me apunto al Comando del Plato Limpio.

En el cole el almuerzo cuesta treinta y cinco centavos. Te pones en la cola, las cocineras son todas gordas y sudorosas con redes en el pelo y dedos rojos. Te dan leche en botellitas. Está tibia, la guardan al lado de donde están los trapos que usas para limpiar la mesa cuando acabas. El agua está sucia de pedazos de comida flotando. Huele como vómito. Pasas el trapo por la mesa y deja una roña blanca. En la escuela yo no compro leche muy a menudo.

Algunos días me hacen jefe de comedor y me toca limpiar la mesa. Esos días siempre llegas tarde a clase. Una vez cogí una escoba grande y barrí la mesa y la señorita Shultz dijo que me iba a lavar el cerebro. (La señorita Shultz es la profe de gimnasia y está a cargo del almuerzo porque el almuerzo es en el gimnasio, hay mesas que están como dentro de la pared. La señorita Shultz se cree que es un hombre. Usa chaquetas de chándal y no tiene labios).

El primer día de colegio después de las vacaciones, Shrubs pasó a buscarme y luego fuimos a la casa de al lado y recogimos a Morty Nemsick, que en mi opinión es un tarado. Luego fuimos andando al cole. Queda exactamente a tres calles y media. Exactamente.

Lo primero de todo tuvimos reunión matinal.

Las reuniones matinales se hacen en el auditorio. Auditorio también es una clase, a veces nos toca y representamos obras. El semestre pasado otra clase hizo *El maravilloso mago de Oz*. Ganaron un premio. Auditorio es una clase especial. Normalmente tienes tutoría medio día y el otro medio día clases especiales.

(Una vez en Auditorio vi unos maremotos en una peli de terremotos. Los maremotos son de tamaño familiar).

Aquel primer día fuimos a la reunión matinal después de presentarnos en nuestras antiguas aulas. Para la reunión has de entrar en el auditorio de una forma ordenada, sin hablar, las niñas en una fila y los niños en otra. Esperas a que te digan dónde has de sentarte. Cada clase tiene un sitio especial. Yo me senté al lado de Shrubs para poder bromear. Cuando nos sentamos él sacó un boli que tenía, llevaba el dibujo de una chica que cuando le dabas la vuelta se le caía el vestido. Lo compró a setenta y cinco centavos en el quiosco de Seven Mile Road que son unos ladrones. El boli me dio una sensación rara en el estómago, debajo del estómago. Todo el mundo lo miraba, estábamos en el centro de la fila. Luego se acercó la señorita Filmer y Shrubs se lo guardó dentro de la camisa.

Para la reunión matinal nos trajeron al agente Williams. Ya nos lo habían traído antes, es un rollo. Tiene revólver y todo. Nosotros siempre le decimos «Mata a la señorita Filmer», pero no lo hace nunca. Es artista. Tiene un caballete y dibuja y cuenta historias al mismo tiempo. Es un pelmazo, tú. Dibujó un semáforo, tenía tres círculos. Luego nos dijo que en invierno debíamos tener mucho más cuidado al cruzar porque las calles están resbaladizas y luego transformó el semáforo en un

muñeco de nieve. Dibujó un búho sabio y lo transformó en una bicicleta pero yo no sé cómo lo hizo porque estaba mirando a Shrubs darle la vuelta al boli.

Pero entonces ocurrió una cosa. La señorita Filmer se dio cuenta. Shrubs intentó esconder el boli pero era demasiado tarde. Ella se estiró por sobre cuatro niños y agarró el boli pero Shrubs no lo soltaba y ella cayó encima de mí. Para ser una maestra era bien pesada. Cogió el boli.

—¿De dónde has sacado esto, caballerito? —preguntó.

—No lo sé —dijo Shrubs. (Shrubs siempre dice «No lo sé» cuando alguien lo regaña).

—¿Cómo que no lo sabes?

—No lo sé.

La señorita Filmer se enfadó muchísimo.

—¡Respóndeme, jovencito!

—No sé por qué digo que no lo sé —dijo Shrubs.

—¿Cómo es posible que nunca sepas nada? —preguntó la señorita Filmer.

—No lo sé —dijo Shrubs.

La señorita Filmer intentó darle un cachete pero Shrubs se agachó y el golpe me cayó a mí. Ni siquiera pestañeé. Traté de levantarme pero ella seguía encima de mí y luego cayó al suelo y el boli fue rodando por debajo de los asientos hasta el frente del auditorio y todo el mundo intentaba cogerlo.

El agente Williams dibujó una señal de ferrocarril y lo transformó en un encargado de seguridad. (La F era una nariz).

Sylvia Grosbeck recogió el boli y se lo entregó a la señorita Filmer. Filmer se lo metió en el bolsillo y le hizo a Shrubs así con el dedo, que significa ven aquí.

—¡Venga usted a cogerme! —dijo Shrubs. (Estaba loco).

Y ella fue.

El agente Williams miró por encima del hombro y se le escapó un rayón en la cara del encargado de seguridad y Marty Polaski gritó: «¡Aah, marcado de por vida!». Así que la señorita Filmer lo cogió a él también y los arrastró a los dos hasta su despacho. Se la oía reñirles, y un niño pequeño de la primera fila se puso a llorar a voz en cuello y el agente Williams recitó un poema:

*Cuando te pierdas el policía te ayudará.
Para cruzar la calle mira al de seguridad.
las señales de tráfico te dirán cuándo pasar.
Respetar estas normas y nada te ocurrirá.*

Luego sonó el timbre y todo el mundo se puso a hacer ruido. La señorita Krepnik dijo: «No veo quién os ha dado permiso para hablar». Pero nadie sabía qué hacer porque era un semestre nuevo y nadie sabía qué aula le tocaba. Las maestras se

reunieron al frente del auditorio y todos los niños se pusieron a charlar con sus vecinos. Yo me preguntaba dónde estaría Shrubs. Tal vez la señorita Filmer lo había matado.

Entonces llegó la señorita Murdock. Había sido mi maestra de primero. Dijo que todos tenían que salir hacia el aula del año pasado excepto los siguientes alumnos, y leyó los nombres y uno de los nombres era el mío. Todos se largaron. Empecé a sudar porque no sabía dónde estaba Shrubs. Pensé que la señorita Filmer lo había matado. Y casi me da por llorar. Ella salió del despacho con los brazos cruzados y de golpe yo me puse en pie. Y caminé hacia ella por el frente del auditorio y pensaba: «Estoy en la cima de una montaña y todo el mundo está allí abajo, y el viento me da en la cara». Me paré delante de la señorita Filmer y de repente empecé a gritar.

—¿Qué le ha hecho a Shrubs? —grité—. ¡Juro por Dios que si le ha hecho daño la mataré!

Y luego me mojé los pantalones, y entonces sí que me puse a llorar de verdad porque pensé que todos se habían dado cuenta, y de repente se abrió la puerta del auditorio y apareció Jessica y se dio cuenta.

Yo seguí llorando y fui a sentarme. Me tocaba clase de Auditorio, por eso la señorita Murdock había leído mi nombre.

Entró el señor Stolmatsky. Es profesor pero también actúa en la universidad. Él dirigió *El maravilloso mago de Oz* cuando el semestre pasado la representaron para un certamen. Entonces la señorita Filmer anunció una cosa.

—Ya que casi todo el reparto del *Mago de Oz* se encuentra casualmente en esta clase, el señor Stolmatsky me ha pedido que usáramos estas horas para ensayar en vistas al próximo certamen de Lansing.

Me quedé solo en las butacas.

El señor Stolmatsky dijo que los del reparto subieran al escenario. Jessica se levantó. Hacía de Dorothy. Llevaba puesto ese vestido rojo que hacía como olas cuando ella andaba. También había tres niños. Se los veía muy derechos. Y a un costado del escenario había un niño más que se soplaba el puño. Más tarde descubrí que supuestamente era un micrófono y a él le tocaba hacer el ruido del huracán. El señor Stolmatsky se retiró al fondo del auditorio y gritó:

—¡Y ahora a las tablas, hijos de Talía!

(No tengo la más vaga idea de lo que esto significa).

Entonces Jessica se paró en medio del escenario. Empezó a hablar. Dijo:

—Tía M, tía M.

Hablaba muy bajo. El señor Stolmatsky dijo que no se oía pero Jessica no lo escuchaba porque estaba mirando a otra parte, desde mi butaca yo le veía los ojos todo el rato. Eran verdes con trocitos marrones. Se quedó mucho tiempo mirando y todos esperaban. Luego muy despacio empezó a arrodillarse. Se puso de rodillas y susurró:

—Tía M, tía M.

El niño del costado dejó de soplarle el puño. Nadie se movía. Había un silencio tremendo. Jessica volvió a susurrar «Tía M, tía M». Luego paró. Se le movían los labios pero no salían palabras. Se echó boca abajo en el suelo con la cabeza apoyada en el brazo.

—Pero ¿qué te pasa? —gritó el señor Stolmatsky—. ¿Has olvidado el resto?

Jessica levantó la cabeza muy lentamente y vi que estaba llorando. El señor Stolmatsky se había sorprendido mucho, no dijo nada, y yo me di cuenta de que Jessica no había olvidado lo que debía decir.

Luego de unos segundos el señor Stolmatsky dijo:

—Has estado perfecta, cariño, has logrado de verdad que nos preocupáramos por Dorothy.

Jessica lo miró un rato muy largo.

—Cállese, señor Stolmatsky —dijo.

(Lo de no tengo la más vaga idea lo he sacado de mi madre. Siempre lo dice cuando le pregunto adivinanzas de las que vienen en *Mi lectura semanal*. Mi preferida es: ¿Por qué tiró el idiota el reloj por la ventana?).

Quería ver volar el tiempo.

No fui yo quien escribió eso.

Ya hace una semana que estoy en el Centro de Internamiento Infantil. Lo odio. Me gustaría matarlo. Lo que más odio es el desayuno. Lo sirven en un salón grande y ruidoso con mesas largas donde comemos con otros chavales que da asco mirarlos.

En una mesa nos sentamos la señora Cochrane y los niños de mi pabellón. Están Phil y Robert y Manny y Howie. Robert tiene apenas siete años. Howie tiene nueve y los demás ocho como yo. Robert llora todo el rato, lo que me saca de quicio, francamente, y por la noche moja la cama y el olor es muy acre. Duerme enfrente de mí al otro lado del pasillo. A mi lado duerme Howie, el niño de las cicatrices. Phil no habla nunca, es muy silencioso y lo único que hace es sonreír todo el tiempo y yo no sé por qué, pero tal vez esté muy muy contento o tal vez se le ha quedado la cara congelada así. (Cuando arrugo la frente mi madre dice que se me congelará el gesto y yo le respondo «Me alegro, así no tendré que arrugar la frente nunca más, la cara lo hará por su cuenta»). Manny tiene mi misma edad, es judío como yo, tiene pelo negro rizado y dice «Oy» todo el rato.

Hoy en el desayuno he hecho un hipopótamo con mis copos de avena, que estaban todos secos. Le he hecho una cama con las tostadas de canela y he cogido la servilleta y le he hecho una manta. Luego he agarrado la cuchara y lo he matado a golpes. Le he machacado la cabeza hasta partírsela en dos y lo he repartido por el plato. La señora Cochrane se ha enfadado, me ha preguntado por qué lo hacía. Le he dicho que era un hipopótamo malo porque había matado a Jessica. La había arrastrado hasta el río y allí la había matado. «¿Qué río?», ha dicho Robert, y yo le he tirado el zumo de naranja por la cabeza y le he dicho: «Este».

Me han llevado enseguida a ver al doctor Nevele.

El doctor Nevele todavía llevaba puesta la americana, lo que me ha sorprendido porque yo pensaba que vivía en el Centro de Internamiento Infantil pero no. Me parece que vive en un centro comercial.

—Buenos días, caballero —me ha dicho sonriendo—. ¿No quiere usted pasar a mi cámara?

Yo no quería. Él mismo lo había dicho. No quería. He tratado de escapar pero la señora Cochrane me ha cogido.

—Bien, ¿qué ocurre? —ha dicho el doctor Nevele.

La señora Cochrane le ha contado lo del desayuno.

—No —he dicho yo—. No es eso.

—¿Y qué es, entonces?

—Usted lo sabe.

—No, no lo sé —ha dicho el doctor Nevele—. No tengo pistas. Y ahora haz el favor de entrar.

—No quiero entrar en su cámara —he dicho yo.

—Burton.

—No. De ahora en adelante seré bueno. No me mate. ¡No me mate, doctor Nevele! —Y he seguido gritando. He tratado de escapar pero él me ha agarrado y he empezado a darle patadas y puñetazos para que me soltara. Tenía que escapar.

—Señora Cochrane, déjelo en la Sala de Retiro hasta que se calme.

He ido corriendo. Yo solo. Porque el doctor Nevele había dicho cámara. Porque cuando tenía cinco años vi una película que me hizo soñar cosas feas que todavía las sigo soñando. Era una película sobre una habitación donde te torturaban y tenían un aparato que va sobre el estómago y te lo estruja hasta que el estómago te sale como espaguetis por unos agujeros y te mueres desangrado, y hay un hombre con una capucha negra que es médico, como el doctor Nevele. Se llamaba *La cámara de torturas del doctor Night*.

En la Sala de Retiro había piernas. Menuda sorpresa. Era el señor pelirrojo de la Sala de Juegos. Él también es una especie de médico. Al verme entrar se ha sorprendido. Casi me voy.

—No —ha dicho él—. No te vayas. Justamente estaba por marcharme. Me estaba marchando. Hazte cargo de todo, ¿vale, camarada?

Esta vez llevaba corbata, como si estuviera arreglado. Me he quedado en la Sala de Retiro pero él no se marchaba. Seguía sentado.

—En cualquier momento me marchó —ha dicho.

Y luego ha hecho algo gracioso. Ha puesto los dedos delante de los ojos y los ha agitado, y luego más o menos ha empezado a tararear, solo que no era música sino ruido.

—No debería sentarse en el suelo con la ropa buena —le he dicho—. Lo van a castigar.

Levantó la vista hacia mí. Sus ojos eran verdes con trozos marrones, como los de Jessica.

—Muy cierto —ha dicho él—. Basta ya, pues.

Entonces se ha levantado y se ha ido.

Luego me he puesto a escribir esto en la Sala de Retiro y he visto que alguien había escrito.

Quería ver volar el tiempo

y no era yo.

Así que he salido detrás del pelirrojo porque no hubiera debido escribir en mi pared. Ha ido a la Sala de Juegos. La puerta estaba abierta. Lo he observado a través de la ventanilla, estaba allí con el niño pequeño negro de color que yo ya había visto, el tarado. El pelirrojo andaba por el suelo con él, a cuatro patas, y el niño pequeño lloraba y lloraba. Entonces el pelirrojo me ha visto. Se ha levantado y me ha dicho que entrara. He entrado.

—Este es Carl —me ha dicho—. Muerde. —Y ha salido de la sala y ha cerrado la puerta. Me he quedado solo con Carl. Que muerde.

Se ha levantado y ha echado a correr por toda la Sala de Juegos a toda velocidad y ha chocado contra la puerta y se ha tambaleado y ha retrocedido sin llorar ni nada. Luego se ha sentado. Luego ha vuelto a levantarse. Luego ha hecho un círculo pisando varios juguetes y se ha sentado otra vez. Yo no le he dicho nada, creo que ni siquiera se había enterado de que estaba allí. Ha cogido un saquito relleno de bolitas y se lo ha comido. Se le han puesto los ojos raros. Uno para aquí y otro para allá. Parpadeaba y sacudía la cabeza. Ha empezado a aplastar los juguetes de la caja.

—No hagas eso —he dicho yo.

Pero él nada más silbaba. Luego se ha levantado y ha ido hasta la pared y se ha sentado contra la pared y se ha llevado las manos a los ojos y ha agitado los dedos. Era lo mismo que había hecho el señor pelirrojo en la Sala de Retiro.

Carl se ha caído al suelo y ha rodado y ha chocado contra la montaña que casi se le cae encima pero no, y luego ha vuelto a sentarse contra la pared y ha empezado a mecerse y a darse con la nuca contra la pared. He visto que en la nuca tenía una parte sin pelo de tantos golpes que se daba. De repente se ha sentado derecho y ha puesto las manos sobre el regazo como un caballerito.

—Estás muy bien sentado, Carl —he dicho yo—, con mucha compostura.

Él tarareaba algo, pero era ruido, no música, como había hecho el pelirrojo, y luego se ha levantado y ha ido hasta una carretilla roja que hay en la Sala de Juegos y ha subido y se ha sentado con mucha compostura.

—No deberías subirte allí —he dicho yo—. Es para transportar cosas.

Pero él se ha quedado. Era como una estatua en la carretilla roja. (En un lado habían escrito «Carretilla Roja»). He cogido un saquito relleno de bolitas y se lo he lanzado, pero él no se ha movido y el saquito le ha dado en la cabeza.

—Tienes que cogerlo y lanzármelo de nuevo —he dicho—. Será mejor que bajes antes de que vuelva el señor pelirrojo o te castigarán.

Entonces se ha abierto la puerta y ha entrado un asistente. Ha cogido a Carl de la mano y ha tratado de hacerlo bajar de la carretilla roja, pero Carl no quería.

—Anda, no me des tanto trabajo —ha dicho el asistente, que era grande y peludo. Carl le ha mordido la mano. Salía sangre y el asistente se ha puesto a gritar «Gamberro», y ha cogido a Carl por los hombros para que no pudiera moverse y le ha

torcido los brazos detrás de la espalda. Carl aullaba y pateaba y pegaba mordiscos en el aire, y el asistente casi no podía contenerlo. Lo ha soltado.

—Enseguida vuelvo —ha dicho.

Carl ha parado. Ha parado de golpe como un dibujo animado. Luego ha hecho un ruido.

—Minino.

Me he acercado. Él me ha echado una especie de mirada y yo he estirado la mano y ni siquiera me ha mordido. Lo he tocado. Él ha dicho «Minino». Luego me ha agarrado la mano y ha tirado, pero yo me he soltado. Entonces se ha puesto a aullar fortísimo como una sirena y yo le he gritado:

—Calla, Carl, ¿no ves que volverán con cinturones y te castigarán y te azotarán en la cara por tu propio bien para enseñarte quién manda aquí? Maldita sea, no puedo entenderte.

Y yo también me he puesto a llorar, no sé por qué pues el problema era suyo. Me ha cogido de la mano y me ha hecho tocar la carretilla roja.

—Minino.

Unos minutos después el asistente ha vuelto con otro hombre, pero Carl no estaba en la carretilla. Estaba sentado con mucha compostura en una sillita junto a la ventana de la Sala de Juegos.

Me han mirado.

—Solo quería que le dieran un empujón.

A Carl se lo han llevado y yo he vuelto a la Sala de Retiro. Pensaba en el señor pelirrojo que agita los dedos delante de los ojos y tararea ruidos como Carl. Era médico pero no hacía cosas de médico. Hacía cosas de niño. Como yo.

Rembrandt, Burton (cont).

10/12

Rudyard Walton, terapeuta en su primer año de ejercicio que se desempeña dentro del Programa para el Alto Sur, especializado en niños autistas y mentalmente retrasados, está evidenciando interés por el caso que aquí se trata.

El trabajo de Walton, sumamente apreciado hasta ahora por su departamento, podría encuadrarse dentro del método del «terapeuta lesionado», que consiste en tratar al paciente de forma individual, asimilando los síntomas para establecer; deduzco, una relación de empatía.

El niega que se haya implicado a nivel terapéutico, e insiste en que el niño simplemente «le gusta» y en que disfruta de su compañía. De todos modos le solicité gentilmente que restringiera su trabajo al Programa para el Alto Sur.

El intercambio de Walton con este paciente solo puede resultar pernicioso para el desarrollo del niño. Su técnica —si es posible llamarla así— está claramente elaborada para, en primer término, reforzar las conductas existentes, dejando las modificaciones para el momento posterior en que se haya consolidado la relación. Si bien en algunos casos pueden demostrar su eficacia, estas técnicas resultan inapropiadas para trastornos sociopáticos.

A los efectos de este informe, dejo constancia de que, según me han transmitido, Walton dejó a uno de sus propios pacientes, un niño gravemente autista llamado Carl, a solas con Burton Rembrandt sin vigilancia de ninguna clase; a resultas de esta negligencia, un asistente resultó seriamente herido al morderlo el pequeño. Situaciones semejantes contravienen claramente la política de esta institución. (Con posterioridad, Walton alegó que el abandono había sido intencional, y que en realidad ambos niños resultaron beneficiados. La cuestión, no obstante, será tratada la semana próxima por la Junta de Revisión).

Walton mencionó, asimismo, que en su opinión el caso Rembrandt no debería tratarse en esta institución. Piensa que aquí el niño está fuera de lugar. Por mi parte, sin embargo, mantengo que la conducta del muchacho no solo sigue dando muestras de perturbación, sino que recientemente ha manifestado síntomas esquizoparanoicos, entre ellos alucinaciones con asesinos en mi despacho, en un claro impulso de transferencia inversa generada por el sentimiento de culpa respecto de sus acciones contra la niña llamada Jessica.

Es mi firme creencia que el niño padece una grave perturbación, y que es preciso mantenerlo internado, probablemente por un período considerable.

Esto estaba en un papel. El papel se lo he robado al doctor Nevele cuando estaba en su despacho.

Mientras estaba sentado en la Sala de Retiro ha venido la señora Cochrane y me ha dicho que mañana he de ir al dentista porque así lo mandan las normas del Centro de Internamiento Infantil. Le he cogido el brazo y la he mordido como hace Carl y como ella me ha dado una bofetada me he puesto a gritar con todas mis fuerzas: «¡Voy a matar a alguien, voy a matar a alguien!».

Ella me ha dejado solo en la Sala de Retiro. Pero cuando vaya al dentista lo mataré. Odio el dentista. A veces en casa me hacen ir. Me lleva mi madre.

Cuando entras lo primero es el olor. Se me revuelve el estómago y me da miedo. Cuando abres la puerta de dentro suena un timbre. En la pared hay una ventanilla y detrás hay una enfermera que corre la ventanilla y te pregunta tu nombre. Luego me siento. Todo está en silencio menos el acuario que tiene burbujas. Del techo sale música. En las paredes hay cuadros de niños que me guiñan el ojo muy muy contentos.

Se abre la puerta y la enfermera dice mi nombre toda sonriente. Entonces yo tengo que entrar. Entro en el cuarto, hay agua gorgoteando, y ella me sienta en el sillón y lo echa hacia atrás y me pone un babero y una cosa detrás del cuello.

Delante de mí está el torno, tiene cables y ruedas y mangueras. Se dobla. Hay diferentes puntas que él le pone. Todas son para hacerme daño.

Entonces me quedo sentado y no pasa nada pero al lado grita un niño. Luego viene la enfermera y dice «Abre». Habla muy bajo. En el dentista todos hablan muy bajo, y yo me muero de miedo. Luego ella me clava cuchillos en las encías y me rasca los dientes.

Luego el doctor Stahl entra muy rápido, lleva mucha prisa y finge estar muy muy contento pero yo sé que no lo está porque una vez le di una patada en los huevos. Fue cuando tenía cinco años. Pero ahora sé que en el dentista debes guardar la compostura. Él tiene un torno y yo no. El doctor Stahl mira mi papel, luego me mira la boca. Tiene un espejo pegado a un palito y me mira la boca (a veces yo finjo que soy él con una cuchara pero te hace aparecer cabeza abajo) y yo le pregunto si tengo alguna caries pero lo único que él dice es «Abre».

Luego él saca todos los instrumentos y me hace ruido en los dientes y dice «Tratrán tratrán pasa el tren por la ciudad» pero no hace ninguna gracia. Dice: «Avísame si te hago daño» pero yo no puedo porque me tiene la cara sujeta. Luego coge una cosa puntiaguda y me la mete en la muela y escarba y a mí me da como una electricidad y duele tanto que me retuerzo todo. Luego él dice: «Ahora veamos cómo está la planta baja».

Mira mi papel y apunta cosas. Yo le pregunto: «Por favor, ¿tengo caries, me va a poner el torno?». Y el doctor Stahl responde: «Abre».

Me atornilla en la boca una cosa de metal con algodón y me pone el aspirador bajo la lengua que me chupa toda la boca y coge el torno y me lo mete en la boca y empieza dentro de mí un ruido como de aviones a reacción y todo se calienta mucho y me da vueltas la cabeza y duele tanto que me caeré y él está inclinado encima de mí y yo le miro la cara pero ya no sonrío. Duele muchísimo. Intento decirle que pare solo un segundo pero no puedo porque él venga con el torno y si me muevo puede cortarme la lengua. Duele tanto que casi me levanto, y él me aguanta con el codo. Entonces oigo una sirena dentro de la cabeza, viene a buscarme una ambulancia. El torno me atraviesa la boca hasta la cabeza y llega a los ojos y me duele la sangre. Nadie me ayudará. Nadie me ayudará.

Cuando salgo del consultorio mi madre dice: «¿Has visto que no era tan terrible?».

Y anoche en el Centro de Internamiento Infantil me acordé del dentista y me dormí llorando, porque tengo miedo y aquí ni siquiera está mi madre. Quiero irme a casa.

Y esta mañana en vez de desayunar he ido a la Sala de Juegos y he mirado por la ventana, porque no había nadie. He visto pasar el tráfico y me he preguntado si alguien iría para mi casa. Luego he oído que la puerta de la Sala de Juegos se abría. Era un señor. Estaba cantando «Voy andando solo porque en el fondo soy un solitario».

Sonaba bajito. Yo he seguido mirando por la ventana. No me he dado la vuelta. Él ha cantado un poco más. Cantaba bien.

(En el cole yo soy bueno en música. El próximo semestre entraré en el coro. La señorita Alien me lo ha prometido. Una vez nos enseñaron una canción, «Los tres carneros *roncos*», y la señorita Alien escogió especialmente a tres niños para que la cantaran en una reunión matinal. Eramos Kenny Aptekar, Gary Faigin y yo. A mí me felicitaron dos veces. También tenemos otra canción, «Taladrad, carboneros». Al final dice: «Taladro, polvo ¡y EXPLOSIÓN!». Se supone que EXPLOSIÓN lo tienes que gritar con toda tu fuerza porque está escrito con mayúsculas, pero a todo el mundo le da miedo porque si no lo hace nadie más te miran como a un idiota. Pero la señorita Alien es la bomba. Una vez estaba en clase de música, pocos días después de la reunión matinal con el agente Williams, y estábamos cantando «Dame, río, la paz», y el único que sabía cantar la parte sin letra era yo. Por eso la señorita Alien hizo que me levantara y la cantara solo. Harold Lund se echó a reír y me llamó mariquita y a mí me dio vergüenza. Entonces entró alguien en la clase de música. Era Jessica trayendo una nota de la señorita Verdon, la profesora de arte. La señorita Alien me dijo que siguiera cantando mientras ella leía la nota. Entonces yo hice una cosa. Empecé a cantar «Heartbreak Hotel». Es la bomba esa canción, tú, es de Elvis, yo lo sé imitar a la perfección. Cantaba cada vez más alto y había cerrado los ojos. Cuando los abrí, Jessica ni me miraba, y entonces paré. Pero al marcharse sí que me miró con una especie de sonrisa).

Me he acordado de esto mientras miraba por la ventana de la Sala de Juegos, y luego la persona que cantaba ha dicho algo.

—¿Quieres un chicle?

Era el señor pelirrojo. Yo no he contestado.

Él ha vuelto a cantar:

—«Voy andando solo porque en el fondo...».

Al otro lado de la ventana pasaba el tráfico y yo he visto nuestro coche y me puse a golpear el cristal pero no era.

—«... soy un solitario».

Lo he visto alejarse y he pensado: «A lo mejor es nuestro coche pero mis padres no me quieren más por lo que le hice a Jessica».

—He dicho si querías un chicle —ha dicho el pelirrojo.

—No —he dicho yo. Y entonces ya no he oído cantar más. Claro que tampoco me he dado la vuelta. Pero he oído que él estaba haciendo un globo con el chicle, y se le reventaba y decía mierda—. No hay que decir palabrotas —he dicho—. No es de buena educación.

—Tampoco se debe masticar chicle —ha dicho él—. Claro que, sin chicle, cómo haría yo para tener caries.

—El chicle te da caries.

—Eso es lo que he dicho.

Me he dado la vuelta. Él estaba sentado en una sillita.

—Pero se supone que las caries son malas —he dicho.

—¿Quién lo dice?

—Pues son malas. —Aquello me ha enfadado mucho y he vuelto a mirar por la ventana.

Entonces el pelirrojo ha murmurado:

—Ya lo sé. Ya lo sé.

Me he sentado en la sillita anaranjada que hay junto a la ventana y he dado varias patadas en la moqueta, y eso a veces te da electricidad.

—A mí me gusta tener caries —ha dicho el pelirrojo—. Quiero que me empasten todos los dientes antes de que sea demasiado tarde. Mi dentista no durará mucho tiempo. Dentro de muy poco se matará.

—¿Por qué?

—Por qué ¿qué?

—¿Por qué se va a matar?

—Ah —ha dicho el pelirrojo, y ha reventado otro globo—. Porque es dentista. ¿Tú no te matarías?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, todo el mundo odia a los dentistas. Hasta sus hijos. El hijo del mío lo odia, pero por otros motivos. Verás, cuando su hijo era pequeño, ese dentista decidió fingir que no era dentista para que el niño no lo odiara. Le dijo que era jugador

profesional de béisbol. Se mandó hacer un uniforme de los Tigres, y todos los días se lo ponía para salir a la calle y para volver a su casa, solo que de regreso paraba para ensuciarlo. Mandó escribir artículos falsos sobre él y consiguió que los pusieran en la sección de deportes del periódico. Pero resulta que cuando el hijo empezó a ir a la escuela parecía que nadie había oído hablar jamás de su padre, de modo que el dentista hizo imprimir un montón de cromos falsos y los llevó a las tiendas y los metió en los paquetes de chicle.

»Por último se hizo amigo de Ozzie Virgil, el tercer base de los Tigres, los invitó a cenar a él y a su mujer, y a sus hijos les arregló los dientes sin cobrarles. Así consiguió que Ozzie apoyara su plan. Cuando el niño cumplió ocho años, el dentista lo llevó por fin a ver un partido. El chaval estaba de lo más entusiasmado. Fueron derechos a los vestuarios, pero como desafortunadamente era muy temprano y Ozzie Virgil aún no había llegado, no los dejaron entrar, y cuando salían se cruzaron con Ozzie, y lo primero que este dijo fue: “Hola, Stan. A Joey se le acaba de saltar un empaste. Gladys me dijo que te preguntara si puede llevártelo mañana”.

»Aquello fue hace cinco años. Desde entonces el hijo del dentista no ha vuelto a hablarle. Yo creo que pronto acabará matándose, solo es cuestión de tiempo.

Yo me he acercado al cajón de los juguetes. Dentro había una muñeca, una niña castaña con lazos como los de Jessica. Estaba desnuda y a mí me ha entrado dolor de barriga. Además tenía miedo de ir al dentista.

—Pues yo tengo que ir hoy —le he dicho al pelirrojo.

Él ha cerrado los ojos y ha hecho que sí con la cabeza, como si ya lo supiera.

—Por cierto, Burt. Me llamo Rudyard.

En el cajón había otra muñeca, era rubia y sin lazos. La he tirado contra la pared y se le han salido los brazos. La barriga me dolía tanto que casi no podía estar en pie. Era como si algo se me estuviese congelando dentro. Y tenía que ir al lavabo.

Se me estaban saltando las lágrimas, me he mordido el labio. He mirado al pelirrojo, Rudyard, y él me ha mirado a mí. Se ha levantado y ha venido hacia mí y ha sacado un pañuelo y me ha secado los ojos muy suavemente.

—Cuánto polvo hay aquí dentro —ha dicho—. A mí me da alergia.

Me he echado a llorar y él me ha apoyado la mano en la cabeza.

—Tengo que ir al lavabo, Rudyard, me pasa algo en la barriga. Tengo miedo. Tengo miedo al dentista.

Me ha hecho así en la cabeza, me ha pellizcado un poco aquí detrás y me ha apretado contra él, y olía como mi padre.

—Rudyard, tengo que ir al lavabo pero no he estado nunca aquí abajo, no sé dónde está.

—Yo sí —ha dicho él—. Es un lavabo muy bueno.

Yo estaba llorando.

—Rudyard, adentro me pasa algo. Soy diferente a los demás.

Rudyard me ha pellizado la cabeza y me ha hecho así en el pelo y yo me he apretado contra él.

—Yo también, Burt. Vamos.

Hoy he recibido una carta. Pensé que era de Jessica pero no era.

7 de diciembre

Querido Burt:

Acabo de hablar por teléfono con el doctor Nevele y me ha dicho que todavía debe pasar un tiempo antes de que podamos ir a visitarte al CU; por lo tanto he decidido sentarme a escribir esta carta mientras sigo pensando en ti.

¿Cómo va todo, cariño? Tu padre y yo (¡y también Jeffrey!) te echamos mucho de menos y no vemos la hora de que vuelvas a casa. Sabemos que tú también estás ansioso por volver y es este uno de los motivos por los que te escribo esta carta.

Te aseguro que a papá y a mí el doctor Nevele nos parece una persona sensacional, y pensamos que sería una verdadera lástima que con todo el trabajo y el tiempo que está invirtiendo en ayudarte, tú no lo ayudarás a él. Es lo más justo, Burt. Él quiere ayudarte de verdad. Sabe muchísimo sobre los niños y sobre por qué hacen lo que hacen, y sería una vergüenza hacerle perder tiempo, ¿no te parece? Estoy segura de que sí. Todos sabemos que estás sinceramente arrepentido de lo que hiciste y quieres que todo se arregle lo más pronto posible, y que por eso ayudarás al doctor Nevele a descubrir qué es lo que no va bien dentro de ti, y luego lo arreglarás enseguida y volverás a casa. ¿No es fabuloso? Estamos seguros de que así serán las cosas, y sabemos que estás dispuesto a hacer cuanto tengas a tu alcance para mejorar.

¿Sabes, hijo?, no eres tú el único que necesita ayuda para descubrir por qué le hiciste a Jessica algo tan horrible. Tu padre y yo también iremos a ver a un médico, una persona recomendada por el doctor Nevele, para preguntarle si lo podríamos haber evitado, si como padres hemos fallado en algo. Resulta que papá conoce a este médico del club, así que la semana próxima los tres comeremos juntos un día para conversar sobre el asunto. ¿No será magnífico? Nosotros estamos seguros de que sí.

La otra noche vino de nuevo la madre de Jessica. Está muy

moiesta. Le peaimos que se queaara a cenar pero no quiso. Supongo que sigue enfadada. Jessica ya ha salido del hospital. Dijo algo de escribirte una carta, pero su madre se lo prohibió, así que por favor no te desilusiones si no tienes noticias de ella. Estamos seguros de que lo comprenderás, eres un jovencito estupendo. La verdad, a papá y a mí tampoco nos parece muy buena idea que vuelvas a verla. Su madre va a matricularla en un colegio privado tan pronto como comience el nuevo curso, y pensamos que quizá sea lo mejor. Estamos seguros de que un niño inteligente como tú no puede dejar de comprenderlo.

¡Ah, me olvidaba! Esta mañana vino Kenneth y te trajo unos cromos de béisbol que dijo que querías hace tiempo. ¡Vaya con los Tigres! No sabemos si en el CU puedes ver los partidos, ¡pero lo cierto es que esta temporada están hechos unas fieras! La semana pasada papá llevó a Jeffrey a un partido y se lo pasaron de miedo. La semana que viene irán de nuevo, y esta vez se sentarán en las butacas de tío Paul. ¿No es magnífico? La única pena va a ser que tú no estés. Pero otra vez será.

Como el doctor Nevele ha dicho que no conviene enviar los cromos ahora mismo, te los guardaremos para cuando vuelvas. Allí no tienes nadie con quien cambiarlos, así que aquí te estarán esperando. ¡Y quizá te esperan también otros regalos! ¿Recuerdas el dinosaurio aquel que te había gustado en Maxwell's? ¡Papá y yo hemos decidido comprártelo! Así que si eres buen chico y ayudas al doctor Nevele, cuando vuelvas tendrás el dinosaurio en casa.

Bien, aquí se acaban las noticias. Por favor, piensa en ayudar al doctor Nevele, así podrás volver pronto y recibir los juguetes. ¿No será sensacional? ¡Claro que sí!

Te quieren, Mamá y Papá

En el nuevo semestre del cole me tocó la señorita Iris en tutoría. Como maestra está muy bien, es joven y usa cantidad de maquillaje. Tiene pelo rubio. Lleva las uñas pintadas y ropa fina como en la tele. Se pone perfume, una auténtica maravilla. Además es tranquila, tío, no grita nunca. Una vez nos dijo: «Niños, estoy dejando que me atropelléis», pero yo no la he atropellado.

(El semestre pasado me tocó Krepnik, que es malísima. Una vez Andy Debbs se metió el dedo en la nariz durante el recreo y Krepnik lo vio. Se puso a reñirlo: «Vaya crío más desagradable, ¿no te das cuenta de que es una costumbre espantosa?». Pero Andy no contestó nada porque es tímido, y ella le gritó: «¡Ve a lavarte las manos!». Andy se apoyó en el pupitre y entonces Krepnik le dijo que ahora también tendría que lavarlo. «¿Quién te ha enseñado semejantes modales?», gritó Krepnik, y Andy Debbs dijo: «Nadie, los he aprendido solo». Andy Debbs es del Hogar. La señorita Krepnik es mala con los niños del Hogar porque son pobres, pero en mi opinión la que tiene costumbres espantosas es ella).

Pero la señorita Iris es buena con todos. Pero una vez pasó una cosa. Llegué a mi casa y la señorita Iris estaba comiendo con mi madre. Mi madre dijo: «Dolores ha estado reunida con la Asociación de Padres y Maestros y al salir ha venido a visitarnos. ¿Quieres comer con nosotras, Burt?». Yo corrí a mi cuarto y cerré de un portazo. No es correcto ver a los maestros fuera del colegio. La señorita Iris llevaba pantalones.

Pero al tercer día del semestre nuevo la señorita Iris anunció que al día siguiente iríamos de excursión al zoológico. Nos pasó volantes de autorización, que estaban hechos con ciclostil. Yo pasé una hora entera oliendo el mío. Nos dijo que en el zoo haríamos un pícnic pero que cada cual tenía que llevar su almuerzo.

Al día siguiente me desperté solo muy temprano. Me preparé solo el desayuno, *ketchup* y una chocolatina Mars. Shruks fue a buscarme, tocó el timbre y despertó a todo el mundo. Al zoo tenían que ir todas las clases de tercero, la clase de la señorita Hellman, la de la señorita Craig y la mía. Íbamos en autocar. La señorita Iris nos contó a todos, luego se me acercó y me dijo: «¿Puedo sentarme a tu lado, Burt?». Le dije que no, pero ella se sentó igual. Luego partimos.

Ciclostil. CICLOSTIL. Ciclostil.

En el zoo teníamos que tener un amiguito que era la persona que se había sentado a tu lado en el autocar, así que mi amiguito era la señorita Iris. Le pregunté si no

podía ir con Shrubs, y ella me dijo: «Vamos, Burt, me estás hiriendo».

En el zoo hay árboles y rejas y cosas de cemento que tienen los animales dentro, y quioscos de bebidas. Hay un sendero que son pisadas de elefante grandes y amarillas. Le pregunté a la señorita Iris si eran de verdad y me dijo «Por supuesto». Las seguimos. Iban hasta el Tren del Zoo. Yo pregunté: «¿El tren es tan pequeño porque el elefante lo ha aplastado?», y la señorita Iris dijo: «Ay, Burt, eres divino», y metió la llave con forma de elefante en el Libro Parlante que cuenta cosas sobre los animales, y Shrubs dijo que iba a apretar el botón del lebel, pero entonces llegó el tren.

Es como los del parque de atracciones del Mundo de los Niños, solo que más real. La señorita Iris dijo: «¿Me protegerás de los animales salvajes, Burt?». Le contesté que no.

El tren daba toda la vuelta al zoo. La señorita Craig nos mandó saludar a todos los animales y Marty Polaski dijo que les enviaría una postal. A veces el tren doblaba y la señorita Iris se apoyaba en mí y me hacía sentir una cosa rara. Llevaba perfume. Luego, de golpe, Marty Polaski se puso a gritar: «¡Me persigue un gorila, me persigue un gorila!». Todo el mundo se volvió. Marty señaló y dijo: «Ese es el gorila». Era Marcie Kane, que estaba sentada con Jessica, eran amiguitas.

Después del tren fuimos a ver los chimpancés. Se estaban metiendo el dedo en la nariz como Andy Debbs y Shrubs se puso a cantar:

*El dedo en la nariz
el dedo en la nariz
todos se meten el dedo en la nariz
y luego se comen los mocos así.*

La señorita Hellman le dijo que se callara. A ella no le gusta la música.

Fuimos a ver las serpientes que sacan la lengua y a mí me dio miedo, y fuimos a ver los pingüinos que llevan frac, y luego los ciervos. Luego vino el almuerzo. Yo llevaba un bocadillo de atún, estaba tibio y blandito como a mí me gusta, y una manzana y un pastelito Twinkie. Mi madre me lo había dejado en la nevera. (La bolsa estaba cerrada con un clip, seguro que mi madre se había quedado sin grapas). Cada clase ocupó una mesa del merendero. La señorita Iris llevaba un refresco de limonada que había preparado ella. La señorita Hellman llevaba una caja de bebidas, le pidió al chófer que se la alcanzara.

A mí me gusta comer solo para poder imaginarme cosas. En el zoo imaginé que estaba subido a un árbol comiéndome el almuerzo que yo mismo había matado y abajo había humanos que eran los enemigos porque no se comportaban muy compuestamente en la jungla. Entonces pasó una cosa. Uno de los humanos me vio y trepó al árbol. Era un cazador blanco.

—¿Quieres un poco? —me dijo. Me enseñó una botella de naranjada Nesbitt y yo

le di un golpe en la mano y la naranjada se le derramó en el vestido verde porque era Jessica.

Miró al suelo. La naranjada le chorreaba por el dedo. Aún tenía el brazo extendido.

—Pensé que quizá te gustara más que la limonada —dijo.

—Umgawa —dije yo.

Entonces Marty Polaski se puso a chillar:

—¡Burton tiene novia, Burton tiene novia!

—Mejor te callas —dije yo.

—Atrévete.

—Atrévete tú.

—Yo no me meto con monos —dijo él, así que le pegué un puñetazo. Apunté al estómago, pero le di en la cara sin querer y cayó al suelo. Luego él me dio una patada en el pito y ya no pude levantarme. Todo me daba vueltas y vueltas alrededor. Luego me eché contra él y él se cayó encima de mí y le pegué otro puñetazo y se levantó pero lo perseguí y lo pillé y lo tiré al suelo, pero él volvió a darme una patada en el pito y dejé de ver. Lo tenía encima.

Luego solo supe que ya no lo tenía encima y que yo estaba tumbado y la señorita Iris se inclinaba sobre mí. Podía olerle el perfume. Me preguntó si me encontraba bien. Me levanté. Tuve que apoyarme en alguien. Alguien que estaba a mi lado. Era Shrubs.

Entonces vi un montón de niños cerca de la fuente. Estaban mirando a Marty Polaski, que tenía un corte en la cabeza. Shrubs me contó que Jessica Renton le había golpeado la cabeza con una botella de Nesbitt cuando se me echó encima. Vi que la señorita Hellman tenía a Jessica bien cogida y le estaba gritando. De la fuente salía agua por una cabeza de león. Marty Polaski vomitó.

Me senté en la mesa de pícnic y la señorita Iris se sentó a mi lado. Me acarició el pelo y dijo: «¿Te encuentras bien, cielo? ¿Puedo hacer algo por ti?». «Sí —dije yo—. No me llame cielo, ¿vale?».

Pronto se hizo la hora de mirar animales de nuevo. Hubo cambio de amiguito. Yo me junté con Shrubs. Iba cojeando. «¿Por qué cojeas?», le pregunté, y él: «Me ha comido la pierna un león».

Teníamos que ir donde los pájaros. Yo los odio porque no son animales salvajes y porque apestan. Shrubs y yo no entramos, esperamos fuera e hicimos un plan para tenderle una emboscada a Marty Polaski cuando saliera, le arrojaríamos mi camisa a la cabeza y lo zurraríamos. Después Shrubs dijo que no quería porque quería ir a ver los alces porque a uno lo conocía. Le pregunté a cuál. A Caracola, dijo.

A veces pienso que Shrubs es subnormal. Una vez le enseñé a decir idiota, y se paró en el porche de su casa y se puso a decirle idiota a cuánta persona pasara.

Salieron todos del edificio de los pájaros. La primera en salir fue la señorita Iris. «Burt —dijo—, ¿por qué demonios te has quitado la camisa? ¿Encima de todo

quieres pillar una pulmonía?». Le contesté que sí.

Luego salió Jessica y me vio y se acercó, y a mí me dio vergüenza porque tengo una cicatriz en la barriga.

—No importa que no lleves puesta la camisa —comentó Jessica—. Lo que te pone enfermo son los gérmenes y las bacterias, no las corrientes de aire. Te lo puedo asegurar.

—¿Cómo lo sabes? —dije yo.

—Lo he leído en una revista.

—No es verdad, eres demasiado pequeña.

—Pues lo he leído —dijo ella—. La habían dejado en el buzón de mi casa. Mi padre es profesor en la universidad y me deja leer todo lo que quiero.

—Caray —dije yo, y me volví a poner la camisa, solo que me la abotoné mal y tuve que hacerlo de nuevo—. Vapayapa suerpetepe —dije. (Es idioma secreto. Quiere decir «Vaya suerte»).

Entonces vi que Shrubs le estaba preguntando al señor del zoo dónde estaban los alces. Luego fuimos a ver los puercoespines. Estaban todos durmiendo en un agujero, no se veía casi nada. Recuerdo que una vez en *Popeye* un puercoespín le disparaba agujas y entonces él bebía agua y las agujas se le salían. Jessica se apoyó en la cadena de los puercoespines. Estaba enfadada.

—No tenías que golpear la botella —dijo—. Con decir «Gracias, no quiero» bastaba. Se me manchó el vestido.

—¿No ves que era Tarzán?

—Tú eres subnormal —dijo ella, y se fue a ver las llamas.

En el mismo lugar que las llamas había un pájaro, era enorme. Era una cucaburra. Jessica lo miró y yo canté una canción, la aprendí en clase de música.

*Posado en el gomero
cucaburra está
pájaro contento
rey del matorral
ríe que te ríe
feliz cucaburra
ríe que te ríe
cada día más.*

Jessica estuvo un minuto mirándome, escuchaba la canción. Luego meneó la cabeza.

—No cuesta nada ser amable —dijo—. Eso dice mi padre.

—¿Y con eso?

—Y con eso ¿qué?

—¿Y con eso?

—Y con eso ¿qué?

Las llamas estaban todas durmiendo pero no en agujeros, se podía verlas.

—A veces no leo las revistas —dijo Jessica—. A veces solo miro las fotos. Me gusta mirar ropa. Hay ropa muy elegante.

—Yo nunca miro ropa —dije yo—. Nunca.

—Miras la ropa de la señorita Iris —dijo ella.

—No.

—Sí —dijo Jessica—. Se sienta todo el rato a tu lado y tú le miras la ropa y cuando cruza las piernas le miras los zapatos. Te vi muy bien en el autocar.

Luego nos pusimos los dos a mirar una llama. No sé si se escribe así.

—Allí hay una muy bonita —dijo Jessica—. Es toda negra con calcetines blancos como mi caballo.

—Tú no tienes un caballo.

—Sí que tengo.

—¿Dónde?

—Eso lo sé yo y tú tienes que adivinarlo.

Miré la llama. Estaba escupiendo en el suelo.

—Yo tenía un caballo, ¿sabes, Jessica?, y le dije que se parara sobre la cabeza de la señorita Filmer y entonces a ella le salió sangre por los ojos y se la llevaron al horno y la incineraron y yo me alejé montado en mi caballo.

—Seguro que apestaba como la mierda —dijo Jessica, y yo me enfadé.

—No deberías decir mierda —dije—. Es una palabrota.

Pero Jessica se alejó repitiendo las mismas palabras: «Mierda, mierda, mierda».

Luego fuimos a ver los bisontes. Estaban todos durmiendo. No en agujeros.

—Puedo decir palabrotas si quiero, Burton. Estamos en un país libre —dijo Jessica.

—No me llamo Burton —dije yo—. Me llamo Randy. (No sé por qué dije aquello).

Luego fuimos a ver los cocodrilos que son mis animales favoritos porque una vez cuando estuvimos en Miami Beach Florida casi me compran uno, los vendían en cajas de cartón. Eran bebés. En el zoo estaban en una isla que alrededor tenía un foso y luego un poco de hierba y luego una cadena. No había jaula. Me quedé mirándolos. (En casa tengo un cocodrilo, se llama Coco. Está muerto. Me lo compraron en el aeropuerto, está disecado). Todos sonreían. Así que pasé por encima de la cadena y crucé la hierba y me acerqué al borde del foso y me incliné y dije: «Hola, cocodrilos».

Había cinco. Los cinco estaban durmiendo pero uno tenía la boca abierta y rígida. Decidí acariciarlos mientras dormían. Fue entonces cuando oí que todos los de tercero se ponían a chillar. Me di la vuelta y vi a la señorita Iris corriendo arriba y abajo arriba y abajo.

—Tranquila, señorita Iris. Creo que los conoce —dijo Shrubs.

Pero la señorita Iris no le hizo caso.

—Vuelve inmediatamente, Burton, o te acordarás de mí —gritó.

—No se llama Burton sino Randy —dijo alguien.

Me volví. Jessica estaba a mi lado.

—Será mejor que te vayas —dije yo—. Te matarán, Jessica, y te comerán a pedazos. No son amigos tuyos.

—Me presentaré —dijo ella. El viento le hinchaba un poco el vestido, se le veían los calcetines largos. Y uno de los cocodrilos movió la cola—. Soy Jessica Renton —dijo ella.

—No te entienden —dije yo.

—Creo que son cocodrilos franceses —dijo ella—. Una vez en un dibujo vi que Popeye le daba un puñetazo a un cocodrilo y salía volando y volvía transformado en unas maletas.

—Bien, ¿y qué?

—Nada —dijo. Luego empezó a acercarse a los cocodrilos. La agarré del brazo.

—Suéltame.

Los niños gritaban más fuerte. La señorita Iris se mordía la mano y le hacía señas al señor del zoo.

—Jessica —dije.

—No me llamo Jessica.

—¿Cómo te llamas?

—Condesa. Así me llama mi padre. Pero tú no puedes. —Siguió acercándose a los cocodrilos y uno empezó a moverse—. *Je m'appelle* Jessica —dijo.

De repente alguien nos cogió a los dos. Era el señor del zoo. Pero Jessica tiró del brazo muy fuerte y echó a correr y mientras el hombre la miraba me solté yo también. Pasamos por encima de la cadena y escapamos. Pasamos por los leopardos. (Una vez vi que Popeye le ponía quitamanchas a uno). Pasamos por los osos que estaban sentados como perros. Pasamos por las focas. (En la tele tocan la trompeta y son muy aburridas). Pasamos por las jirafas y seguimos corriendo hasta llegar a los elefantes. Jessica me ganó, es rapidísima, tío. Ni siquiera se había quedado sin respiración.

Y resulta que de golpe todos los niños de tercero se habían echado a correr hacia donde estábamos nosotros, era una verdadera estampida, chillaban todos a la vez. También la señorita Iris venía, y corriendo. Yo nunca la había visto correr, no parecía correcto. Y al final también vinieron la señorita Hellman y la señorita Craig. Hellman me agarró del brazo y empezó a sacudirme. Entonces Jessica se volvió.

—Señorita Hellman, ¿no había dicho usted que cuando llegáramos al quiosco podríamos comprarnos helados? Pues está allí enfrente. ¿Podemos?

Todos los niños empezaron a cantar: «¡Queremos helados, queremos helados!», y tiraron de la señorita Hellman hasta que me soltó.

—Está bien —dijo.

Fueron. Todo el mundo comió helado menos Jessica y yo. Ella estaba apoyada en un cartel, mirando los elefantes. El cartel decía:

NO SE PIERDA USTED
EL DESTERNILLANTE *SHOW* DEL ELEFANTE
¡A LAS 16 Y A LAS 17.30 H!

Hacía calor. Estuve mirando los elefantes, y levantaban polvo al andar, había tres. Eran todos grises y resecos y agrietados. Se movían en cámara lenta arriba y abajo arriba y abajo. Luego dos de ellos retrocedieron y el del medio hizo un círculo. Luego todos caminaron hacia delante, luego todos hacia atrás. Eran tan lentos que parecía que tardaban semanas enteras.

(Yo estuve a punto de gritar mi llamada, y se habrían despabilado y me habrían llevado a la jungla, pero no lo hice).

Detrás de nosotros todo tercero estaba hablando y tomando helados y oyendo chillar a las maestras.

Jessica estaba detrás de mí.

—Mira los elefantes, Randy —dijo.

—La verdad es que no me llamo Randy —dije yo.

—Ya lo sé —dijo ella.

Y allí nos quedamos uno al lado del otro. Los elefantes caminaban arriba y abajo arriba y abajo.

—Mira, Burt —dijo Jessica—. Están luciendo el *show* en sueños. Están dormidos, pero no pueden parar.

A la vuelta la señorita Iris no se sentó a mi lado en el autocar. Se sentó al lado de Marty Polaski.

Al volver del cole a casa después del zoo me peleé con Harold Lund. Es un grandote amigo de Marty Polaski. Me atacó por sorpresa, y eso es jugar sucio, tú, y se me echó encima y me clavó las rodillas en la espalda hasta que Shrubs le machacó la cabeza con un cubo de basura y escapamos los dos corriendo.

Cuando llegué a casa lo primero que dijo mi madre fue «No quiero comentarios», porque tenía los pantalones manchados de verde en las rodillas por culpa de la hierba. (Eran pantalones nuevos, me los había comprado en West's Clothing donde los probadores no tienen puertas y una niña me vio los calzoncillos).

—Es un crimen —dijo mi madre—. Y esta vez ¿quién te ha pegado?

—Los testigos de Jehová —contesté.

—¿Cómo?

Me alejé. Ella me persiguió y me cogió del brazo.

—Cuéntame la verdad, jovencito.

Así que se la conté. Me había atropellado un coche conducido por un testigo de Jehová y el testigo de Jehová se bajó y dijo que yo no era testigo de Jehová pero yo dije que sí, solo que él no me creyó y tuvimos que luchar y yo le gané porque él era débil y luego vino un negro y dijo que si yo quisiera podría ser negro y yo dije vale y luego el testigo de Jehová se enfureció y me tiró a la hierba y luego me fui a casa.

Subí a mi cuarto. Mi madre gritó: «Vuelve aquí ahora mismo y cuéntame la verdad». Pero no bajé.

(No sé lo que es los testigos de Jehová. Creo que es cuando llevas americana).

Me senté en la cama y cogí a alguien. El Mono Mimoso, me estaba esperando. Dijo que me había visto por la ventana y que era yo el que había ganado a Harold Lund, y no Shrubs. Arrojé los pantalones por el tobogán de la ropa sucia, está en el cuarto de Jeffrey detrás de la puerta. Es una puertecita como la de la botella del lechero solo que baja hasta el sótano y sirve para la ropa sucia. Me gustaría tirarme por el tobogán de la ropa pero soy demasiado grande. Y mis pantalones no habían bajado. Se habían quedado atascados a medio camino, lo noté por el ruido. Así que tuve que tirar un libro que es la manera de desatascar un tobogán de la ropa. Fui a mi cuarto a buscar *Aprendiendo a deletrear*, volumen I, que lo tengo guardado en mi armario para la clase de lengua.

Pero no estaba. Lo había perdido. (Soy desordenado. No recojo mis cosas. Mi madre dice: «Estoy harta y cansada de recogerte todo, voy a dejar de hacerlo y dejar que las cosas se amontonen hasta que te quedes sin espacio en el cuarto, y entonces ¿qué harás?». Y yo le dije: «Me marcharé a Florida»). Pero en vez de *Aprendiendo a deletrear*, volumen I, había otro libro. *Desde la semillita*. Mi madre lo había dejado en el cuarto después de leérmelo.

Le di un vistazo. Traía muchos dibujos. Estaban el Abuelo y la Abuela y un niño pequeño y una niña pequeña y cerdos y cerditos y vacas y terneras y gallinas y huevos. Y una picha.

Lo cerré, me hacía sentir dentro una cosa rara. Me senté en la cama. Luego se abrió la puerta y entró en el cuarto un pollo, tenía una cresta roja. Era como piel y se doblaba para un lado y para el otro. Se subió a la cama y empezó a acercárseme y yo traté de apartarlo. Luego entró otro pollo y luego otro. Estaba el cuarto lleno y todos ponían huevos y armaban barullo y entonces el de mi cama empezó a picarme la picha y yo me asusté y le di un golpe, y la cresta se le empezó a estirar y a hinchar y entonces la toqué con el dedo y una cosa blanca me ensució la mano. Luego ya no era un pollo. Era Jessica. Estaba sentada en mi cama y se levantaba el vestido con la mano y me miraba.

—Burton, ¿te encuentras bien? —gritó mi madre desde la escalera—. ¿Te encuentras bien?

Abrí la puerta y me restregué los ojos.

—Te quedaste dormido —dijo—. Ya casi es hora de cenar. Lávate la cara y baja. Y no le contestes a tu padre, que está de mal humor.

Fui al lavabo y me lavé. (Usé jabón Sweetheart, es mi favorito, lleva un grabado). Cuando volví a mi cuarto a cambiarme no había pollos ni Jessica. Guardé *Desde la semillita* en el armario y bajé a cenar.

—Pensé que ibas a estudiar para el concurso de ortografía —dijo Jeffrey. Estaba mirando las chicas de los anuncios de ropa interior de una revista.

—Estamos en un país libre.

—Cuélgate de aquí —dijo, y me mostró el dedo, y eso es muy grosero. Papá le pegó. Estaba de mal humor.

Cenamos redondo de ternera. Es delicioso y nutritivo. Lo que pasaba era que Jeffrey seguía metiéndose conmigo. Me daba patadas por debajo de la mesa. Pero después de la cena me ayudó a estudiar para el concurso de ortografía.

El concurso de ortografía fue dos semanas después del zoo. Era otoño, octubre. (Lo recuerdo porque mi padre me dio su chubasquero amarillo. Es la bomba, chaval, tiene mangas anchas que se me abultan y es de plástico no de tela, solo que tiene la cremallera rota, por eso me lo regaló).

Durante dos semanas, Jeffrey me ayudó a estudiar. Utilizábamos *Aprendiendo a deletrear*, volúmenes I, II y III. Los dos primeros los tenía Jeffrey de antes, el otro me lo prestó la señorita Iris. También usé un diccionario. Jeffrey me decía palabras y yo las deletreaba.

Primero se hace el certamen de la clase, luego el de todo el curso, luego el del colegio y luego el de la ciudad y luego no sé cuál más. Yo gané el de mi clase. Me pusieron una pegatina en la cabeza. Era un pavo. (La señorita Iris se había quedado

sin estrellas). Mi madre dijo que estaba orgullosa de mí y después del cole me llevó a Maxwell's y me dijo que podía elegir un juguete no muy caro. Yo pedí una figurita del Zorro. Es una que ya viene montada. Es la bomba. En Maxwell's hay montones de figuritas, pero la del Zorro es la más grande. Jeffrey dice que es porque es de otra marca pero yo creo que el Zorro es español. De todos modos era muy cara, así que me compraron una bolsa llena de muñequitos. Pero mamá prometió que si ganaba el concurso de ortografía de todo el curso me compraría el Zorro.

La noche anterior al certamen de tercero estaba muy nervioso. Me dio pleurodinia. Así que me llevé *Aprendiendo a deletrear*, volumen I, al lavabo y me quedé allí haciendo ejercicios solo.

—Burton, ¿qué haces allí dentro? —preguntó mi madre.

—Nada —dije yo.

—Parece que estés cantando «Heartbreak Hotel» —dijo ella. (Pero sonaba exacto como el disco. Exacto).

Al día siguiente no tenía nervios, y eso me sorprendió pero lo cierto es que no tenía. Me levanté y desayuné y Shrubbs pasó a buscarme como siempre y luego fue a la alacena y como siempre robó caramelos del frasco de cristal de mamá, y nos marchamos. Le dije que quizá me regalarían el Zorro de Maxwell's y él dijo: «¡Caracoles!».

A la hora del recreo yo tenía mariposas en el estómago. (No mariposas de verdad). Durante el recreo nos cuidó Acides la profe de ciencia. Es del sur, nos llama «familia». Y también tiene una libreta donde te pone un cero si te portas mal. Los llama «ceros gordotes». Aquella mañana a Marty Polaski le tocó salir para la presentación en clase. Dijo: «Ayer estaba en casa construyendo una silla eléctrica cuando de golpe tuve un accidente y me corté un dedo. Pero lo recogí del suelo y lo guardé en una cajita para no perderlo. Y aquí lo tengo». Sacó una cajita blanca que dentro tenía algodón y envuelto en el algodón estaba el dedo. La señorita Ackles se puso pálida como si fuese a vomitar. Marcie Kane se desplomó en el suelo, muerta. Y entonces Marty nos enseñó que en el fondo de la caja había un agujero y por ahí había metido el dedo. (La señorita Ackles le puso un cero gordote).

Luego en el aula entró una niña que dijo: «Los finalistas del concurso de ortografía de tercero, haced el favor de venir al aula 215». Y yo fui.

En el aula 215 todos los niños estaban contra la pared como si los fueran a fusilar. La señorita Iris y la señorita Krepnik estaban sentadas en sillas de maestras en el centro del aula. Se veía muy bien que la señorita Krepnik se había tomado el jarabe que la volvía mala. Yo estaba enfrente de la ventana y miraba hacia fuera. Era otoño y las hojas caían de los árboles. Los árboles se quedaban calvos.

La 215 es el aula de la señorita Iris. Todavía estaba el mural que yo había hecho para Puertas Abiertas. (Puertas Abiertas es cuando vas al cole por la noche con tus padres y haces fila para ver a tus maestros y los escuchas decir mentiras sobre ti. El mural era como un caballo que decía: «¡Vaya cursos más rápidos!»), y allí se cuelgan

noticias. Lo hice yo. Porque yo soy un artista. La señorita Verdón, la profe de dibujo, dice que tengo talento. Me gusta hacer murales. Te dejan usar las tijeras de la profe que son puntiagudas y te pueden sacar un ojo).

Cuando todos se callaron, la señorita Iris nos dijo las reglas del concurso.

—A cada alumno le preguntaremos una palabra por vez. Podéis pedirnos que la repitamos. Nos podéis pedir que la empleemos en una frase, pero una vez que hayáis empezado a deletrear no podremos dar más información; y una vez que hayáis empezado no tendréis oportunidad de corregir.

Entonces se abrió la puerta. Era la señorita Lipincott.

Es maestra. Alguien venía con ella. Ella la arrastraba del brazo. Era Jessica.

—Y ahora colócate junto a los demás, jovencita —dijo la señorita Lipincott—. Deprisa.

Jessica le lanzó a Lipincott una mirada terrible. Llevaba un libro. Era negro, de la biblioteca.

—Jovencita, tendrás que dejar el libro en algún sitio —dijo la señorita Krepnik—. No se puede tener libros en la mano durante el certamen.

—Prácticamente he tenido que traerla a rastras —dijo Lipincott.

—¿Por qué? —preguntó la señorita Iris.

Lipincott se volvió hacia Jessica y preguntó:

—¿Por qué?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —dijo Jessica. (Era una forma de hablar muy grosera, y delante de las maestras. Todo el mundo se quedó helado).

—No pienso continuar con esto solo para darte la oportunidad de decir groserías —dijo Lipincott—. Y ahora deja ese libro en un pupitre y pasemos a otra cosa.

Jessica esperó un minuto pero al fin puso el libro en un pupitre. La señorita Krepnik le dijo a Lipincott: «Gracias, Fran», y Lipincott se marchó.

Luego empezó el concurso.

La señorita Krepnik le preguntó bribón a Mike Funt.

—¿Puede ponerla en una frase, por favor?

—Sí. Peter es un bribón.

—Bribón. BRIBÓN. Bribón.

La señorita Iris le preguntó fresco a Marión Parker.

—¿Puede ponerla en una frase, por favor?

—Sí. Me gusta el pescado fresco.

—Fresco. FRESCO. Fresco.

La señorita Krepnik le preguntó gentío a Tommy Halsey.

—Gentío. JEN... —pero se dio cuenta de que la había pifiado. Se fue a sentar casi llorando.

La señorita Krepnik le preguntó gentío a Ruth Arnold.

—¿Puede ponerla en una frase, por favor?

—Sí. Vi a Mary entre el gentío.

—Gentío. GENTÍO. Gentío. —Lo deletreó sonriendo.

Odio a Ruth Arnold. Siempre es la mimada de la maestra porque es muy lista y toca el violín. Una vez le pregunté una adivinanza:

*Piensa, lee y escribe Cazar
¿Sabes deletrearlo sin a?*

Ruth Arnold no sabía. Así que tuve que decírselo: «L O. Lo. Ja, ja». Francamente, me gustaría matar a Ruth Arnold. Una vez en clase de Sociales se chivó porque yo le estaba mostrando a Shrubs cómo sería cortarse el pulgar. Me sacaron de clase y tuve que perderme un examen y luego Cowley me puso un deficiente y a fin de cuentas ni siquiera había estado hablando. (Era una pantomima. La había aprendido en tutoría, en un ejercicio que se llamaba «¡Hagamos una obra!»).

La señorita Iris me preguntó invierno. La deletreé muy fácil, ni siquiera me hizo falta pedirle que lo pusiera en una frase. Pero Ruth Arnold levantó la mano y dijo:

—Eso no es justo, señorita Iris, porque la palabra invierno está en el mural. Sale en uno de los papeles, «Poema de otoño». Ese mural lo hizo Burt, y ha mirado la palabra.

—¡Mentira, no he mirado!

—¡Nadie os ha dado permiso para hablar! —dijo Krepnik. Pero dijo que Ruth Arnold tenía razón y que la señorita Iris tenía que preguntarme otra palabra.

—Un momento, Helen —dijo la señorita Iris—. No me parece justo preguntarle otra palabra a Burt. Y es que además los papeles no los puso él sino yo. Él solo hizo el mural.

—Entonces le daré yo la palabra —dijo Krepnik.

—No —dijo la señorita Iris. Se había puesto roja y todos los niños la miraban.

—Oye, que está en el mural.

—¿Pero tú estás loca? ¿Te parece que puede leerla desde allí?

Las dos estaban furiosas y se lanzaban miradas asesinas. Luego la señorita Iris dijo que en todo caso era a ella a quien le correspondía preguntarme otra palabra. Así que me preguntó alternarse.

—¿Puede ponerla en una frase, por favor?

—Sí. Las maestras que dan las palabras en el concurso de ortografía deben alternarse.

—Alternarse. ALTERNARSE. Alternarse.

Luego la señorita Krepnik le preguntó destruir a Joan Overbeck. Y la señorita Iris le preguntó observar a Irving Klein. Y la señorita Krepnik le preguntó principesco a William Gage, pero lo deletreó mal, solo que no quería sentarse. La señorita Krepnik le dijo que se sentara pero William no le hacía caso, miraba el suelo. No quería perder. Así que la señorita Iris le dijo:

—William, cariño, escúchame. Hay unas reglas y todos tenemos que aceptarlas. El semestre que viene tendrás más oportunidades. Estoy segura de que tus padres se sentirán orgullosos cuando sepan lo lejos que has llegado.

Entonces William se sentó y la señorita Krepnik volvió a lanzarle a la señorita Iris una mirada asesina.

Luego le tocó a Jessica. La señorita Iris le preguntó entrevista pero era como si Jessica no la hubiese oído.

—Jessica.

—¿Qué?

—Entrevista.

—¿Qué entrevista? —dijo Jessica.

Todos se rieron. Krepnik estaba fuera de sí.

—Entrevista es la palabra que te ha tocado, jovencita. Deletréala, por favor.

—LA.

—A lo mejor, Jessica, lo que quieres es ir al despacho de la directora y desperdiciar la oportunidad de estar en el concurso —dijo Krepnik—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Crees que a tus padres les resultará divertido?

—Jessica —dijo la señorita Iris—, o deletreas la palabra o tendrás todo el semestre un deficiente en ortografía. ¿Está claro? —También ella estaba furiosa.

Pero yo pensaba una cosa. Pensaba que en el cole, Jessica es listísima y que el concurso no lo iba a ganar yo sino ella. Me puse muy nervioso.

—Entrevista —dijo la señorita Krepnik.

—¿Puede ponerla en una frase, por favor?

—Sí. He visto una entrevista por la tele.

—Entrevista —dijo Jessica—. MPXLYHHO. Entrevista.

Nadie abrió la boca. La mirábamos fijo, nada más. Jessica no se movía. Luego, muy despacio, la señorita Krepnik dijo:

—Ve al despacho, jovencita.

Jessica cogió su libro del pupitre y salió por la puerta.

Dave Sutton empezó: «Tu tu turu ba». (Es la música de *Dragnet*, de la tele).

—Nadie os ha dado permiso para hablar —dijo Krepnik.

Entonces las palabras se pusieron difícilísimas. Los alumnos no sabían deletrearlas y perdían. Helen Tressler perdió con alcoholismo. Con afiebrado perdió Audrey Burnstein, y cinco alumnos perdieron con exagerar hasta que la deletreó Ruth Arnold. También le preguntaron audible y reverbero. Yo deletreé implacable y espontáneo. Entonces solo quedamos cuatro. Nancy Kelton perdió con fertilizante, lo mismo que Sidney Weiss. Pero Ruth Arnold la hizo bien. Entonces quedamos nada más que ella y yo.

La señorita Iris me preguntó obvio.

—¿Puede ponerla en una frase, por favor?

—Sí. Me has dicho algo obvio.

—Obvio. O P V I O. Obvio.

—Ruth Arnold —dijo la señorita Iris—. Obvio. —Y entonces vi que la había deletreado mal. De pronto me pareció que iba a desmayarme. Había perdido el certamen.

Ruth Arnold dijo:

—Obvio. O B B I O. Obvio.

También ella la había deletreado mal. Por poco me echo a reír. La señorita Krepnik me preguntó excedente.

—Excedente. EXCEDENTE. Excedente. —Me la inventé pero estaba bien. Luego la señorita Iris le preguntó innovación a Ruth Arnold.

—Innovación. INOVACIÓN. Innovación —dijo Ruth Arnold.

Pero yo sí la sabía. La sabía porque mi madre la dice, así que un día la miré en el diccionario y la sabía deletrear. Entonces la señorita Krepnik me preguntó irrompible.

—Irrompible. IRROMPIBLE. Irrompible.

La señorita Iris se puso a aplaudir. Krepnik la miró, pero yo había ganado el concurso de ortografía de todo tercero y también me puse a aplaudir. Me aplaudía a mí. La señorita Krepnik dijo que nadie me lo había pedido pero yo aplaudía y aplaudía. Seguí aplaudiendo hasta que los otros niños se fueron. La señorita Iris me dio un beso en la frente y dijo:

—¿Por qué no vas al despacho a recoger tu premio? Aquí tienes un pase.

Fui.

Fuera del despacho había alguien sentado en el banco del pasillo donde los niños malos se sientan a esperar a que el director los riña. Era Jessica. Pasé delante de ella para entrar en el despacho, no le dije nada porque ella no me vio porque estaba leyendo su libro. Le pedí mi premio a la secretaria pelirroja. Era un diccionario. Me dijo que esperase fuera en el banco. Así que salí. Jessica seguía leyendo. Me fijé en el libro. Era *El potrillo irritable*.

Sonó el timbre de fin de clase. Todo el mundo fue a las taquillas. Me vieron sentado en el banco. Les dije: «No me he portado mal, acabo de ganar el concurso de ortografía de tercero», para que no pensaran que era mal alumno. Pero Jessica no dijo nada, siguió leyendo. Después de un rato bajó el libro y miró el pasillo, pero no miraba a nadie. A nadie. Y dijo:

—Apuesto a que ahora debe de estar en Wyoming. Salió de Montana con toda la manada, es el jefe porque es el más grande y el más salvaje, nadie lo podría montar salvo yo. Pero ahora volverá solo.

—¿Quién volverá? —dije yo.

Se dio la vuelta y me miró a la cara, y le vi los ojos. Son gigantes, chaval, marrones con trocitos verdes dentro.

—*Blacky* —dijo ella—. Mi caballo.

—Ah —dije yo.

Luego estuvimos mucho rato sin decir nada. Dejaron de pasar niños y ya no se oyeron portazos y el pasillo y el cole quedaron en silencio.

Entonces Jessica dijo una cosa.

—¿Sabes?, te dejé ganar el concurso —dijo—. Porque tú querías ganarlo.

Una vez tenía cinco años. Iba a menudo en coche. Iba al lado de papá en la montañita del asiento delantero. La montañita estaba en la parte del asiento donde no había costuras. Me alzaba y así yo podía ver. Era mi lugar especial. Una vez fuimos hasta Frankfurt, Michigan, y yo me pasé todo el camino sentado en la montañita.

Luego un día mi padre nos llevó a Jeffrey y a mí a la Chevrolet Hanley-Dawson a comprar un coche nuevo. Fuimos en el coche viejo. Yo iba sentado en la montañita. Luego subimos al coche nuevo. Tenía un olor raro. Papá subió y encendió el motor. Luego nos fuimos. Yo miré por la ventana de atrás y saludé al coche viejo. Dije: «¿Y qué pasará con nuestro coche viejo, papi?». Y él dijo: «No te preocupes por ese montón de lata». Yo me fijé en el asiento delantero. No había ninguna montañita. Mi padre dijo: «Lo que pasa es que esta preciosidad lleva el motor detrás. ¿Ves cuánto más lugar libre tenemos así?».

Apoyé la barbilla en el respaldo del asiento trasero y miré nuestro coche viejo por la ventanilla. Creo que lloré. Jeffrey dijo: «¿Y ahora por qué lloras, niño?». Y yo dije: «No tengo donde sentarme».

Ya llevo dos semanas en el Centro de Internamiento Infantil. El cartero viene cada día pero a mí no me trae cartas de Jessica. Y cada día le pregunto al doctor Nevele si han llegado cartas para mí y él dice que no.

Hoy por la mañana estaba sentado en la mesa de nuestro pabellón donde jugamos a veces. Estaba armando al señor Cabeza de Patata. Es de plástico, no de patata verdadera como en casa. Y le estaba poniendo la nariz cuando ha entrado la señora Cochrane y ha dicho que tenía algo que anunciar.

—Esta mañana traigo muy buenas noticias —ha dicho sonriendo de lo más falsa—. Han acabado la piscina nueva. De modo que todos los niños del CII podrán utilizarla hoy mismo cuando les llegue el turno. Se ha confeccionado un horario, ¿y me creeréis si os digo que somos el primer grupo? ¡En cuanto terminemos de desayunar podremos ir a nadar!

Todos los niños han gritado: «¡Yupii!».

Salvo uno. Yo. Me he quedado sentado armando el señor Cabeza de Patata. Le he puesto otra nariz, una grande como la del doctor Nevele solo que no tenía pelo dentro como la de él, algo que francamente me da asco.

El primer día que pasé en el Centro de Internamiento Infantil me dijeron que estaban construyendo una piscina nueva y a veces yo los oía trabajar, está en el sótano. Antes solían llevar a los niños en un autobús a nadar la YMCA^[4]. Pero dejaron de hacerlo antes de que yo llegara y me alegro porque detesto la YMCA, me gustaría matarla. (Una vez el tío de Shrubs pagó para que Shrubs y yo fuésemos un año entero a la YMCA. Es goy^[5]. La madre de Shrubs también. Yo solo fui a la YMCA una vez porque me asustó, hay cruces y cuadros de Jesucristo en todas las paredes y en las duchas vi que todos los hombres tienen el pito con manga larga).

—No hace falta decir que tendremos que comportarnos perfectamente —ha dicho la señora Cochrane—. Si es que queremos conservar nuestros privilegios. No podemos permitir que los problemas de conducta se metan en la piscina, ¿verdad? No sería justo con los demás niños.

Yo le he puesto otra nariz al señor Cabeza de Patata.

Manny ha dicho que no quería ir a nadar porque no tenía bañador, y la señora Cochrane ha dicho que se nos proveería de atuendos de baño. O sea de bañadores. Todos los niños han empezado a gritar «¡Hurra!» menos Howie, que se estaba hurgando la nariz. Yo lo he visto. (A mí a veces me gusta hurgarme la nariz porque me gustan las bolitas de moco. Las disparo. En el cole a veces me siento al lado de Marty Polaski y él se mete el dedo en la nariz y después me lo muestra y dice: «Este es un moco Chevrolet 1956». Luego vuelve a metérselo y dice: «Este es un moco

Oldsmobile 1954». Es bueno para los chistes graciosos, pero su conducta es una problemática).

A aquellas alturas todos los niños del pabellón estaban saltando y cantando: «¡Vamos a nadar, vamos a nadar!».

Menos yo. La señora Cochrane se ha dado cuenta y se ha acercado a mirar mi Cabeza de Patata. Tenía un montón de narices.

Cuando hemos acabado de vestirnos hemos ido a tomar el desayuno que eran huevos con ojos, con la parte del sol hacia arriba. Yo me he sentado al lado de Robert. Robert se pasa el día llorando. Así que le he dicho: «Eh, Robert, mira esto. Pongamos que este huevo es tu ojo, ¿vale?». Él ha dicho vale, y yo he clavado el cuchillo en el huevo y la yema ha empezado a chorrear por todo el plato. Y él se ha puesto a llorar. Así que le he atizado en la boca y la señora Cochrane ha quedado toda rociada de cereal. Se ha puesto furiosa de verdad y me ha agarrado la mano que era un puño por encima de la mesa, pero yo me he soltado y he machacado mi plato y se ha roto y un trozo le ha dado a Robert en la cara y se ha echado a aullar. Todo el mundo en el comedor se ha vuelto a mirar. Así que me he subido a la silla y me he puesto a caminar sobre la mesa pisando los platos y pasando de puntillas por los charcos de agua. Le he dado una patada a mi vaso de zumo de naranja y ha volado hasta el otro lado de la sala y le ha pegado a Rudyard en la espalda, él se ha dado la vuelta y me ha visto pero no ha dicho nada.

La señora Cochrane se ha levantado y me ha cogido por la cintura y ha llamado a gritos al asistente de la mesa de al lado para que la ayudara y él ha venido y me ha levantado y como yo le he dado una patada en el estómago él me ha agarrado los brazos y me los ha cruzado para que no pudiera moverme y apretaba con una fuerza terrible.

En el despacho del doctor Nevele había alguien cuando hemos llegado, la puerta estaba cerrada, así que el asistente me ha hecho sentar en el banco sin dejar de sujetarme. La señora Cochrane ha llamado a la puerta y ha entrado. Yo he intentado morder al asistente pero él me ha tirado de los brazos muy fuerte y he notado como si me los fuera a romper. No podía moverme. Luego la señora Cochrane ha salido del despacho con la cara roja. Detrás de ella había una mujer. Yo he dejado de intentar morder al asistente. He mirado a la mujer y ella me ha mirado a mí. No sabía qué hacer. Era la madre de Jessica.

Me miraba como si estuviera helada, como si yo fuera un monstruo. Luego ha desviado los ojos y no ha abierto la boca y me he dado cuenta de que estaba temblando.

El doctor Nevele ha salido, le ha puesto la mano en la espalda y ella lo ha mirado y me ha mirado a mí y luego él ha movido la cabeza y ella se ha ido. Yo no he hecho nada. El asistente me ha soltado y el doctor Nevele me ha dicho que entrara en el despacho. Estaba enfadado.

—Muy bien —ha dicho—. Y ahora ¿qué ha pasado?

—Nada.

Ha sacado del cajón una pila de papeles pero se le han resbalado de las manos y han caído al suelo.

—Mierda —ha dicho.

—No debe usted decir palabrotas, doctor Nevele —he dicho yo.

Él ha recogido los papeles de a uno, pero un par de ellos que estaban pegados han quedado en el suelo, bajo el escritorio. Él no los veía pero yo sí. Los he tocado con el zapato.

—Muy bien —ha dicho—. Y esta vez ¿quién empezó?

—Yo —he contestado.

—¿Qué ocurrió?

—Nada. ¿Puedo irme a la Sala de Retiro?

—No —ha dicho él—. No puedes. En cuanto te sientes un poco molesto corres a la Sala de Retiro a escribir en esa maldita pared en vez de hablar conmigo. Y yo quiero que hables conmigo, Burt. Por favor.

—A usted, doctor Nevele —he dicho—, yo nunca le contaré nada. —Y me he levantado y me he acercado a la biblioteca y he apoyado la mano como si fuera a tirarla de nuevo. Pero él me ha obligado a sentarme y ha sacado el cinturón. Esta vez me lo ha puesto él mismo y vaya si lo ha apretado. Yo he tratado de aflojarlo, me pinchaba.

—Quédate así un rato, Buster —ha dicho—, y reflexiona. —Y ha salido del despacho. Me ha dejado solo.

Me he acordado de cuando estuve en Frankfurt, Michigan, con mi familia y fuimos a nadar al lago Crystal pero yo no nadé porque no sabía, aunque de todos modos me llevaron. Mi padre me puso un flotador que estaba frío y mojado porque antes lo había usado otro, era anaranjado con hebillas que me pinchaban la barriga cuando mi padre me lo puso. Lloré sin parar. Mi padre me levantó y dijo: «Basta ya, hijo. ¿Quieres que todo el mundo se entere de que no sabes nadar?». Y me hizo coger vergüenza. Luego me llevó al agua. Fuimos hasta la parte profunda, donde el agua me cubría la cabeza. Yo me puse a chillar: «No me sueltes, por favor, no me sueltes», y él: «No te voy a soltar». «Volvamos, por favor», lloré yo. Pero él no quería, me llevaba cada vez más lejos. Luego me empezó a meter en el agua. «¡No!», gritaba yo, pero él iba soltándose. Dijo: «¿Por qué te preocupas?, tienes puesto el flotador». Y me soltó. Yo trataba de cogerme de él. «¡Eh, cuidado con las uñas!», dijo él. «¡No, papi!», chillaba yo. «¡No, me voy a ahogar!». Pero él me soltó. Me soltó y entonces dejé de ver, el agua me cubrió la cabeza y empecé a hundirme y se me congelaban las orejas y todo estaba oscuro y no se oía nada. Intenté respirar pero solo entraba agua y empecé a ahogarme. Entonces él me alzó. Yo no paraba de toser. Le pegaba con los puños y gritaba. Gritaba tan fuerte que no oía nada más. «No te pasa nada, hijo», dijo él. «No te pasa nada». Pero sí que me pasaba. Entonces me llevó de vuelta a la orilla, pero yo me dije una cosa. Me dije que nunca volvería a nadar.

El doctor Nevele ha entrado otra vez. Yo me había quitado el cinturón. Lo había hecho solo. Él no se ha dado cuenta.

—¿Sabes, Burt? —ha dicho—. Hay aquí una piscina flamante. Pero si sigues perturbando el clima de semejante modo tendré que suspenderte el derecho de nadar. No se te permitirá ir a la piscina.

Así que he ido hasta el escritorio y he cogido todos los papeles y se los he tirado a la cara y después he corrido a la ventana y la he golpeado con los puños.

—¡Quiero irme a mi casa! ¡Quiero irme a mi casa, quiero irme a mi casa!

El doctor Nevele me ha sujetado.

—Muy bien, muy bien —ha dicho—. Vete a tu maldita Sala de Retiro. Pero nada de piscina. Irá todo el mundo menos tú. Y ahora lárgate.

He estirado la mano bajo el escritorio y he cogido los papeles que se habían caído. Me los he metido rápidamente en el bolsillo y me he marchado a la Sala de Retiro.

Me he sentado en el rincón y con los dientes le he sacado punta al lápiz, cuando hago eso me queda la lengua negra como en *Yo quiero a Lucy* cuando ella se pinta los dientes como si se le hubieran caído.

La puerta se ha abierto. Era Rudyard, me ha visto en el rincón y se ha puesto un dedo sobre la boca lo que significa sshhh. Ha venido y se ha sentado frente a mí en el suelo, de cara a la pared.

—Contraseña —ha dicho en un susurro, y se ha puesto la mano bajo la barbilla agitando los dedos.

Yo lo miraba.

—Contraseña —ha dicho él, y ha vuelto a hacerlo. Luego medio respiraba y ha dicho—: Esta es la Señal Maestra, Burt. —Y ha vuelto a hacerlo—. Era solo para que lo sepas.

Se ha apoyado en la pared y ha cerrado los ojos y ha vuelto a abrirlos. Ha mirado por encima de mí, a la pared.

—Excelente letra —ha dicho—. Y además unas líneas derechísimas.

Yo he dado un salto y he tapado la pared.

—¡No! No debes mirar esto, Rudyard. Es propiedad privada.

—¿Ni siquiera un vistazo?

—¡No!

Se ha vuelto y ha mirado hacia otro lado y ha dicho:

—Vale, Burt. Trato hecho.

—Y tampoco escribas nada —he dicho yo—. El doctor Nevele dice que el único que puede escribir aquí soy yo.

Se ha vuelto hacia mí.

—Escribir ¿qué? ¿Qué quiere decir que no escriba nada?

He señalado el lugar donde la letra no era la mía, donde él había escrito *Quería ver volar el tiempo*.

—Eso no lo he escrito yo —ha dicho él.

Pero estaba mintiendo, porque yo sabía que lo había escrito él. Entonces he visto que tenía algo debajo del cinturón y le he preguntado qué era. Me ha dicho que era una salsa picante que se les pone en la boca a los niños furiosos cuando muerden para enseñarles a no morder. Yo ya lo había visto antes en el Centro de Internamiento Infantil. Es como una esponjilla y hace que a los niños les arda la boca y así no muerdan más. Se ponen a chillar. Pero yo nunca había visto a Rudyard usarla. Le he preguntado por qué no la usaba.

—No me gusta la comida picante —ha dicho.

Luego no ha dicho nada más y yo tampoco. Nos hemos quedado los dos sentados en el suelo. Luego él se ha levantado para irse.

—¿Adónde vas? —le he preguntado.

—A ninguna parte —ha dicho.

Y ha cruzado el pasillo y ha entrado en un cuarto especial que hay para ellos. Es la Sala de Terapia Lúdica, llevan a los niños y los médicos los miran jugar con objetos y escribir cosas. Yo no he estado nunca allí. Me he ido detrás de Rudyard.

Él había dejado la puerta abierta y he entrado. Él se ha sentado en una silla en medio de la sala y alrededor estaba lleno de cosas para jugar, solo que eran bastante raras. Había una gran casa de muñecas con gente de madera dentro, había una mamá y un papá y hasta un perrito. Había una caja con más gente de madera, había un doctor y una enfermera y un policía y un cartero. Rudyard estaba sentado con las manos enlazadas. No abría la boca.

He cogido de la caja el pequeño cartero de madera y me lo he puesto sobre la rodilla y él me ha dicho que muy pronto Jessica me iba a escribir cartas y que no me preocupara, él iba a traérmelas.

—Vale —he dicho—. No estoy preocupado.

—Yo sí —ha dicho Rudyard.

—No te hablaba a ti.

—Mejor —ha dicho él—. Porque yo tampoco te hablaba a ti.

—¿Y a quién le hablabas?

—A mí —ha dicho, y se ha llevado los dedos a los ojos y los ha agitado.

—No hagas eso —he dicho, porque me ponía nervioso, a veces se porta como un tarado y no me gusta. Pero no paraba. Lo hacía cada vez más. He dejado el cartero y me he acercado a él y le he cogido las manos para que dejara de retorcer los dedos—. No hagas eso.

—Ah —ha dicho él—. ¿Me hablabas a mí?

Me he acercado a la casa de muñecas y he cogido a la Mamá. Luego la he dejado y he cogido al niño pequeño. Era yo. Ha ido al lavabo. Tenía pleurodinia, porque no quería ir a la piscina. Entonces Rudyard ha dicho:

—Creo que necesito un favor, Burt.

—¿Qué? —he dicho yo. El niño de madera ha salido del lavabo y ha ido a la sala, pero no podía ver la tele porque no se había bañado antes de ver a Popeye.

—Me estaba preguntando si podrías ayudarme. Es solo esto: que hoy tengo que ir a nadar y me da miedo.

—Eres un mariquita —he dicho.

—Gracias —ha dicho Rudyard—. La verdad es que hay varias cosas que me dan miedo. La muerte y nadar. Por eso estoy aquí. Se supone que en este momento debería estar en la piscina, muriéndome.

—No tienes miedo —he dicho yo. El tío me estaba mintiendo, tú. Es mayor, así que no puede tener miedo. Me estaba mintiendo.

—Sí que tengo.

Le he tirado el niño de madera y he gritado:

—¡No tienes, no tienes! ¡Estás mintiendo, tío! ¡Solo a los mariquitas les da miedo nadar! ¡Solo a los mariquitas!

Pero Rudyard no decía nada. Lo único que ha hecho ha sido levantarse y recoger del suelo el niño de madera y sostenerlo en la mano. Lo sostenía con las dos manos.

Primero vas al vestuario. Las taquillas son más pequeñas que las del cole, pero cuando das un portazo hacen más ruido, en la cabeza suenan como disparos. Todos los niños corren de un lado para otro y se golpean y a mí eso me asusta mucho. Te dan una toalla pero no es suave como las de casa, a mí me raspa. Tienes que desvestirte delante de todo el mundo. Luego te dan un bañador, pero no es tuyo, y te hacen ir a las duchas que es un lugar grande donde hace mucho calor y que está lleno de niños que no conoces y el agua cae tan fuerte que al darte te pica y el lugar huele a gente desnuda.

Luego tienes que cruzar el pasillo para ir a la piscina. En el pasillo hace mucho frío y el suelo está resbaladizo. Yo me he caído. Todos se han reído hasta que ha venido Rudyard y me ha levantado y los ha mirado y han parado de reírse. Y me ha cogido de la mano y hemos ido a la parte de la piscina.

Rudyard me ha puesto una cosa, parece un balón de fútbol cubierto de tela. Primero se ha puesto uno él, pero como no se le abrochaba, ha juntado dos y se los ha puesto. Se veía raro. Si no hubiera tenido tanto miedo me habría reído. Pero antes de ponerme uno a mí ha cogido la hebilla y le ha echado el aliento y la ha frotado con las manos.

—No soporto que estén frías —ha dicho, y me la ha abrochado. Y no estaba fría.

En la piscina había muchos niños más. Saltaban y chapoteaban y chillaban muy fuerte. Rudyard me ha mirado y ha alargado la mano. Me la ha dado y nos hemos metido juntos en la parte baja. El agua estaba muy fría. Yo casi me pongo a gritar, pero Rudyard ha gritado primero. Gritaba: «¡Está muy fría!», y no quería seguir metiéndose. «Rudyard —le he dicho—, los chavales van a pensar que eres un

chiquillo». Y él me ha mirado y ha dicho que le importaba un comino lo que pensarán los demás. Salvo yo. Y yo le he dicho: «Podemos quedarnos donde se toca». Y nos hemos metido.

Estábamos en la parte baja y alrededor estaba lleno de niños chapoteando. Rudyard les ha gritado y han dejado de chapotear. Después se ha quejado de que el agua le daba miedo. Les ha dicho que se fueran a chapotear a otra parte de la piscina, y se han largado. Ni le importaba que pensasen que era un bebé. Y yo me he puesto contento de que los hubiera echado.

—Tú ¿qué opinas? —me ha dicho, y ha señalado más allá—. ¿Probamos?

Yo tenía miedo, pero él también, claro.

—Soy demasiado bajo —le he contestado—. Para mí es demasiado hondo.

—Bueno. Si yo te llevara ya no serías tan bajo, y a mí no me daría miedo porque estaría contigo.

Lo he mirado. Me ha rodeado muy suavemente con los brazos y me ha alzado y me ha apretado muy fuerte.

—Achúchame —ha dicho—, así se me va el miedo.

Y yo lo he achuchado muy fuerte. Hemos empezado a avanzar hacia lo hondo.

Los niños chillaban tanto que no se oía nada. Y de golpe Rudyard también se ha puesto a gritar. Gritaba: «¡Tengo miedo, tengo miedo!». Pero no lo oía nadie más que yo, y entonces he hecho una cosa. Le he dicho: «No tengas miedo, Rudyard, no me alejaré de ti». Y él me ha estrujado un poco. El agua me llegaba a la barriga.

—A veces gritar me ayuda —ha dicho él—. Lo hago cuando tengo miedo. No importa si me oye alguien o no. Simplemente es que gritando tengo menos miedo. —Y me ha estrujado—. Estrújame un poco más fuerte, Burt —ha dicho—. Eso también me ayuda. —Y yo lo he hecho. El agua me llegaba al pecho.

Alguien ha lanzado un balón, le ha dado a Rudyard en la cara. Él se ha enfurecido de verdad y le ha gritado al niño que se lo llevara. El chaval se ha asustado. Yo nunca había visto a Rudyard furioso.

—Es que cuando tengo miedo me pongo furioso —ha dicho—. A todo el mundo le pasa. A veces ni siquiera se dan cuenta. La próxima vez que te pongas furioso, fíjate bien. Es muy posible que sea porque algo te da miedo, ¿sabes? Entonces verás cómo se te pasa el enfado.

Se ha puesto a dar brincos. Se movía botando contra el fondo, arriba y abajo, arriba y abajo y a mí el agua me llegaba cada vez más arriba, solo que todo iba bien porque él me seguía apretando, yo sabía que no me iba a soltar. Y el agua me llegaba a la barbilla.

Entonces Rudyard me ha estrujado todavía más fuerte.

—No aprietes tanto —he dicho yo—. Me estás haciendo daño. —Y ha aflojado un poquito. Pero no dejaba de brincar. El balón de mi espalda estaba en el agua y yo lo notaba, tiraba hacia arriba.

—Vamos un poco más allá —he dicho.

—Mmm. No sé, Burt.

—No pasará nada. Anda, vamos.

Me tenía cogido de las manos y con el otro brazo seguía rodeándome el cuerpo.

—Patalea —ha dicho.

He pataleado. Y he chocado contra él. Luego he parado y he retrocedido, él me tenía cogido del brazo. Luego he vuelto a patalear y he avanzado hacia él. Yo solo. Rudyard se ha echado a reír.

—Estás nadando —ha dicho—. ¿Quieres hacerme quedar como un estúpido?

Pero yo seguía pataleando. Y él me ha dejado ir un poco más lejos, solo me cogía por la muñeca.

—¡Rema con las manos! —ha dicho—. ¡Así, mira! —Y yo lo he hecho y he ido hacia él todavía más rápido.

—¡Empújame otra vez! —he dicho yo, y él ha empujado y entonces yo me he puesto a remar hacia él a toda velocidad.

Entonces ha caído un balón y me ha dado en la cabeza y la cabeza se me ha hundido en el agua y no podía respirar, se ha puesto todo negro. Y luego he intentado respirar y he podido, porque ya estaba fuera del agua, sobre el hombro de Rudyard, y él me sostenía bien alto para que pudiese respirar.

Él estaba enfadado de verdad. Ha insultado al chaval que había tirado el balón. Luego me ha apretado y ha dicho:

—Bueno, salgamos ya.

—No —he dicho yo.

—¿No?

—Es que sé hacerlo, Rudyard. Estaba nadando, tío. Sé nadar, tío.

Y entonces me ha mirado a la cara, yo tenía la cara justo delante de la suya, y él me ha sonreído con toda la cara.

—Es verdad, tío —ha dicho. Y me ha vuelto a dejar en el agua.

Y estaba todo el rato a mi lado tocándome casi con la mano, y no ha dejado que nadie se me acercara ni volviera a asustarme, hasta que hemos llegado al otro lado de la piscina. Me he cogido al borde y he dado la vuelta. Rudyard venía bastante detrás. Me ha hecho la contraseña. Y yo he gritado: «Contraseña», y la he hecho. Porque le había ganado, tú. Estaba nadando solo, tú. Estaba nadando, tú.

Cuando he vuelto de la piscina he encontrado algo en el bolsillo. Eran los papeles que había recogido del suelo en el despacho del doctor Nevele.

17/12

El paciente sigue negándose tanto a comunicarse como a cooperar. No puedo menos que juzgar que la interferencia de Rudyard Walton incide en la falta de progresos en el presente caso. Aunque

esta semana la junta consultiva lo conminó a «atenerse a los deseos del psiquiatra a cargo del paciente, a despecho de la opinión personal», él ha encontrado motivos para ver al paciente incluso con mayor frecuencia que antes.

Hoy he recibido una misiva suya. A fin de que conste en el informe, la adjunto a continuación:

Doctor Nevele:

Le escribo esta nota en una sincera tentativa de abordaje diplomático, lo cual constituye un esfuerzo por completo ajeno a mi habitual modus operandi. (¿Se ha dado usted cuenta?). Pero la situación me preocupa lo bastante para llevar a cabo dicho esfuerzo, entre otros que ya habrá notado.

Debo decirle una cosa: sheriff, se ha equivocado de hombre. Aunque es probable que sea culpable de cierto delito (sigamos empleando este término inconveniente por razones poéticas) relacionado con una niña, Burton Rembrandt no es un delincuente, sin duda. Exijo que se nombre otro jurado. A saber, a mí.

Este niño no presenta para la sociedad una amenaza mayor que Annie la Huerfanita. (Y al menos él tiene los ojos normales). Las psicosis que parece usted proclive a encontrar en su joven psique no son más que señales con indicaciones claras para llegar a un lugar en donde obviamente usted no ha estado nunca: Yolandia.

A Burton lo han traicionado, y está furioso. ¿Usted no lo estaría? Su mente no lo sabe (los árboles por el bosque) pero su tripa lo siente (a veces literalmente), y en parte fue esta traición la que lo condujo al incidente con Jessica Renton, y ahora lo sigue conduciendo a las rabietas y silencios que hacen presa de él en este lugar al cual él lo sabe, no pertenece.

Es un ser humano con ropa de niño. Tiene los órganos y los sentimientos de su especie, pero ninguno de sus derechos. Y no está solo. Este país está

paganao por la idea de que uno no es persona hasta que alcanza la edad de votar y beber. Lo cual es un error.

Con el debido respeto, doctor, usted no capta lo que ocurre, y como no lo capta, no puede solucionarlo. Déjelo irse a su casa. El chico no está loco, ni siquiera es raro. Se ha topado con el enemigo, y el enemigo somos nosotros.

Sinceramente, Rudyard Walton

A despecho del señor Walton (cuyas notables imitaciones de pacientes autistas, utilizadas supuestamente para producir empatía entre enfermo y terapeuta, en realidad son más representaciones de vodevil que sesiones curativas), el terapeuta a cargo se aproximará a la conducta de Burton Rembrandt de modo inflexible, y no permitirá que aquí florezcan las ya aludidas aberraciones. He elevado contra el señor Walton una queja formal que la semana próxima será atendida por la Junta de Directores y que, en caso de hacerse justicia, derivará en su exclusión, de una vez por todas, del equipo del Centro de Internamiento Infantil.

Durante la semana pasada, Burton ha sido destinatario de correspondencia enviada por la niña en cuestión, Jessica Renton. Me he puesto en contacto telefónico con su madre y en breve me encontraré con ella para discutir el asunto. Por teléfono le comuniqué que en mi parecer el niño (Burton) continúa gravemente alterado, y la informé acerca de los inminentes tests neuropatológicos que se le harán a fin de determinar los efectos de cierta medicación en su aberrante conducta sociopática. La correspondencia, no obstante, no se le hará llegar al paciente hasta que no se lo considere lo bastante estable psicológicamente para asimilar esa clase de estímulo. Es mi convicción que de momento no se debe ponerlo al corriente del arribo de dicha correspondencia. Particularmente interesante en la carta de la niña es su referencia a pesadillas basadas en el incidente con Burton. Lo que ella dice sobre la cuestión es demasiado sensible como para exponer al paciente en este momento.

Copié todo esto en la pared. Copiando soy fenomenal, tú. Pero no lo entiendo. Son palabras muy difíciles.

Después del concurso de ortografía empezó a hacer frío. Yo me sorprendí. Siempre me sorprenden las estaciones. Es porque soy pequeño y todo me lleva más tiempo. Me pienso que el verano durará siempre. Pero no dura. (En Ciencias estudiamos las estaciones. La señorita Ackles dijo que el sol cae torcido o algo así, pero como yo no entendí, cuando nos lo puso en el examen de Ciencias respondí mal. Al lado de esa respuesta me salió una X. La X quiere decir que está mal. La C quiere decir que está bien. Para nuestros exámenes la señorita Ackles usa un lápiz de corregir. Como útiles de colegio los lápices de corregir son mis preferidos, aparte de los refuerzos. Tiene una cara azul y la otra roja. Son reversibles, como las cazadoras. Pero sin cremallera).

Pronto el tiempo se volvió helado y cayeron todas las hojas y a mí me tocó rastrillarlas, cosa que francamente detesto. Es como usar una pala pero con espacios en medio. Por suerte para mí tenemos un árbol que todavía es bebé así que no hay muchas hojas. (El viejo hubo que cortarlo. Estaba muerto).

Como una semana después del concurso de ortografía la señorita Iris anunció que en clase de tutoría íbamos a hacer una fiesta de Halloween. Todo el mundo debería ir con disfraz [menos los niños del Hogar, porque son pobres y no pueden pagárselo, aunque Marty Polaski dijo que podían disfrazarse de niños pobres. La señorita Iris se rio. «¿De desarrapados, quieres decir?», preguntó. Pero yo no lo entendí bien. (Creo que es cuando te cortan todo el pelo)].

A la fiesta de Halloween todos tenían que llevar algo de comer. Yo me apunté a galletas. Las hace mi madre. Están para chuparse los dedos.

Yo siempre me pongo disfraces, no solo para Halloween. Como ropa son sumamente maravillosos. Me los hace mi madre. (Salvo el del Capitán Espacial Tom Corbett, que es de una tienda, se lo compraron a Jeffrey hace dos años y luego él me lo dejó a mí porque el año pasado se disfrazó de fruta).

Pero mi mejor traje es el de Superman.

Hace mucho tiempo pedí un traje de Superman pero mi padre dijo que no porque ya tenía demasiados trajes. Luego un día llegó a casa con una caja de los almacenes y dijo que era una sorpresa para su hijo número dos (que soy yo). La abrí y era un traje de Superman, solo que no me gustó porque era suelto y brillante, no como el del verdadero Superman que lleva uno bien ceñido para que se le noten los músculos. (Superman se pone las manos en las caderas y las balas le rebotan). Pero mi padre dijo que tenía que usarlo igual porque para algo lo había comprado así que a mí me dio una rabieta y tiré libros por la escalera y me mandaron a mi cuarto. Más tarde vino mi madre y dijo que les regalaría el traje de Superman a los niños pobres y a mí me haría uno de verdad para Halloween. Y yo dije: «Pues házmelo bien apretado».

Esa misma noche Jeffrey me hizo un regalo, era su pulsera de identificación, porque a él le habían regalado una nueva para su cumpleaños. Es la bomba, chaval.

A la mañana siguiente Shrubs pasó a buscarme para ir al cole, como todas las mañanas. Luego mientras yo tomo el desayuno él se mete en la alacena y roba caramelos del tarro de cristal de mi madre. (Tenemos de muchas clases, hasta hay de una clase que cuando los chupas sueltan un chorrito, yo los llamo granadas de mano).

Mientras íbamos al cole le conté a Shrubs lo del traje de Superman y él dijo: «Chulísimo, tú», y luego le enseñé la pulsera de identificación y de nuevo dijo: «Chulísima, tú». Me contó que iba a hacerse el disfraz de Halloween con cajas de cartón de la tienda de muebles de enfrente de casa. Yo le pregunté y de qué vas a ir. Y él dijo que de caja de cartón.

—No debes comer caramelos antes del cole —le dije. (Estaba comiendo)—. Dice mi madre que te salen lombrices.

—No es verdad —dijo Shrubs—. Toda mi vida he comido caramelos y nunca he tenido. A las lombrices no les gustan los caramelos. Comen tierra.

En el cole todos hablaban de los disfraces de Halloween. Marcie Kane dijo que iba a disfrazarse de Hada del Diente. En mi opinión Marcie Kane parece un diente. Debería ganarse la vida haciendo de caries.

Me pasé todo el recreo dibujando trajes de Superman en mis separadores. Siempre dibujo las cosas que quiero tener. Las dibujo y las dibujo hasta que las consigo. El año pasado dibujé a Bengalí. Es un tigre. Lo vi en la tele. Es como de verdad. Ruge. Lo pedí para Hanukah pero mi padre dijo que era demasiado caro y que a los dos días de tenerlo me cansaría. Yo dije: «Porfa, porfa, porfilis», y él dijo: «Ya veremos». Lo que quiere decir no. Así que me puse a dibujar a Bengalí. Lo dibujé y lo dibujé. Lo dibujé en los periódicos y en los márgenes de mi *Lectura semanal*. Entonces me lo regalaron, la primera noche de Hanukah. Era Bengalí, tú, era chulísimo. Pero llevaba unos cables. Había dos botones, uno para marcha adelante y otro para marcha atrás. Solo que el rugido sonaba como eructos, no era real como en la tele, y en la tele tampoco se veían los cables, y además la cabeza era diferente al resto, era como de plástico y el resto del cuerpo era de piel. Me cansé de él en dos días.

Estuve dibujando trajes de Superman. Solo el traje, no la cabeza. Se veían los músculos fuertes. Lo dibujé en el aula de la señorita Iris donde me siento frente a la ventana y miro afuera y pienso que Tarzán está en el árbol y yo trepo y nos balanceamos y yo suelto el grito y salvo la escuela cuando la rodean negros de color con faldas de césped.

Estaba mirando por la ventana cuando oí chillar a la señorita Iris. Reñía a Pat Foder, que estaba hablando con Francine Renaldo que se sienta detrás de ella. Pat Foder tiene como cinco años más que el resto porque ha repetido ocho veces. Es asquerosa, tiene un pelo que parece una explosión pero lleva vestidos cortos con medias que me hacen sentir una cosa rara en la barriga. Siempre habla con Francine

Renaldo, que solo ha repetido dos veces pero es feísima. Tiene nariz grande y bigote. (Pero una vez fui al despacho de la directora a llevar una nota para la secretaria pelirroja y Francine estaba en el banco de los niños malos y me habló y era simpática).

La señorita Iris dijo mi nombre.

—Burt, recoge por favor todas las cosas y trasládate al segundo asiento de la fila que está junto a la estantería. La señorita Renaldo retrocederá un asiento. Puede que habiendo alguien entre la señorita Foder y la señorita Renaldo no se sientan tan obligadas a conversar y molesten menos a los que intentamos estudiar.

—¿Y quién intenta estudiar? —dijo Marty Polaski, y la señorita Iris le lanzó una mirada asesina.

Me cambié de asiento.

Pat Foder se pone perfume, al sentarme lo olí, y ella se volvió y me miró y guiñó un ojo. Me hizo sentir una cosa rara.

Luego hubo Lectura. Era una historia titulada *El perro rojo*. Como historia es muy interesante. Más o menos trata de un perro rojo.

Francine Renaldo me tocó el hombro.

—Pasa esto, ¿vale? —Era una nota para Pat Foder.

La pasé. Es algo que no se debe hacer pero yo no quería que me riñeran por hablar. Entonces Pat Foder dijo: «Pasa esto para atrás». Pero yo dije que no. Entonces me riñeron por hablar. Luego un rato después me lo hizo pasar, y me llamó «Cielo», y volvió a guiñarme el ojo. Estuve todo el día pasando notas para Pat Foder y Francine Renaldo. Una decía:

Para mí Bill Bastalini es mui mono.

Así que corregí la ortografía con mi lápiz de corregir. Luego Pat Foder me preguntó cómo se escribía una palabra y volvieron a reñirme por hablar. Luego llegó la hora de comer.

Los niños se pusieron en fila para salir. Pat Foder se dio la vuelta y me preguntó si le dejaba ver mi pulsera de identificación. Dije que no.

—Por favor, cielo —dijo ella.

—No —dije yo—. Y para ya de meterme en líos.

—Te la devolveré enseguida.

—No.

Luego empezó a hablar y dijo que no pararía hasta que le dejara ver la pulsera. Le dejé verla. Se la puso en la muñeca.

—¿Por qué pone Jeffrey? —preguntó.

—Devuélvemela.

Luego llamaron a nuestra fila. Ella se levantó y fue hacia la puerta. Traté de quitarle la pulsera pero ella se soltó. En la fila se puso a mostrársela a todo el mundo

y a decir que salíamos, pero que Bill Bastalini no lo sabía y cuando se enterara iba a zurrarme.

Me cabree de verdad y la alcancé y empecé a sacudirle el brazo. Entonces me vio la señorita Iris.

—¿Qué ocurre aquí?

—Nada.

—Me ha dado su pulsera de identificación para que salgamos juntos, señorita Iris —dijo Pat Foder.

—¡Mentira! —grité yo.

—Yo pensé que salías con Jessica Renton —dijo Marty Polaski—. En el zoo te vi besándola.

Y yo le di un puñetazo, y la señorita Iris gritó: «¡Basta ya!», y me dio vergüenza y todos se fueron a comer pero yo tuve que quedarme detrás y la señorita Iris me envió al despacho de la directora.

Tuve que quedarme después de clase en el banco de los niños malos. Shrubs también estaba. Él siempre tiene que quedarse después de clase porque no para de meterse en líos. (Una vez se metió en líos por escribirse su propia nota de ausencia, puso que tenía cáncer de pulmón). Esta vez lo habían reñido por comer caramelos en la clase de la señorita Crowley. Como ella le había dicho que era de mala educación comer cuando uno no tenía suficiente para repartir, Shrubs había abierto el pupitre y había arrojado treinta caramelos al aire gritando «¡Feliz año nuevo!».

—¿Vas a salir para la Noche de los Diablos? —me preguntó.

(La Noche de los Diablos es la víspera de Halloween cuando sales a poner jabón en las ventanas y tocar timbres. Se supone que los niños son como duendes. Los duendes son delincuentes juveniles).

—No lo sé —dije yo.

—Tu madre le ha dado a la mía un libro para que me lo lea. Se llama *Desde la semillita* —dijo Shrubs.

—Va de cómo nacen los niños —dije yo.

Shrubs dijo que eso él ya lo sabía. Dijo:

—Primero tu padre va al centro comercial y compra un globo. Es blanco. Luego lo lleva a casa y lo envuelve en papel metálico y lo guarda en el congelador para más tarde. Luego tu madre se pone pijama y se acuestan los dos. Entonces él le enseña el globo y ella se pone tan contenta que tiene un niño.

Después del cole decidimos rastrillar hojas. Tenemos una empresa, la empresa Shru-Bu, rastrillamos hojas. También hacemos cosas. Hacemos casas, son cajas de cartón con ventanas cortadas, y una vez hasta hicimos una de madera con bolsas de plástico que eran el techo. Cenamos dentro, patatas fritas. También hicimos un periódico, el *Shru-Bu News*. Lo escribí yo mismo con papel carbón. Hice cinco. Los cinco los compró la señorita Moss, vive a dos casas de Shrubs. Luego vino Jeffrey y se nombró jefe y se suponía que yo era el reportero así que me mandó a la calle a

conseguir noticias y yo bajé por Lauder y cogí el News de todos los porches. Eran veinticinco. Mi madre tuvo que devolverlos todos. Se enfadó muchísimo.

Shrubs tiene un buen rastrillo. Es de madera, no como el nuestro que es de metal verde con muelles. Primero pasamos el rastrillo por la casa de Shrubs e hicimos montones en la calle para la fogata, y luego lo pasamos por la mía. Mi madre nos pagó un cuarto de dólar, compramos chocolatinas en la tienda de Nick. (Aunque ya no es la tienda de Nick sino de Steve, que es extranjero. Es malo. La última vez que nos escapamos no nos dejó comer los bocadillos de mantequilla de cacahuete en la tienda).

Después de pasar el rastrillo me fui a casa a cenar. Mi madre dijo no dejes pisadas en la sala. Luego dijo que había rastrillado muy bien y que era un muchachito estupendo, y dijo que por ser bueno papá me sacaría después de la cena y haríamos una fogata para asar malvaviscos.

—¡Oh, no, mamá! —dije yo—. Hoy es la Noche de los Diablos, los duendes tenemos que salir.

—¡Caramba, lo había olvidado! —dijo ella. Pero lo dijo como fingiendo.

Así que después de la cena Shrubs pasó a buscarme y salimos. Estaba oscuro. En la calle estaban encendidas las luces. (Nunca las he visto encenderse; están encendidas y listo).

Tocamos timbres. Corres sin hacer nada de ruido y tocas un timbre y escapas y cuando la persona que vive en esa casa abre la puerta no ve a nadie. Ja, ja.

Toqué uno mientras Shrubs vigilaba. Escapamos corriendo. Luego tocamos uno los dos juntos. Luego le dije a Shrubs que lo hiciera él solo. Dijo que no, pero lo obligué. Lo hizo. Se acercó a la puerta. Tocó el timbre. Pero no salió corriendo. Se quedó allí parado. Le dije que escapara, pero él seguía allí con las manos en los bolsillos, como congelado. Se abrió la puerta y apareció un hombre. Llevaba corbata. Dijo: «Sí, ¿qué ocurre?». Shrubs no decía nada. Se había quedado de piedra. «¿Se te ofrece algo?», dijo el hombre, pero Shrubs no hacía más que mirarlo. El hombre se quedó frente a Shrubs un minuto entero. «¿Quién eres?», dijo el hombre. Shrubs hizo así con los hombros. «¿Eres el chico de los periódicos?». «No lo sé», dijo Shrubs. Luego el hombre se fue para dentro. Cerró la puerta. Shrubs seguía parado allí. Luego el hombre abrió la puerta de nuevo y volvió a mirar a Shrubs. Luego cerró la puerta. Entonces Shrubs se marchó.

Le pregunté por qué no había escapado. Dijo que no lo sabía.

Mamá hizo galletas para la fiesta de Halloween y las puso en una caja de zapatos y la ató con una cuerda y la dejó en la encimera amarilla de la cocina para que yo me las llevara al cole. Aquella noche me fui a dormir y el traje de Superman estaba en la otra cama de mi cuarto. Mi madre había teñido ropa interior larga y el traje tenía una capa y la S y todo. Parecía de verdad de Superman. Casi no pude dormir.

A la mañana siguiente me desperté solo y me lavé y me puse mi traje de Superman. Me paré frente al espejo y puse las manos en las caderas e hice que las balas me rebotaran. Me preparé solo el desayuno, fue pan y zumo de naranja. Cogí la caja de galletas. Salí. No llevaba cazadora porque era como Superman.

Cuando llegué al cole aún no había nadie, así que me quedé fuera esperando que sonara el timbre. Sujetaba las galletas superfuerte para no perderlas. Me quedé esperando. No venía nadie. Esperé y esperé.

Luego la puerta del cole se abrió y salió un hombre. Me miró pero yo me fijé y dentro había niños, así que entré.

Fui al aula de la señorita Iris pero los niños que había eran otros, no los de mi clase. Me miraron. La señorita Iris no estaba. Me quedé al lado del escritorio con el traje de Superman y todos me miraban y se reían.

Entonces entró la señorita Iris.

—Pero, Burt —dijo—, ¿qué haces aquí? La fiesta del Halloween era esta mañana. Tu clase está en la biblioteca.

Fui a la biblioteca y todos me miraban porque llevaba el traje de Superman. Me había olvidado de llevar otra ropa. Cuando volví a casa después del cole mi madre dijo:

—Lo siento, cariño. Esta mañana tenía hora muy temprano en la peluquería. Le escribí una nota a Jeffrey para que te despertara pero me olvidé de dejársela. En la peluquería me di cuenta de que la llevaba en el bolsillo.

Ya hace tres semanas que estoy en el Centro de Internamiento Infantil. Papá y mamá no me han visitado porque todavía no se lo permiten, así es aquí el reglamento. El doctor Nevele dice que no estoy equilibrado. No puedo controlarme. Me cogen rabietas. Él dice que soy un buen muchachito que lamentablemente de vez en cuando hace cosas feas. Como lo que le hice a Jessica.

Aquí estoy solo. No tengo amigos. No conozco a nadie salvo a Rudyard y a la señora Cochrane. Niños no conozco. Antes solo había estado fuera de casa una vez (sin contar cuando me quedaba a dormir en casa de Shrubs). Cuando tenía cinco años fui de colonias.

Se llamaba Campamento Atinaka, para niños pequeños. Estaba lejos de mi casa, fuimos en coche, llegar nos llevó una hora. Todo el viaje mi madre me estuvo hablando de lo bien que iba a pasármelo, igual que «Spin y Marty» en el Club de Mickey Mouse. Ellos llevan sombrero de vaquero y montan a caballo. (Me encantan Spin y Marty, tú, son la bomba, pero a Mickey Mouse lo odio porque habla como una chica).

El campamento duró una semana. Había cabañas. La nuestra era la Cabaña Número Uno. Comíamos en el Albergue Punta de Flecha que era como el comedor del colegio pero sin la fila. Y cada día antes de la comida cantábamos una canción.

*Aquí está la Número Uno
La Cabaña Número Uno
Aquí está la Número Uno
La mejor de este lugar*

Solo que no éramos la mejor. Éramos un asco. Cada mañana había alguien que se hacía pipí en la cama, menos yo. Yo nunca me hice.

La Cabaña Número Uno tenía dos monitoras, la señorita Laurie y la señorita Sherry. Llevaban el pelo muy corto pero eran chicas. Dormían con nosotros en la Cabaña Número Uno y nos veían vestarnos y ponernos el pijama. Yo siempre me vestía bajo las mantas porque tenía vergüenza.

Un día fue el Día de la Fiebre del Oro, era una actividad especial de las colonias. Nos pasamos el día entero haciendo como que buscábamos oro, que eran piedras pintadas de amarillo. Uno de los monitores se disfrazó de Pete el Víbora y andaba por ahí disparando harina con un revólver y si te daba se suponía que estabas muerto. A mí me daba miedo, aunque sabía que no era de verdad. Me asusté. Y aquella noche me desperté en la cama, hacía mucho frío y tenía pipí. Pero me daba miedo salir. Me

daba miedo que fuera estuviese Pete el Víbora y en la Cabaña Número Uno no había lavabo. Tenías que salir y bajar la colina. Así que me aguanté. Me aguanté y me aguanté hasta que no pude más y me lo hice en la cama. Lo cubrí con las sábanas y la manta, pero estaba frío y húmedo y todo se empapó. Tuve que dormir encima. A la mañana siguiente se despertaron todos y el único que se había mojado era yo. La señorita Laurie dijo que la manta se había echado a perder, tuvo que tirarla. Yo quería morirme.

Ahora estoy en el Centro de Internamiento Infantil, y sigo estando solo. No tengo ningún amigo. Ojalá estuviera aquí Shrubs, o hasta Marty Polaski. A veces recibo cartas de mi madre y de mi padre. Y hoy he recibido una de Jeffrey.

Querido Burt:

¡Hola, moco verde! ¿Cómo estás? Yo bien. Mamá me dijo que tenía que escribirte, así que te escribo. (Pero yo no quería). (Era broma, ja, ja).

Ayer en el cole nos hicieron el Test Iowa. Nos lo hicieron en clase de tutoría. Duró todo el día. Seguro que tú todavía no lo has hecho porque eres pequeñajo. Es para determinar la capacidad académica. No hay preguntas y respuestas normales, en cambio tienes que rellenar el cuadrado que está junto a la mejor respuesta con un lápiz blando, y hay letras A, B, C o D. El señor Lloyd nos enseñó a hacer trampa. Has de llenar todos los cuadrados porque después la que corrige es una máquina, pero dijo que igual podían pillarnos. De todos modos yo no tengo que hacer trampa porque soy un alumno inusualmente dotado.

Mamá me ha dicho que no tenía que contarle a nadie en dónde estás. Todo el mundo me lo pregunta. Me dijo que dijera que estás en casa de unos parientes. Bruce Binder dijo que estás en la cárcel. Ahora piensa que tenemos parientes presos.

Y por cierto, ¿dónde estás? El día que mamá y papá se te llevaron, la madre de Jessica Renton llamó más de cien veces, pero yo no sabía qué decirle. Le dije que te habías ido a casa de unos parientes.

Bueno, desde que te fuiste no he entrado ni una vez en tu cuarto, así que no te preocupes. Sophie dice que de todos modos lo dejaste hecho un desastre, pero ayer la vi en el sótano, tenía en la mano la guitarra que usas para imitar a Elvis y estaba llorando.

De vez en cuando mamá me pregunta si tengo idea de por qué le hiciste eso a Jessica Renton. Se pone triste y yo no sé qué decirle.

le recuerdo eso a Jessica Rembrandt. Se pone triste y yo no sé qué decirle. Dice: «Es tu hermano, tú lo conoces». Y yo digo: «Pero fuiste tú quien lo tuvo, no yo». También le recuerdo que cuando éramos pequeños me pegabas todo el día aunque yo era mayor. ¿Por qué lo hacías?

Anoche papá me dio una bofetada por decir que la chuleta de cerdo sabía a vómito. Estaba de mal humor, dijo mamá. Se levantó de la mesa y no volvió hasta después de la cena. ¿Te acuerdas cuando el invierno pasado no quiso comer con nosotros una semana entera y nadie descubrió nunca por qué?

Aunque te odio con toda mi alma me gustaría que te dieras prisa y volvieras a casa, así me ayudarías a sacar la basura, y además porque no tengo con quien bromear los domingos por la mañana antes de que todos se levanten.

Tu hermano,
Sr. Jeffrey Rembrandt

Pero todavía no me han llegado cartas de Jessica. Todos los días le pregunto al doctor Nevele si hay alguna y él no me contesta nada.

Ayer el doctor Nevele me dijo que quería que viese a los otros médicos del Centro de Internamiento Infantil, y que tal vez acercándome a los otros niños podría hacer algunos amigos.

—Aquí tenemos muchas salas especiales —dijo—. Salas para aprender a hablar correctamente, y salas para representar los sentimientos usando juguetes, y salas para cantar y tocar, y hasta para hacer gimnasia o lucha.

Yo le dije que prefería hacer lucha porque podría imitar a Dick el Matón. Es un guarro, tú, pero lleva un corte a cepillo.

Así que fui.

Antes desayunamos. Había huevos pero con trocitos de algo, era como una tortilla. Una asquerosidad. También había zumo de tomate que cuando lo bebo pienso que es sangre. Pero no me cogió una rabieta. Me lo comí todo. Luego fuimos.

Primero tuvimos Música. Se sientan todos en el suelo y cantan: «Yupi ya, ya, yupi, yupi, ya», y te hacen hacer así con las manos y gritar «¡Y otra vez!». Me sentí un idiota.

Luego fuimos a Terapia Lúdica, donde yo ya había estado una vez con Rudyard. Esta vez jugué en la cocinita que tienen. Había neveras de madera y una cocina de mentira. Hice filete Stroganoff. Una vez mi madre lo hizo. Es asqueroso.

Luego fuimos a Terapia Verbal. Es para niños que no saben hablar bien, como Manny, que no sabe decir la L. Pero al fondo del aula de Terapia Verbal había alguien

que se pasaba el rato hablando, y no podían descubrir quién. Era yo. Hablaba usando la ventriloquia que aprendí en un libro de la biblioteca del cole. En ese libro también aprendí a hacer un muñeco con una bolsa de papel. Era chulísimo. Luego me regalaron uno, me lo regalaron para Hanukah. Le puse Buxby, lo que fue una estupidez porque no puedo decir su nombre haciendo ventriloquia. Así que lo maté. Le operé el estómago porque tenía pleurodinia y se le salió todo el relleno y mi madre lo bendijo.

Salimos de Terapia Verbal. Entonces vi a alguien en el pasillo, era el cartero, tenía un bolso y estaba llevando cartas al despacho. Corrí hacia él y le pregunté si no tenía cartas de Jessica para mí. Él no sabía de qué le estaba hablando. Dije: «Jessica Renton, ¡ella prometió que me escribiría!». Pero él solo me miró y dijo: «Mira, chaval, a mí me importa un pimiento quién le escribe a quién, yo hago mi trabajo, así que déjame en paz», y entonces yo perdí el control. Grité: «¡Deme cartas, deme cartas!», y le di una patada en la pierna y empecé a pegarle. Le quité el bolso y lo vacié en el suelo y salté sobre las cartas y empecé a tirarlas para todos lados buscando una de Jessica y luego él trató de pararme y le mordí la mano. Salieron todos del despacho y el doctor Nevele me torció los brazos y me llevó a la Sala de Retiro y yo seguía chillando que me dieran cartas.

Me arrastró hasta la Sala de Retiro y cogió una silla del pasillo y me hizo sentar a la fuerza y se quitó el cinturón y me lo puso bien apretado y lo abrochó. Allí me dejó. Ni siquiera dijo algo.

Me quedé solo. No me quité el cinturón. Sabía que no podía controlarme, que no podía controlar la rabieta. Estuve sentado mucho tiempo. Luego me lo quité y fui andando con mucha compostura hasta el despacho del doctor Nevele.

—Lo siento —dije, y le devolví el cinturón. Él me miró de un modo raro, como si tuviese vergüenza de algo, y cogió el cinturón y dijo está bien. Yo dije—: Solo quería mis cartas, ella prometió que me escribiría. —Cuando dije aquello el doctor Nevele se puso rojo. No sé por qué. Movié la cabeza y nada más.

—Lo siento, Burt —dijo. Estaba como si fuera a echarse a llorar.

Volví a mi pabellón. Me tumbé en la cama. Me quedé allí hasta que afuera oscureció. Miraba el techo, que tiene unos agujeritos, como en el cole. Me perdí la cena. Luego hice una cosa. Me acerqué a la ventana y junté las manos y miré hacia fuera y dije:

*Estrella, brillante estrella,
la más bonita que veo,
por favor haz que se cumpla,
que se cumpla mi deseo.*

Y lo dije para que por favor Jessica me escriba cartas, así sabré si se encuentra bien y

me recuerda.

Luego volví a la cama y me tumbé. Me tapé la cabeza con la almohada. Fuera no había estrellas, estaba nublado. Y en mi pabellón estaba oscuro y yo estaba solo. Oí un trueno, empezó a llover.

Cuando abrí los ojos, a mi lado había alguien sentado fumando un cigarrillo, vi el fuego en la oscuridad. Me asusté.

—¿Quién está ahí? —pregunté.

—Perdona, ¿te he despertado? —Era Rudyard. Sopló humo.

—No —dije.

—¿Dónde están todos?

—En Actividades Especiales —dije—. Hay cine.

—Ah, sí.

Rudyard estaba sentado en la cama de al lado. Los ojos se me acostumbraron a la oscuridad y lo pude ver. Estaba doblado como si lo hubieran herido o algo así.

Lo observé. No decía nada. Se levantó y empezó a caminar por el cuarto. Miraba las cosas a oscuras. Luego se acercó a la ventana y miró afuera, y la luz del aparcamiento le daba por detrás y yo lo veía todo negro. Era una silueta.

—Puedes pedirle un deseo a la estrella que elijas, Rudyard —dije—. Vale pedir cosas.

—No hay estrellas.

Estaba lloviendo.

—Lo sé.

Él se quedó parado, mirando afuera aunque lloviese. Luego empezó a hablar. Hablaba para sí mismo.

—Un día, hace dieciséis años, yo volvía a mi casa desde la tienda de comestibles del callejón que hay detrás. Tenía la costumbre de ir a la tienda solo para mirar un poco. Puede que no llevara más de quince centavos, pero me pasaba el día en las tiendas, intentando decidir qué era lo mejor que podía comprarme por ese dinero. Cuando por fin me decidía y compraba una cosa, la disfrutaba de veras.

»Aquel día noté que en la tienda tenían un expositor nuevo. Era para galletas. Esas que tienen chocolate de un lado y listas de chocolate del otro. Yo en realidad las odiaba, pero eran buenas para remojarlas. Se empapaban bastante sin deshacerse. En el expositor se veía el dibujo de un chaval brincando. Era una silueta de cartón.

»Decidí comprarme una pastilla de jabón porque me duraría más que un dulce. Cuando llegara a casa iba a tallarlo. Pero a medio camino se desató una tormenta, se levantó viento y empezó a llover. Eché a correr pero la lluvia me pilló. Me llevé un buen susto. Me refugié bajo un árbol que había detrás de la tienda, en medio de unos arbustos, a esperar que parara de llover. Entonces noté que alguien había arrojado al callejón uno de los expositores aquellos. El niño de cartón se desprendió. El viento lo arrastró contra los arbustos. Las piernas y los brazos se le agitaban y retorcían como si le hubiera cogido una rabieta.

»Finalmente decidí regresar a casa. Cerré los ojos y eché a correr. En el camino se me cayó el jabón. Pero aún hoy, a veces, cuando voy caminando y miro alrededor, me parece ver niñitos de cartón contra los arbustos, pataleando de rabia. Y esta noche me he acordado.

Volvió a sentarse en la cama de al lado. Yo miraba la punta del cigarrillo. Él no dijo nada durante un rato muy largo. Y al fin habló:

—Burton, me parece que van a echarme. La Junta Directiva me ha pedido que me vaya.

Después del Simulacro de Ataque Aéreo solo faltaba una semana para las vacaciones de Acción de Gracias. Yo no veía la hora de que llegaran. Acción de Gracias me encanta, es una fiesta pero no hay que rezar y comes como loco. Yo como mucho para mi edad. Como sin parar. Como más que cualquiera excepto Shrubs. Mi padre dice: «Burt, hasta los trenes paran alguna vez».

Al día siguiente del Simulacro de Ataque Aéreo, en clase de tutoría hubo elecciones para Jefe de la Fuente y a mí me propuso Bobby Cohén que apenas lo conozco, fue una sorpresa. Agachamos todos la cabeza y levantamos las manos para votar, sin espiar. Yo voté por Ruth Arnold porque votar por uno mismo es egoísta aunque la señorita Iris dice que hay que hacerlo, es una demostración de confianza en ti mismo, pero yo pienso que es de mala educación.

Gané yo. Me eligieron Jefe de la Fuente de mi clase. Cada vez que llegaba la hora de ir al lavabo tenía que ponerme junto a la fuente y mantener la palanca baja y contar hasta treinta y luego darle al niño un golpecito en el hombro que significa se ha acabado el tiempo. (A Shrubs lo dejo beber más, y Marty Polaski dijo que si Jessica estuviera en nuestra clase la dejaría beberse toda el agua y los demás se morirían de sed. Le di un puñetazo).

Finalmente llegaron las vacaciones de Acción de Gracias. Aquel día, al volver del cole, vi a Jessica bajando por Marlowe pero no me dijo nada así que yo tampoco le dije. La miré bajar por Marlowe. Luego de golpe se dio la vuelta y me saludó con la mano. Así que yo le contesté. Nos saludamos uno o a otro. Luego se me acercó. Yo la saludaba y sonreía, la saludaba y sonreía, pero ella estaba saludando a Marcie Kane que estaba parada detrás de mí, no a mí. Sentí vergüenza. Empecé a alejarme. Pero entonces ella dijo:

—No vayas a decir hola, ¿eh, Burt?

Me volví.

—Vale, no lo haré —dije. Y me fui.

Aquella noche hice un muñeco. Lo fabriqué con pedazos de madera que mi padre tenía en el sótano. Los brazos con pedazos pequeños y lo demás con grandes. Los codos eran anillas, se atornillaban, y la cabeza era una de esas bolas que las sacas del árbol de Navidad, me la regaló Shrubs el año pasado. Lo pinté de color de piel con redondeles rojos en las mejillas. El pelo lo hice con paja, y con unos pantaloncitos rojos y una camisa raída le cosí un traje. Los zapatos se los pinté. Me llevó casi toda la noche. Mi padre bajó a ver qué estaba haciendo, pero me dejó quedarme hasta después de la hora de ir a la cama porque al día siguiente no había cole.

Lo llamé Jerry el Muñeco. Cuando estuvo seco lo subí a la cocina. Estaba oscuro, y mis padres se habían acostado. Doblé un trapo de cocina y lo puse sobre la

encimera amarilla para hacerle una cama, y después cogí una esponja y se la coloqué de almohada a Jerry el Muñeco. Luego subí a mi cuarto pero me acordé de una cosa y volví a bajar. Cogí otro trapo y le hice una manta para que no tuviera frío. Luego le di un beso.

—Buenas noches, Jerry el Muñeco —le dije—. Me alegro de haberte hecho.

Pero al día siguiente me desperté supertemprano porque era Día de Acción de Gracias y quería ver el desfile por la tele. Bajé y puse a *Roberts en directo*. (Me gusta verlo, chilla mucho). Llevaba puestas mis pantuflas con caras de perro.

En eso bajó Jeffrey. Le pregunté si quería jugar a los Tres Chiflados. Con Shrubs jugamos a menudo. Él es Curly. Yo soy Moe. Yo lo zurro. Curly es mi favorito, es calvo. Hace así con los dedos, yo lo sé hacer. A veces no está y entonces tienen a Shemp. Shemp se parece a Moe solo que es más feo. A veces yo soy él. Pero nadie es Larry. Nunca hay nadie que quiera ser Larry.

Jeffrey no quería jugar. Luego vino el desfile por la tele. Era emocionante. Había carrozas. La que más me gustó fue Bullwinkle. Es un alce. Sale en los dibujos animados. Yo le dije: «¡Hola, Bullwinkle!». Y él me saludó con la mano.

Luego se levantaron mamá y papá, iban en bata, tomamos el desayuno y hasta llegamos a comer una parte en la sala para poder ver el desfile. Había tortitas y Café de los Pequeños, que es café mayormente con leche y azúcar para los niños. (Yo le di algunas tortitas a Jerry el Muñeco pero no tenía hambre). Luego mamá empezó a preparar la cena de Acción de Gracias.

El Día de Acción de Gracias vienen visitas, son tíos y tías y primos del lado de mi madre. También mi padre tiene un lado, solo que no los vemos por Acción de Gracias. Los vemos para Pascua. Vamos a casa de la Bobe. Es mi abuela. Se llama Bobe. Es viejísima y habla en judío, que yo no entiendo, pero a veces habla en inglés aunque tampoco la entiendo. En mi opinión deberían ponerle subtítulos. A mí me llama Baby Cocker porque una vez fui a visitarla disfrazado de Davy Crockett. Del lado de mi padre no tengo Zeide^[6]. Falleció, nunca lo he visto salvo en fotos. De lado de mi madre tengo un abuelo. Se llama Abue. De lado de mi madre hay Abue y del de mi padre Zeide, solo que Abue no está muerto. Y tampoco tengo Bobe del lado de mi madre, está muerta. Ella también se llamaba Abue. Todo esto confunde mucho. Creo que el Abue debería casarse con la Bobe. Podrían ir a un restaurante y conversar en judío.

Para Acción de Gracias mi madre hizo pavo. También había un relleno que yo le ayudé a preparar, tuve que romper tostadas. También hizo boniatos al caramelo, que son boniatos solo que como los caramelos y llevan encima una guinda que a mí no me gusta, así que se las doy a Jeffrey que se las da a *Cleo* nuestra perra y ella se las come y vomita. Así celebramos el Día de Acción de Gracias.

Después del desayuno mi padre dijo:

—¿Qué os parecería, caballeros, ir a ver a Santa Claus?

—No, gracias —dije yo.

—¿Por qué? —dijo mi padre.

—Porque somos judíos. No es correcto.

—Anda, Burt, vístete y no te preocupes por eso —respondió él.

Pero yo no quería, fruncí el ceño. Así que mi padre se me acercó y dijo:

—Burt, Santa Claus es para todo el mundo. Para todas las religiones. Ahora date prisa o llegaremos tarde.

—¿Entonces es judío? —dije yo.

—Sí —dijo mi padre—. Sí, es judío. Y ahora vamos.

Así que fuimos. Santa Claus estaba en el Ford Rotunda, es un edificio que es redondo. Está muy lejos. Dentro hay coches. Le pregunté a mi padre cómo había hecho Santa Claus para llegar tan rápido si yo lo había visto por la tele en el desfile de la ciudad, y él me dijo que había ido en helicóptero.

En el Ford Rotunda estaba el Bosque Mágico de Santa Claus. Tenía luces y árboles con colores, lo atraviesas y hay elfos y estatuas que se mueven como elfos de verdad. También hay una parte con renos, los puedes acariciar. No les pude ver lo que tienen para volar, creo que lo llevan dentro. A uno le di un cacahuete. Se lo comió. Era marrón.

Luego fuimos a ver a Santa Claus. Estaba al final. Había una cola larga, daba vueltas y vueltas, a Santa Claus ni siquiera lo veías. Esperamos cantidad. Luego llegamos. Jeffrey fue primero. Se sentó sobre Santa Claus y dijo:

—Quiero que me compres un Thunderbird para armar, lo tienen en Maxwell's, ¿vale?

—Jo, jo —dijo Santa Claus.

(En mi opinión Santa Claus es de mentira porque se ríe todo el tiempo y francamente no sé qué le parece tan gracioso).

Luego Jeffrey dijo:

—También quiero una camisa de vaquero y pantalones y botas con espuelas de verdad.

—Jo, jo —dijo Santa Claus.

Luego Jeffrey se bajó. Yo empecé a alejarme pero papá me agarró de la mano y empezó a tirar.

—No, tengo que hacer una cosa —dije yo. Pero él dijo ven para aquí. Así que me senté en las rodillas de Santa Claus. Estaba caliente.

»¿Dónde está Blitzen? —dije.

—¿Qué Blitzen?

—Ya sabes.

—Jo, jo —dijo él.

—¿Tú eres judío? —dije yo. Santa no contestó—. ¿Eres o no?

Y entonces él dijo:

—Pues no lo sé. O sí. Supongo que Santa Claus es de todas las religiones. Así que debo de serlo.

Todos los padres empezaron a llevarse a los niños de la fila. Santa dijo: «No lo he dicho en serio», pero al poco rato no quedó nadie. Mi padre me agarró del brazo y nos fuimos.

Para ser Acción de Gracias hacía calor, ni siquiera nevaba, y cuando llegamos a casa estaba lloviendo. Mi madre seguía preparando la cena, olía a un aroma y papá se puso a leer el periódico y Jeffrey a mirar una revista.

—Mamá —dije yo—, ¿por qué en el listín no sale Jessica?

—¿Quién, mi vida?

—Jessica, una niña.

—En el listín solo salen los nombres de los papás, cariño. Apellidos —dijo ella.

Volví las páginas y busqué Renton, era como un diccionario, yo sabía cómo usarlo, y solo había un Renton en la calle Marlowe.

Los teléfonos me dan miedo porque una vez salió la operadora y me chilló por marcar demasiado lento, pero esa vez sí que me atreví a marcar. Quería decirle a Jessica que Santa Claus era judío.

Llamaba. Luego paró. Luego volvió a llamar, luego paró de nuevo. Respondió una niña. Dijo:

—¿Sí?

—¿Eres Jessica? —dije yo. Estaba nervioso, tú—. Soy Burt, del colegio.

Pero la voz de ella sonaba rara, no parecía la de Jessica, y deduje que estaba llorando.

—Ay, Burt —dijo—. Se ha muerto mi padre.

La lluvia hace un ruido: Sshhh. Se oye cuando cae. Es Dios que dice que nos callemos.

La tarde del Día de Acción de Gracias me arrodillé en el sofá de la sala de casa a mirar cómo los Goldberg que viven enfrente salían con periódicos sobre la cabeza y se metían en su coche. Estaban muy bien vestidos. Se reían. Pero el motor del coche gemía y soltaba humo y yo pensé: «Tal vez vayan a un funeral, que es como una fiesta pero sin regalos».

Desde la sala se olía la comida que mi madre estaba preparando en la cocina. En la mesa del comedor estaban puestos el mantel bueno y los platos buenos de la vitrina de la porcelana que a mí no me dejan tocar. Estaban las copas buenas y las fuentes de plata con flores en los bordes y servilletas de tela, no de papel, como manteles en miniatura.

Miré la calle por la ventana. La lluvia caía sobre los coches como pequeños torpedos y salpicaba formando una especie de niebla. En los cristales dejaba rayas como cuando pintas con los dedos. Les eché una carrera a dos gotas. Apoyé la nariz en el cristal e hice dos rosquillas de niebla con el aliento y dejé huellas de marciano, que se hacen con la mano, parece como si un marciano hubiese caminado por la ventana intentando escapar.

Fui hasta el guardarropa del vestíbulo. Cogí las botas y el chubasquero y me los puse.

Mi chubasquero es amarillo, es como una cáscara de plátano por fuera. Dentro es de tela con veleros dibujados. También tiene capucha, lleva un agujero para la cara. Las mangas de mi chubasquero son demasiado largas, pero mi madre dice que ya creceré. Me tapan las manos.

Mis botas son de goma como con neumáticos debajo para no caerme. Tienen unos broches que tintinean y yo no sé ajustarlos bien porque soy pequeño.

Dentro del chubasquero yo llevaba a alguien, alguien con pantaloncillos rojos y pelo de paja. Jerry el Muñeco, lo llevaba conmigo.

En el guardarropa también estaba el chubasquero de mi padre. Yo me lo había puesto para ir a ver a Santa Claus y también en su bolsillo había alguien. Era el Mono Mimoso, lo había llevado a ver a Santa. Me dijo que Jessica estaba muy triste pero que él no podía ir porque estaba en el bolsillo de mi padre, preparando la cena.

Abrí la puerta de la calle. Salí.

La lluvia me daba golpes en la capucha que sonaban como un tambor, pero mi madre dice que la lluvia son hadas bailando en el tejado, y a veces cuando nadie mira yo hago una cosa, abro la ventana y pongo una toalla en el alféizar y digo: «Podéis venir, hadas, apagaré la luz para no veros».

La acera de Lauder está hecha de cuadrados de cemento con una especie de relleno en medio. Baja por Lauder y tuerce en la esquina. Yo iba a un lugar, doblé por Clarita y miré las casas. Dentro se veía gente viendo la tele y algunos tenían adornos con hilos dorados alrededor y en una casa había en la ventana una escena como las que a veces yo hago en el cole. Esta tenía camellos y ovejas y un bebé con una cosa dorada alrededor de la cabeza. (Una vez hice una escena en una caja de zapatos para que me subieran la nota en Sociales. Quería sacar un notable para que mi madre no se decepcionara. Era Benjamin Franklin. Lo recorté de la *Golden Book Encyclopedia* y le doblé los pies para que se mantuviera en pie. Le puse por título «Benjamin Franklin se levanta». De todos modos me pusieron un aprobado).

Doblé por Marlowe. Generalmente los árboles forman como un túnel, casi se tocan, pero ahora estaban calvos. Parecía como si se estuvieran dando la mano por encima de la calle, pero no alcanzaban a tocarse porque el padre de Jessica se había muerto.

Y luego llegué a la casa de Jessica, con postigos azules. Me paré frente a la puerta. Me paré a mirar. La puerta estaba abierta. Había un paseo que llevaba hasta la puerta, como en casa, y una R en la contrapuerta como en casa. Igualito. Me quedé en la acera, con mi chubasquero, mirando.

El caminito de entrada estaba repleto de coches, tenían matrículas que decían: «Michigan, el Paraíso del Agua».

La casa de Jessica tenía una farola en el jardín delantero, se parecía a las de la calle. Nunca se ve cuándo las farolas se encienden. Siempre están encendidas, nada más. La farola del jardín delantero de Jessica estaba encendida. Me quedé mirándola.

Se me acercó un perro. Estaba mojado. Era beis. Había salido de entre los arbustos de la casa de al lado y había ido a oler los arbustos de la casa de Jessica y luego había meado. Se me acercó. Se sentó a mi lado a mirar la casa de Jessica. La miramos juntos. Luego él se marchó.

La casa de Jessica tiene toldos, parecen párpados, y desde los toldos caía la lluvia y yo pensé: «Su casa también está llorando». Pero me quedé donde estaba por si ella me necesitaba para algo.

Se abrió la puerta. Salieron un señor y una señora. Llevaban un paraguas grande. Llevaban sombreros. Llevaban ropa negra, porque era un funeral. Jeffrey me dijo que te vistes de negro para que esté todo oscuro y la persona muerta no se despierte. El señor y la señora bajaron por el caminito de entrada. Casi me llevan por delante. Se subieron al último coche y encendieron el motor. Luego bajaron la ventanilla y me preguntaron:

—¿Te ocurre algo, hijo?

—No, solo estoy mirando —dije yo.

Los miré irse hacia Seven Mile Road donde había cantidad de tráfico, se veía el rocío de los coches en la lluvia y se oía el ruido. A mí no me dejan cruzar Seven Mile. Hay demasiados coches. En el suelo tiene líneas pintadas y no hay casas sino tiendas.

Esperé frente a la casa de Jessica. Miraba por el agujero de mi capucha. La puerta de la casa de al lado se abrió y salieron dos niños. Eran Roger y Joey Lester. Yo los conocía del cole, son gemelos pero no se parecen. Me vieron pero no sabían que era yo por la capucha del chubasquero. Yo no dije nada. Se fueron por Marlowe. Yo no tenía idea de que vivían allí, aunque Shrubbs juega con ellos a veces. Dice que son pobres. Como no tienen juguetes, juegan con los calcetines.

Delante de la casa de Jessica hay un árbol. De una rama saltó un mono y me aterrizó en el hombro y en el idioma de los monos me dijo que en Seven Mile Road había nativos que irían a matar a Jessica, así que me llevé la mano a la boca y solté mi grito y vinieron todos los elefantes y los ahuyentaron. El mono dijo gracias. Luego se largó.

Mamá dice que cuando llueve es que Dios está reparando sus grifos. Dice que Dios lo ve todo así que más me vale portarme bien. Yo le pregunté si Dios sabía cómo Caradeleche el Payaso hace sus trucos de magia en *La hora de Caradeleche* en la tele. (A veces yo saludo a Dios con la mano. Él me ve. Es amigo mío porque una vez yo recé para que los Tigres ganaran y ganaron).

Seguí parado frente a la casa de Jessica. Me olí el chubasquero, huele como una tienda de campaña cuando se monja. (Una vez estuve en una tienda de campaña, en Deportes Bill del centro comercial de Northland había varias y yo entré en una. Era como acampar al aire libre. Olía).

Luego frente a la casa paró un camión. Era azul. De un lado llevaba escrito «La Excelente Comida de Paul», alguien lo había pintado. Se bajó un hombre y dio la vuelta y abrió la puerta de atrás y sacó una bandeja grandísima con comida. Subió por el caminito de entrada hasta la puerta de la casa. Yo miraba el camión. Pensé: «Podría robar el camión y rescatar a Jessica y llevarla a Florida», pero entonces volvió el hombre. Me miró.

—¿Qué, chaval, te has perdido?

No contesté nada.

—No te quedes tanto bajo la lluvia. Te se estropeará la salud, chaval —dijo él.

—No se dice te se estropeará —le dije, pero no me oyó porque ya se había marchado.

Miré todas las ventanas de la casa de Jessica. Pensé que a lo mejor me vería, que me estaba viendo, pero yo no la veía a ella, pero a lo mejor ella sí, estaban muy empañadas. De todos modos me quedé.

Roger y Joey Lester volvieron, traían una bolsa, deduje que eran compras. Volvieron a mirarme y yo les hice así con la mano, solo que ellos no me contestaron. Entraron en su casa y cerraron la puerta.

El viento hacía que la lluvia se torciese en la calle y me entraba en la capucha, yo miraba por el agujero. Detrás de mí cayó una rama de un árbol. Una ardilla se metió en un tronco. Pasó un coche. Más abajo se oyó un portazo. Un periódico pasó volando a mi lado. Alguien gritó: «Contribuciones para el News». Un avión cruzó el

cielo. En Seven Mile Road por poco no hubo un accidente. Empezó a oscurecer. Ya era casi de noche. Yo estaba parado frente a la casa de Jessica. Estaba parado y miraba.

Un hombre entró a la casa con flores. Una mujer vieja salió con un plástico sobre la cabeza para que no se le mojara. Otra señora abrió la puerta y me miró pero no hizo más que sacudir la cabeza y luego volvió a entrar.

Entonces se hizo de noche. Vi que las farolas estaban encendidas pero tampoco esa vez las había visto encenderse. Cogí a Jerry el Muñeco y caminé hasta la farola del césped de Jessica. Lo apoyé contra el poste, y luego me quité la capucha y la coloqué encima como una tienda para Jerry el Muñeco.

Miré la casa otra vez, y luego empecé a volver a la mía, seguía lloviendo y ya no tenía mi capucha pero no me importaba. A lo mejor iba pensando en otra cosa. Llevaba mi chubasquero. Las mangas me tapaban las manos.

Cuando llegué a casa mi madre estaba muy enfadada.

—Cómo te atreves a salir sin avisar a nadie. Nos has dado un susto espantoso —dijo—. Has conseguido que se enfriara la cena, todo el mundo esperándote, mira la hora que es. ¿Dónde has estado?

Me quité el chubasquero y lo colgué con mucho cuidado en el guardarropa. Me quité las botas (como siempre los zapatos se habían pegado por dentro, tuve que tirar bastante). Las guardé.

En mi casa había mucha gente. Había ruido y humo de los cigarros de mis tíos.

Subí a mi cuarto. Cerré la puerta. Me tumbé en la cama. Miré por la ventana.

Me levanté. Me senté en la otra cama. Volví a levantarme. Me senté frente al escritorio. Volví a levantarme. Fui al armario. Abrí la puerta. Entré y cerré la puerta.

El lunes por la mañana después de las vacaciones de Acción de Gracias me desperté y todo había cambiado. Fuera estaba lloviznando y yo miré la llovizna y pensé: «Ahora nada es lo mismo». Miré mi lámpara vaquera. Uno de los vaqueros tocaba la armónica, yo sabía que era música para zapatear.

Mientras me estaba poniendo los pantalones entró mi madre y me vio el pito y yo le grité. Ella dijo: «Por Dios, Burt, soy tu madre, ¿no?». Y yo le dije que no (porque creo que me adoptaron).

Pero ella hizo el desayuno como siempre y tragó haciendo ruido como siempre y luego pasó a buscarme Shrubs y mientras yo iba a coger la cazadora se metió en la alacena y robó caramelos del tarro de vidrio.

Me parecía como si hiciese mucho tiempo que no iba a la escuela. En el camino pensé que Jessica no iría pero que yo estaría en su aula porque ella tenía a la señorita Iris en la hora de recreo y yo iba a hacer un nuevo mural para la señorita Iris. Pero Jessica faltaría porque cuando muere alguien está permitido. (Una vez yo falté. Murió la hermana de Sophie y yo fui al funeral, era una iglesita en la ciudad y todos eran negros de color menos nosotros. Mamá tuvo que correr adelante y abrazar a Sophie que lloraba muchísimo).

—¿Quieres los de naranja o los de uva? —dijo Shrubs.

Había sacado varios caramelos pero no podía quitarles el celofán porque llevaba guantes de *hockey*. Siempre se los pone, son gigantescos. Tienen almohadillas y los dedos son enormes, se puede poner dos en uno y hacer como si uno de los dedos colgara. Cogí uno de uva, era una granada de mano.

(Mis guantes yo los perdí. Me pasa siempre. No sé adónde van a parar. Mi madre dice: «Pues no pensarás que han escapado solos», y yo digo: «Pues los míos sí, se han ido en coche a Florida, a pasar el invierno como tía Fran y tío Les». Ella dice: «Cierra el pico». Hasta me compró unas cosas que te las cuelgas de la cazadora para no perder los guantes. Pero yo perdí la cazadora. Mi madre dijo que yo perdería la cabeza si no la llevara pegada pero yo le dije que la encontraría enseguida porque sé cómo es, solo que en los espejos te muestran al revés).

Fui directo al aula de la señorita Iris a hacer el mural. Me senté al fondo, no hacía falta que escuchara. Me busqué uno de los pupitres nuevos, tienen encima una cosa dura como los muebles de cocina. Me gustan los pupitres nuevos, son lisos y no tienes que poner papel debajo de tu papel por culpa de las marcas.

Para el mural tuve que usar cola de verdad, no pegamento, y tijeras puntiagudas de las que te pueden quitar un ojo. Era un mural de Navidad. Empecé por la barba. La hice con algodón que había sacado del botiquín del despacho. Pero la cola se derramó

y cayó encima de mí y del pupitre y el algodón se pegó por todas partes. Empecé a estornudar y todos me miraron.

Sonó el timbre. Entonces ocurrió una cosa. Entró Jessica.

Estaba muy bien vestida, con calcetines largos y un vestido y zapatos brillantes con ventanas en la parte de arriba. Había llegado tarde pero la señorita Iris solo hizo así con la cabeza lo que quiere decir siéntate. Camino a su pupitre Jessica me miró. Yo tenía algodón pegado por todas partes.

—Alumnos, hoy haremos una sesión especial de exposición animada —dijo la señorita Iris—. Contaremos por turno lo que hicimos durante las vacaciones de Acción de Gracias. Será fabuloso.

(Yo me sentía muy extraño porque estaba en una clase distinta y porque estaba Jessica y porque estaba cubierto de algodón y porque la señorita Iris había dicho fabuloso y yo nunca se lo había oído decir).

—¿Quieres comenzar tú, Andy Debbs?

(Yo empecé con la nariz. Iba a ser redonda como un tazón lleno de jalea. Hice un círculo, pero no era redondo, así que lo recorté pero tampoco quedó redondo, así que volví a recortarlo y se rompió. Dibujé otro en cartulina pero no conseguía que fuese redondo. Volví a intentarlo, luego lo hice una bola. Partí mi lápiz con un golpe de karate. Andy Debbs se puso a contar sus vacaciones).

—Primero de todo, fuimos a la capilla a rezar nuestras oraciones con las hermanas para darle las gracias a Dios por haber llegado sanos a un nuevo Día de Acción de Gracias, pero Petey Woods no fue porque hace dos semanas se rompió una pierna en el columpio y no estaba agradecido.

»Como fuera estaba lloviendo, después de la capilla fuimos a la Sala Común, donde habían preparado unos árboles de Navidad para que los decoráramos. Como los niños mayores tenían que vigilar a los más pequeños, no fue muy divertido porque se metían con nosotros. Este año había dos árboles, uno de los almacenes Brickman's y otro de Torch Drive. Usamos los mismos adornos que el año pasado pero algunos estaban rotos. Las hermanas también ayudaron. También vino el padre Birney, fue un honor.

»Luego tuvimos la cena de Acción de Gracias. Era especial porque pusieron manteles en las mesas del comedor. Hubo pavo con guarnición y postre. Además se podía repetir.

»Luego volvimos a la Sala Común y jugamos. Luego rezamos unas oraciones y el padre Birney nos dijo qué agraciados por la gracia de Dios somos de tener unas hermanas tan maravillosas que nos cuidan y que una vez él lloró porque no tenía zapatos hasta que conoció un niño que no tenía pies, y luego nos fuimos a la cama pero yo me libré de cepillarme los dientes porque me encargué de guardar el parchís.

(Al fin lo conseguí, cogí tres círculos pequeños hechos con monedas y los junté para que parecieran casi una nariz y la pegué y se derramó un poco de cola pero la dejé así).

La señorita Iris llamó a Ruth Arnold. Salió toda sonriente, como una idiota. Empezó a hablar pero nadie la oía. Es la persona más fea de América, de verdad. Cuando nació los padres dijeron qué tesoro, y entonces la enterraron. Tiene que llevar un vaso pegado a la cara para que no se le escape la nariz. (Son chistes). Eugene Larson gritó «¡Sube el volumen!», y la señorita Iris le dijo a Ruth Arnold que no siguiera hasta que nos calináramos.

—Para las vacaciones de Acción de Gracias —dijo Ruth Arnold— nosotros fuimos a Filadelfia, Pensilvania, a visitar a mi tía Greta. Filadelfia es la cuna de numerosos sitios históricos. —Metió la mano en el bolsillo y sacó un papel. Empezó a leer—: Está el majestuoso Salón de la Independencia, donde nuestros ancestros firmaron la Declaración de Independencia en 1776.

Eugene Larson se puso a toser. Se cayó del asiento y empezó a rodar por el suelo como si estuviese a punto de morir, y todo el mundo se reía y la señorita Iris fue y lo agarró del cuello y lo arrastró fuera del aula. Ruth Arnold no había parado de hablar. De todos modos no se le oía nada.

Jessica se volvió para mirarme. Yo la vi. Bajé los ojos y fingí que hacía de nuevo la nariz.

La señorita Iris volvió y cerró de un portazo y nos dijo que agacháramos todos la cabeza hasta que pudiésemos controlarnos. Ruth Arnold seguía leyendo su papel.

—Suficiente, Ruth, puedes sentarte —dijo la señorita Iris—. ¡Agachad todos la cabeza, y ahora va en serio!

Yo no sabía qué hacer, no sabía si también iba por mí. Levanté la mano para preguntar pero la señorita Iris no me vio, así que fui hacia el escritorio pero a mitad de camino me paré y me volví y Jessica me estaba mirando fijo y allí que quedé.

—¿Qué haces, Burt? ¿Se puede saber qué haces? —dijo la señorita Iris.

Fui hasta el escritorio.

—Señorita Iris, ¿yo también he de agachar la cabeza?

—No.

Volví a mi pupitre y empecé con la boca.

—Muy bien, gente —dijo la señorita Iris—. Si os parece que ya sois capaces de controlar la boca, levantad la cabeza en silencio y continuaremos. Siéntate, Ruth, ya has tenido tu oportunidad.

Entonces Jessica levantó la mano. La señorita Iris la vio pero no dijo nada. De todos modos Jessica se levantó y fue al frente de la clase.

Sonreía. Yo pensé que iba a cantar. Se alisó el vestido y se echó el pelo hacia atrás y se puso muy derecha. Luego empezó a hablar, ni demasiado alto ni demasiado bajo. Como se debe.

—La mañana del Día de Acción de Gracias me levanté muy temprano para encontrarme con una sorpresa al asomarme a la ventana. Descubrí que veía hasta Montana. Y vi a mi caballo *Blacky*, galopaba con la crin al viento y alrededor de sus cascos había polvo. Galopaba hacia mí.

»Me puse la ropa y salí. Todavía no se había levantado nadie, y el sol brillaba como si fuese verano. No necesité abrigarme. Fui al porche delantero donde tenemos flores hasta en invierno y en la acera había un niño con un chubasquero. Le dije: “¿Por qué llevas chubasquero, niño? No está lloviendo”. Y él me regaló un muñeco. Luego nos fuimos a pasear.

»Fuimos por una acera muy larga y bajamos por un tobogán a un lugar donde había montones de juguetes. Había muñecas y coches para armar y casitas. Luego fuimos a un sitio donde había tiovivos y nos subimos, éramos los únicos. Luego fuimos en una barca.

»Encontramos un coche, tenía la llave puesta y en tres horas fuimos a Florida. Al regresar hicimos una obra de teatro sobre policías. Luego nos cansamos, así que fuimos a mi casa e hicimos trucos de magia hasta que nos quedamos dormidos y cuando nos despertamos ya éramos mayores.

Nadie dijo nada.

Yo la miré con los ojos. No podía no mirarla. Ella miraba el fondo de la clase donde había un mural con pavos que había hecho yo. Y debajo del estómago yo sentí que me retorcían como un avión con elásticos, más y más tirantes.

Nadie se movía. Ni siquiera la señorita Iris se movía. Pero yo me levanté solo y fui hasta el frente de la clase. Miraba a Jessica. Ella me miró a mí y giró hacia la puerta. La abrió. Salió por la puerta y yo la seguí.

Jessica pasó por delante de los monitores que vigilan el pasillo y salió por la puerta de Marlowe. Yo apenas podía seguirla, y ella cruzó Curtis corriendo y empezó a bajar por Marlowe a toda marcha hacia su casa. Hacía mucho frío, pero pasó toda una calle hasta que me di cuenta de que no llevaba abrigo. Todavía caía una llovizna. Adelante yo la veía el pelo de Jessica, se le pegaba y le hacía como diamantes.

La calle estaba vacía. Ni siquiera había guardias de seguridad porque todavía estaban todos en clase. (Cuando los guardias se quitan los cinturones vuelven a ser niños de verdad. Una vez en Northland vi al guardia guarro de Lauder con su madre y ella le gritó por haberse metido el dedo en la nariz. Era como si no fuese él).

Jessica dobló por la esquina de Margarita. Deduje que entonces no iba a su casa.

—Será mejor que volvamos —le grité—. No llevamos abrigos, y estamos en temporada de gripe.

Pero ella siguió andando cada vez más rápido como si tuviese prisa por llegar a algún sitio. Yo no sabía adónde.

Luego se me ocurrió una cosa. Que intentaba escapar de mí, porque no me había pedido que la acompañara. Así que me paré en la acera, y me abracé con mis propios brazos porque hacía tanto frío, y la miré volverse pequeña calle abajo.

Pero ella se paró. Se dio la vuelta y gritó:

—¡Ven, que nos helaremos!

Corrí. Pero tropecé y me lastimé la barbilla y fue una vergüenza porque ella me vio.

—Hemos de conseguir un impermeable —dijo.

—Más nos vale —dije yo.

Entonces lo vi. El inspector de asistencia. Estaba apoyado en un coche a una manzana de mi casa, llevaba un sombrero calado hasta los ojos y escribía en un bloc, escribía los nombres de los niños que hacen novillos y nuestros nombres estarían en la lista. Estaba esperando cerca de mi casa para pillarnos. Cogí a Jessica del brazo.

—Es el inspector de asistencia, Jessica —dije—. Nos cogerá y nos enviará al reformatorio. ¿Qué hacemos?

Jessica lo miró.

—Burt, está leyendo el pluviómetro.

—Ah.

Fuimos hacia mi casa.

El Comandante vino al colegio y ató a la señorita Messengeller en el despacho hasta que le dijo dónde guardaban el dinero del comedor. Luego yo entré en el despacho porque me había cogido una rabieta en clase de Sociales y lo vi y zurré al Comandante pero los demás soldados me capturaron pero yo me escapé usando

ventriloquia y maté al Comandante con mi espada así que me expulsaron por mala conducta. Jessica me ayudó.

Eso le diría a mi madre cuando me preguntara qué hacía en casa a esas horas.

—No le digas nada a mi madre —le dije a Jessica—. Es sorda y no te oirá. Hay que hablarle con señas.

Pero en casa no había nadie. Tuve que meterme por la puertecilla de la leche, cosa que hago a menudo. Había leche. Chokolatada no. Me metí apretujado. Soy muy bueno apretujándome. Una vez mi padre dijo que por qué no me metía en un sobre y me enviaba a Alaska pero yo le contesté que no tenía bastantes sellos. (Y no tenía).

Por la cocina pasé al vestíbulo trasero y le abrí la puerta a Jessica. Estaba temblando. Se quedó parada en el vestíbulo agitándose toda y de golpe pensé que iba a morir, así que corrí a mi cuarto y bajé mi mantita. Se la puse a Jessica. La mantita se alegró mucho.

Luego fui al guardarropa. La casa estaba tranquila, se oía el tictac del reloj de la sala, y me dio un poco de miedo porque supuestamente yo no debía estar allí a esa hora. Abrí el guardarropa y cogí el chubasquero de mi padre, el que había usado para ir al Ford Rotunda a ver a Santa Claus. En el bolsillo había un bulto, era el Mono Mimoso, estaba almorzando en el bolsillo. También cogí el abrigo de mi madre, el que usa para ir de compras. Los llevé los dos al vestíbulo trasero y le puse el abrigo de mi madre a Jessica sobre la mantita y yo me puse el chubasquero de mi padre. Las mangas me tapaban las manos. El Mono Mimoso se puso a cantar.

Pronto Jessica dejó de temblar. Se sujetó la mantita bajo el chubasquero. A la mantita le gustó.

Le dije que debíamos irnos si no queríamos tener problemas cuando volviera mi madre.

Nos fuimos.

Empezamos a andar por Seven Mile Road, no hacia el cole sino para el otro lado. (A mí se me ocurrió que nunca iba a volver al cole. Era verdad).

En la esquina pasamos frente a la casa de Shrubs, que está al lado del túnel para lavar coches. En el túnel no había ningún coche, porque hacía un tiempo inclemente, pero en el banco de la entrada estaban sentados dos hombres de color. Comían patatas fritas. Llevaban delantales negros que eran de goma. A uno yo lo conocía de antes, está siempre allí, parece malo porque tiene la nariz torcida hacia abajo, pero Shrubs dice que una vez él se quedó encerrado fuera de su casa y fue al túnel de coches y el hombre lo dejó quedarse y le dio patatas fritas y él ni siquiera tuvo que ayudarle.

En Seven Mile doblamos para aquí. Para la izquierda. Para aquí es la derecha, para aquí es la izquierda, para aquí es abajo, para aquí es arriba. Si te pierdes has de recurrir a un policía, y si no puedes cepillarte los dientes después de cada comida, enjuágate y haz gárgaras. Yo soy una fuente de información. Mi padre siempre lo dice.

Luego llegamos a Maxwell's. En Maxwell's hay dos mujeres que trabajan allí. Una es joven y pequeña con pelo negro y es buena con los niños. La otra es vieja con pelo gris y es mala y Jeffrey la llama la vieja gruñona. Hasta lleva las gafas unidas al cuello con una cadena para que no se le escapen. Aquel día en Maxwell's solo estaba ella.

En Maxwell's hay un olor como de zapatos nuevos, es de los juguetes (llevan todos zapatos nuevos). Jessica fue a la parte de las muñecas porque es una niña y yo fui a la de los vaqueros. Están solos en un estante especial que los niños no pueden alcanzar. Son de colores. Yo tengo varios, incluso el Zorro, pero en Maxwell's siempre los miro porque llevan sombreros y revólveres que se les caen y yo los míos los perdí.

En el estante había uno nuevo, lo reconocí enseguida, Hopalong Cassidy. A mí no me gusta porque es demasiado viejo para ser vaquero, tiene el pelo blanco como el Abue. Me parece que debería retirarse a Borman Hall donde vive el Abue, es como un hospital donde te quedas cuando te estás muriendo pero es kosher^[7]. Pero el traje de Hopalong Cassidy sí que me gusta, es negro con tachuelas. A Jeffrey para el cumpleaños le regalaron una bicicleta de Hopalong Cassidy. Era negra con tachuelas.

La vieja gruñona se asomó por detrás de mí y dijo:

—¿Puedo ayudarte, pequeño?

Yo di un salto de mil metros.

—Estoy comprando juguetes para mis hijos —dije—. Tengo dos, Burt y Don Diego. Son unos niños espléndidos, sí señor. Ganaron el concurso de ortografía.

La vieja gruñona usaba el mismo perfume que la señorita Marston, la maestra de parvulario, que la reconocías a una milla de distancia, huele como pastel.

Pasé a la parte de béisbol. «Bonitos guantes», dije. Entonces entró en Maxwell's un señor y la vieja gruñona se fue a verlo.

Era el inspector de asistencia. Me escondí bajo los palos.

—Tendrá usted que entrar por detrás, no quiero que me deje marcas en el suelo, la chica acaba de encerrar —le dijo la vieja gruñona al inspector de asistencia. El inspector salió para dar la vuelta hasta la puerta trasera. Iba a poner jaulas para apresarnos.

Cogí un palo.

La vieja gruñona fue a buscarme a la parte de béisbol pero yo ya no estaba, estaba detrás del mostrador de madera de balsa donde venden modelos para *boy scouts*. Me senté en el suelo con mi palo de béisbol. No podía permitir que nos cogieran, no podía permitir que cogieran a Jessica.

Sentí el olor de la vieja. Me aferré al palo. Ella se paró cerca de mí. Todo estaba silencioso. Entonces di un salto gritando «¡Es una trampa! ¡Es una trampa!», y agité el palo de béisbol sobre mi cabeza. «¡No nos cogeréis vivos!», grité.

El inspector de asistencia entró por la puerta de atrás y yo me lancé contra él blandiendo el palo y gritando «¡Ea, ea!», y lo esquivé y salí a la acera de atrás de

Maxwell's y corrí de un lado a otro saltando con el palo en la mano.

Luego el inspector de asistencia entró unas cajas a Maxwell's y subió a la furgoneta y se marchó.

Yo paré de dar saltos. Estaba en la calle, detrás de Maxwell's, y él se había largado. Volví a entrar.

—Este es demasiado ligero —dije—. Mejor compraré otra cosa.

Fui a la parte de peluches. Jessica seguía mirando las muñecas. Maxwell's tiene muchos peluches para elegir. Antes yo tenía un Panda muy grande, era mi favorito después del Mono Mimoso, pero se ahogó cuando en casa se nos inundó el sótano. El que más me gusta en Maxwell's es el canguro porque tiene en la bolsa un bebé que sale de verdad y te llevas los dos. Y también hay una morsa con dientes.

—Creo que quizá compre uno de estos canguros —le dije a la vieja gruñona—. Aunque he de mirar bien porque es excesivo.

Ella me seguía por todo Maxwell's. Las mangas del chubasquero de mi padre se enganchaban en las cosas y las tiraban de los estantes.

—Jovencito —dijo al fin la vieja gruñona—, si no tienes dinero para comprar algo deberás marcharte. Aquí no está permitido que los niños vengan solos, sin alguien que los vigile.

Pero yo no estaba solo, estaba con Jessica. Me enfadé con la vieja gruñona, y casi me pongo a llorar, pero Jessica empezó a hablar desde la sección de muñecas.

—Esta no es la verdadera Ana la Harapienta —decía—. La verdadera Ana la Harapienta tiene los ojos hechos de botones, no de plástico. ¿Por qué no tienen una auténtica, señora?

—Jovencita, esa es la auténtica —dijo la vieja gruñona—. Y ahora marchaos de aquí tú y tu hermano.

—Lo siento pero no —dijo Jessica—. Esta no es la auténtica. La auténtica la tenía yo y ha muerto. Murió con mi padre en el hospital la víspera de Acción de Gracias.

Por un minuto la vieja gruñona no supo qué hacer, miraba a Jessica y jugaba con las gafas. Luego dijo: «Adiós, niños», y nos cogió de la mano y nos arrastró hacia la puerta. Jessica se soltó.

—¿Sabe usted, señora?, resulta que en nuestra religión hoy es día de fiesta y mi hermano y yo hemos venido a comprar juguetes, que es lo que se hace en un día de fiesta. Es más bendito dar que recibir, ¿sabe? Pero ahora no podremos porque usted no nos deja quedarnos. Creo que para usted es una lástima, señora. Una lástima. —Y salió de Maxwell's andando sola.

—Le conviene rezar —dije yo, y me fui tras Jessica.

Caminamos juntos por Seven Mile Road, y Jessica no dijo nada más. Era buenísima inventando bolas, se le veía.

—Las calles son de diferentes colores, Jessica —dije yo—. Seven Mile Road es negra con rayas blancas y Lauder es gris y Marlowe tiene piedras. En mi opinión es muy interesante.

Luego vi un hombre caminando por Seven Mile delante de nosotros, a medida que caminaba se iba haciendo más pequeño. Eso lo aprendimos en Ciencias, es porque el mundo es redondo. Se lo dije a Jessica.

—Sí —dijo ella—. Pero ¿y si no lo fuera? Sería como cuando el sábado hacen sonar las sirenas de Ataque Aéreo para el simulacro. A lo mejor se está volviendo pequeño.

(A veces por la noche tengo un sueño. Que voy andando con personas mayores por una calle donde no he estado nunca. De repente ellos empiezan a andar más deprisa. A mí me cuesta seguirlos porque soy pequeño pero ellos andan cada vez más deprisa. No corro porque me da vergüenza tener que correr cuando lo que ellos hacen es andar pero ellos se alejan muchísimo, se vuelven cada vez más pequeños, y yo me quedo atrás. «Esperadme, por favor», grito, pero no me esperan. Se vuelven cada vez más pequeños hasta que desaparecen. Y yo me quedo solo).

En aquel momento Jessica echó a correr, pero al cruzar la calle tropezó en el bordillo y se cayó. Yo me puse como loco porque no se debe cruzar la calle corriendo, no es de buena seguridad. Me acerqué a ella y la agarré del brazo y la sacudí. A veces mi madre dice que se enfurece porque me quiere y antes yo nunca lo había entendido.

—Debes respetar las normas de seguridad, Jessica —le dije—. Como nos dijo el agente Williams en la reunión matinal.

(Yo soy buenísimo para las reglas de seguridad. Rojo significa pararse, verde significa adelante y ámbar significa precaución. Lo que significa el amarillo no lo sé).

Jessica se llevó un dedo a la boca y puso un pie encima del otro como una niña pequeña. Me miró con sus ojos, que son gigantescos. Se balanceó atrás y adelante y juntó los labios a medias. Me miraba.

—Hazme una foto, te durará más —dije yo.

Se pasó la lengua por los labios y se volvieron brillantes.

—Así se te helará la cara —dije. Ella arrugó más la frente. Parecía como si fuese a llorar de nuevo. Luego se quitó la mano de la boca y la estiró hacia mí. Me tocó el brazo.

—¡Ja, ja, te he engañado! —gritó, y escapó calle abajo.

La alcancé y le di un sacudón que no veas.

—No te burles de mí, Jessica —le dije—. Lo detesto.

Así que se llevó de nuevo el dedo a la boca y pareció que iba a llorar. Yo no sabía si estaba fingiendo o no. Con Jessica no se sabía. Me quedé mirándola, nada más, y los coches de Seven Mile Road pasaban y alrededor el tráfico hacía ruido.

Oí otro ruido, venía de detrás. Me volví y había un crío en una bicicleta, había puesto cartones en los rayos y las ruedas hacían un barullo terrible. Era un temerario, tú, bajaba de la acera y subía y volvía a bajar a la calle y casi chocaba contra los coches y volvía a subir. Llevaba zapatillas rojas. Pasó a nuestro lado y lo vi alejarse,

las zapatillas rojas daban vueltas y vueltas en los pedales. Más abajo por Seven Mile Road alzó la bici sobre la rueda trasera y después dio una vuelta y desapareció.

Jessica y yo llegamos a la esquina grande donde Greenwich Field cruza Seven Mile, allí sí que hay ruido y mucho tráfico que pasa a toda marcha.

—Crucemos —dijo Jessica. Ahora sonreía.

—No —dije yo—. Sin un mayor no podemos. Mi madre me ha dicho que no cruce nunca Seven Mile Road sin un mayor, o me atropellarán.

—Bah, crucemos igual —dijo Jessica, y empezó a cruzar. Se acercaba el tráfico, corrí detrás de ella y la arrastré de nuevo al bordillo. Me temblaba todo el cuerpo. La solté y metí las manos en los bolsillos. Ella no hizo más que mirarme. Luego se alejó.

—Jessica —dije yo, pero ella siguió andando.

Pensé: «Ahora se marchará, se ha enfadado conmigo porque no he cruzado Seven Mile y soy un marica».

Entonces hice una cosa. Bajé del bordillo y empecé a cruzar. Los coches hacían chirriar sus frenos y alguien bajó la ventanilla y me gritó, pero yo seguí andando, y luego me dio tanto miedo que cerré los ojos pero seguí cruzando hasta que llegué al otro lado de Seven Mile Road. Sin embargo, cuando me volví Jessica ni siquiera estaba mirando. Hablaba con un hombre parado delante de una peluquería. Luego él le dio la mano y cruzó Seven Mile Road con ella y se volvió. Jessica se acercó a mí.

—No debes cruzar solo, Burt —dijo—. Me has dado un susto.

Yo me alejé. Tenía ganas de llorar. Y entonces ella corrió detrás de mí pero yo no la miré porque estaba casi llorando.

—Lo siento, Burt —dijo—. No es que pensara que tenías que cruzar.

Estuve unos minutos sin hablar pero luego le dije vale, y seguimos juntos de nuevo por Seven Mile, pero yo la miraba y no sabía por qué decía algunas cosas.

Llegamos al País de los Niños. Es un descampado junto a la tienda que vende bragas de mujeres (las tienen en el escaparate, a mí me dan vergüenza) donde hay tiovivos. Pero en invierno estaba cerrado. De todos modos había un hombre, estaba desarmando los tiovivos. Estaba sucio, llevaba una camisa a cuadros y barba de no afeitarse.

Jessica se paró y se apoyó en la valla del País de los Niños y miró al hombre, estaba desconectando cables. El hombre nos vio. Empezó a acercárenos y yo retrocedí, pero Jessica se quedó apoyada en la valla.

—¿Vosotros no deberíais estar en la escuela, chavales? —dijo el hombre. Vi que tenía las uñas mugrientas.

—Es una fiesta especial —dijo Jessica—. Para nosotros. Solo para dos niños. Nosotros.

—Vaya, claro —dijo el hombre, sonriendo—. Ya conozco esa fiesta. Yo solía celebrarla de cuando en cuando, esa fiesta.

Jessica le devolvió la sonrisa pero yo quería largarme, no se debe hablar con desconocidos.

—¿Queréis dar una vuelta en barca antes de que las desmonte? —dijo el hombre.

—No —dije yo.

—Sí —dijo Jessica.

Meneé la cabeza pero ella me apoyó la mano en el hombro y me miró.

—No está bien que lo hagamos, Jessica —dije—. El País de los Niños está cerrado.

El hombre seguía desconectando cables. Me levantó y me puso en una barca y levantó a Jessica y la puso en otra barca.

—Pues sí, todo esto se acaba hoy. Mañana ya no habrá País de los Niños. No podréis volver.

—¿Nunca? —dijo Jessica. El hombre sonrió. Bajó una palanca y las barcas empezaron a dar vueltas. Nosotros íbamos sentados y las barcas daban vueltas. Yo imaginaba que la mía era real. Podías meter la mano en el agua y se formaban olas, estaba fría. Hice sonar la campanilla y giré el volante. Y entonces pasó una cosa.

Me volví a mirar cómo iba Jessica en su barca, pero no estaba, la barca iba vacía, luego me volví hacia el otro lado y la vi. Estaba de pie en el agua en medio de las barcas, le llegaba a las piernas, tenía un dedo en la boca, lloraba.

Me levanté y la agarré del brazo y tiré y ella se subió a mi barca. Estaba empapada. Hacía un frío terrible. Jessica lloraba. Se sentó a mi lado. Yo no veía al hombre por ninguna parte. Dimos vueltas y vueltas.

Por fin el hombre volvió, solo que ahora parecía malo. Nos sacó de las barcas y nos empujó hacia fuera.

—Para vosotros dos se ha acabado el País de los Niños —dijo varias veces. Me dio miedo.

Jessica estaba temblando otra vez y caminamos por Seven Mile. Todavía lloviznaba y también había viento. Yo sabía que tenía que salvarla. Entonces vi una cosa. Era una agencia Chevrolet Hanley-Dawson, es una tienda de coches que está en Seven Mile Road cerca del País de los Niños. Es una gran sala con paredes de cristal donde tienen coches en venta. Y en la ventana hay un cartel enorme: PASE A VER NUESTROS MODELOS. ¡CAFÉ Y DONUTS GRATIS! Cogí a Jessica de la manga y la hice entrar a la Chevrolet Hanley-Dawson.

Dentro estaba tibio, tenían un sillón para sentarse y Jessica se sentó. Era verde. Luego yo fui hasta la mesilla donde tienen el café y los donuts. Estaba lleno de mayores, tuve que ponerme en la cola. La Chevrolet Hanley-Dawson tiene escritorios con señores con traje y teléfonos y había una señora con auriculares en las orejas que conectaba cables cuando los teléfonos sonaban. Esperé en la cola como un caballerito hasta que me tocó el turno y entonces le hice un Café para Niños a Jessica y me gané una mirada de odio por usar toda la leche. También le llevé un donut, era normal, sin esa cosa blanca. Le enseñé a remojar, a mí me enseñó mi padre. Yo remojo bocadillos de atún en leche con cacao, es delicioso y nutritivo.

—Morty Nemsick dice que esto es un sofá, pero mis padres lo llaman sillón. ¿Tú qué opinas, Jessica? —le dije. Quería darle conversación para que parara de temblar. Pero ella no decía nada. Se llevó el café a la boca pero empezó a derramarlo todo porque seguía temblando, así que lo cogí yo y se lo aguanté un rato mientras bebía.

Un hombre con traje se nos acercó.

—¿Estáis con alguien? —nos preguntó.

—Sí, señor —dije yo. Él nos miró los chubasqueros—. Se los estamos cuidando a nuestros padres. Se han ido a otro sitio.

Se alejó y como lo vi hablar con otro hombre de traje y señalarnos, me levanté. Frente a nosotros había un coche rojo. Había un señor y una señora mirándolo, iban muy bien vestidos, eran más jóvenes que mis padres, la señora llevaba botas con tacones altos, estaba maquillada. Así que fui a pararme detrás de ellos.

—El interior me parece abismal —dijo la señora. Yo la miré e hice que sí con la cabeza.

—Es opcional —dijo el señor.

Yo dije:

—Fabuloso. —Como los dos me miraron, saludé con la mano. Se fijaron en el chubasquero—. He de crecer más —dije yo—. Es una prenda muy razonable para el invierno.

El hombre del traje y el otro me seguían observando. A ellos también los saludé. El señor y la señora rodearon el coche y yo los seguí, asintiendo cada vez que decían algo.

Pero entonces miré a Jessica y estaba temblando todavía más, así que volví con ella. Se me había ocurrido una idea.

—Ven —dije. La hice levantarse. La llevé hasta un gran coche negro que había. La puerta estaba abierta. Dentro era todo negro. Tenía unos asientos enormes. Tenía ventanillas. Y estaba tibio. Subimos. Cerramos las puertas. Yo me senté en el lugar del conductor como un padre y Jessica iba al lado. Se quitó los zapatos y se cubrió los pies con la mantita y pronto empezó a sentirse mejor, se le veía.

Yo miré por la ventanilla. Hice algo que a menudo hago en los coches. Miré la ventanilla y encontré una mota de polvo y luego cerré un ojo y moví la cabeza arriba y abajo e hice saltar la mota sobre los árboles.

—Vale, niños, bajaos de una vez. Esto no es una juguetería —dijo el hombre del traje. Estaba parado frente al coche. Nosotros trabamos las puertas.

El hombre de traje se fue y volvió con el otro hombre de traje, que era más viejo.

—Hala, chavales —dijo—. Bajaos. Ahora mismo.

No le hice caso. Le hice el vacío. Él golpeó la ventanilla con el puño y miró al otro hombre de traje y dijo:

—Bajaos de una vez, ¿me habéis oído? —Y se marchó. El otro hombre se quedó dónde estaba y arrugó la frente.

Jessica apoyó la cara en la mantita y la abrazó. Las rodillas subían y bajaban, subían y bajaban, tenían calcetines con los bordes doblados, que eran suaves y como limpios porque estaban mojados. Yo alargué la mano. Llegué casi a tocar las rodillas, pero no. En vez de eso la apoyé en el asiento.

Pronto toda la gente de la Chevrolet Hanley-Dawson vino a pararse alrededor del coche para mirarnos. Yo los saludaba con la mano. Era como si estuviésemos en un desfile, solo que Jessica no los miraba. Miraba hacia abajo.

El hombre del traje fue a buscar a la señora de los auriculares.

—Usted es madre —dijo—. A ver si puede hacer algo.

La señora puso una gran sonrisa y nos miró y dijo:

—Vamos, niños, ¿no os parece que es hora de volver a casa? Seguro que vuestros padres están preocupados.

Pero yo estaba muy ocupado conduciendo. Iba a Miami.

Jessica llevaba en el pelo unas cintas que hacían juego con su vestido. Pero estaban mojadas, por la lluvia, y colgaban. Y yo estuve a punto de tocar una pero no la toqué.

Uno de los hombres de traje empezó a reírse pero el otro dijo:

—No los animes más.

Luego volvió el más viejo. Gritó:

—¿Dónde demonios están las llaves de este coche? ¿No hay nadie que tenga un poco de seso?

Tres hombres de traje fueron a buscar la llave.

Yo seguía conduciendo hacia Florida y Jessica había inclinado la cabeza y había cerrado los ojos. Al inclinarse, la mantita se le resbaló de las piernas. Yo me agaché para ponérsela bien, y al agacharme golpeé algo con la mano. Al lado del volante. Tintineaba. Me fijé. Eran las llaves del coche.

Entonces hice una cosa. No sé cómo pero lo hice. Estiré las piernas y me apoyé en el pedal largo y apreté una y otra vez y luego giré la llave. Salió humo, me hizo dar un salto, hubo un ruido fortísimo. Todo el mundo se apartó corriendo y el viejo de traje vino de nuevo a golpear las ventanillas con los puños.

—¡Voy a denunciaros a la policía, chavales! —dijo.

Luego no hice nada más, porque no sabía qué iba a pasar. Pero pasó una cosa. Jessica empezó a hablar.

—Ana la Harapienta no murió, Burt. La maté yo en el hospital. Fui a ver a mi padre. Se lo habían llevado en una ambulancia. Yo estaba con mi tía, ella me llevó a la habitación. Al lado de la cama estaba mi madre, a él lo habían puesto bajo una cosa de plástico, una tienda, y estaba lleno de tubos. Pero tenía los ojos abiertos. Yo me acerqué. «Soy yo, papá, Condesa», dije, pero él no contestaba. Me miraba pero no decía nada. Era como si no supiese quién era yo. «Soy yo, papá, soy yo», le dije, pero él miró hacia otra parte y yo pensé que no podía verme por culpa del plástico, así que me acerqué a quitarlo pero mi madre me cogió la mano y la apartó. Yo estaba furiosa

con papá, ni siquiera quería hablarme, le grité. Mi tía me sacó de la habitación. Me hizo sentar fuera, en una silla de plástico que era dura. Yo llevaba conmigo a Ana la Harapienta.

»Luego salió mi madre y estaba llorando. Le dijo a mi tía que todo había acabado y que me llevara a casa. Pero yo grité que quería ver a papá. Mi tía me sujetó muy fuerte, no quería soltarme. Dijo que hay cosas que los niños no comprenden.

»Y entonces yo decidí que no iba a ser más una niña. Cogí a Ana la Harapienta y la maté en un cubo de basura que había junto al ascensor.

Y Jessica se puso a llorar. Lloró y lloró en el coche y se dobló en dos y yo no sabía qué hacer. Así que abrí los brazos, como hace mi padre cuando tengo pesadillas, y rodeé a Jessica, la rodeé con los brazos y ella se apoyó en mí, en mi pecho. La abracé en el coche. La abracé muy fuerte, mientras alrededor los mayores golpeaban las ventanillas.

El policía tenía un revólver pero no nos mató. Para ser policía era bueno y quería a los niños, pero dijo que conducir coches dentro de una tienda era peligroso. Llamó por teléfono a la madre de Jessica pero no estaba en casa y luego llamó a mi casa pero se puso Jeffrey y dijo que era un número equivocado. Así que el policía dijo que si prometíamos ir derecho a casa podríamos marcharnos, y cuando salíamos oí que el viejo del traje decía: «Pero ¿cómo? ¿Va a dejar que se vayan tan campantes?», y el policía dijo: «¿Usted nunca fue niño, jefe?».

El cielo estaba absolutamente espléndido, que es lo que dice mi madre cuando vuelvo a casa sucio, estaba gris con una especie de suciedad y con llovizna. Las calles brillaban por el agua y te veías tu propia respiración. Volvimos a casa.

Seguí a Jessica para vigilarla. De vuelta pasamos por el otro lado de Maxwell's. El reloj grande del banco marcaba las cuatro.

Ya no hablábamos. Todo el camino de vuelta a la casa de Jessica caminamos en silencio. En el caminito de entrada había dos coches, una furgoneta y otro pequeño, detrás. Yo sabía que el pequeño era el del padre de Jessica. Jessica abrió la puerta de la casa y entró pero yo no quería. Esperé fuera hasta que ella me dijo que pasara. Y entré.

Todas las luces estaban apagadas, no había nadie en casa, ni siquiera animalitos. Jessica se quitó el chubasquero de mi madre y lo colgó pero el mío yo me lo dejé puesto. En el bolsillo había alguien, era el Mono Mimoso, estaba durmiendo. Jessica fue por el pasillo hasta la sala. No hablaba. Se sentó de lado en el sofá y puso los pies encima y dejó unas manchas oscuras donde la tela se había mojado. (Pero no se debe poner los pies en los muebles, se estropean, dice mi madre, y entonces hay que regalarlos. Una vez mi abuelo vendió todas las sillas de nuestra casa sin decírselo a nadie. Vino un hombre y estaba cargándolas en un camión cuando apareció mi madre. Le gritó al hombre. Dijo: «¿Cómo va a hacerle caso a un anciano de ochenta años que no tiene idea de lo que valen los muebles?»).

Me quedé parado en el pasillo y miré a Jessica. En un rincón de la sala había un reloj de abuelo. El Capitán Canguro tiene uno que baila, pero el de Jessica no bailaba, no tenía ni cara, solo una cosa debajo que se movía de aquí para allá de aquí para allá.

Al lado del sofá había una mesa con tapetitos, que son como copos de nieve de tela, y posavasos. (Los posavasos me gustan como objetos, no hay que enrollarlos). Jessica miró por la ventana que tenía detrás y movió un pie arriba y abajo arriba y abajo.

Fuera estaba la Señora Luna. En Música nos enseñaron una canción:

*Señora Luna, mi dama,
fulgurante y solitaria,
báñame con luz plateada.
Señora Luna, señora,
líbrame de la tristeza,
amiga de frente blanca.*

*A la fiera comadreja
de un tiro la mataré
a la fiera comadreja
antes de que eche a correr.*

*Señora Luna, mi dama,
líbrame de la tristeza,
amiga de frente blanca.*

—¿Ves al Hombre de la Luna? —dije.

Las nubes pasaban por encima de la luna y la encendían y la apagaban. Y una vez yo estaba en el porche de mi casa mirando la luna y vino mi madre y quiso enseñarme al Hombre de la Luna pero yo no lo veía. Nunca he podido verlo.

Jessica no decía nada. Me senté en el sofá. Fuera había dejado de llover. El borde del cielo se había vuelto rojo. En la casa todo era marrón. En invierno oscurece temprano y has de atrasar el reloj. El cielo es el lugar donde vive Dios, yo le recé. Recé para que el padre de Jessica no estuviera muerto, pero Dios no me ayudó. Cuando era pequeño creía que la noche era cuando las nubes tapaban el cielo.

—Has mojado el sofá —le dije a Jessica. Ella me miró y dijo:

—Cuando murió mi papá mi mamá lo cubrió todo con sábanas para que los de la empresa no lo estropearan. No las quitó hasta ayer. Dijo que ya era hora de acabar con la tristeza, pero se pasó toda la noche llorando. —Jessica miró adonde estaba mojado—. Debería haberlas dejado.

Yo miré por la ventana, y apoyé la nariz e hice donuts con el aliento. Dije: «Mira, Jessica, donuts», pero ella estaba mirando otra cosa, algo que colgaba del pasamanos de la escalera, un bolso.

Al otro lado de la calle se encendió la luz de un porche. Estaba oscureciendo más. Miré la luna pero se había ido. Por la acera pasó un perro, lo llevaba un hombre. Por el cielo pasó un avión, el ruido venía después. Más abajo de la calle alguien gritó: «Tengo que mover el coche», y Jessica se levantó y fue hasta el pasillo, miró el bolso

y dijo: «Es el bolso de mi madre». Luego miró hacia arriba por la escalera. Luego subió.

Yo me quedé en el sofá. En la mesa había una vela sobre el tapete pero no estaba encendida, estaba apagada. En la cocina roncaba la nevera. El reloj de abuelo sonó cinco veces. Y fuera el cielo se puso azul oscuro sin estrellas. Yo me crucé de brazos y esperé, pero Jessica no bajaba.

Me levanté. Fui hasta el pasillo. Olía como Jessica. Miré el bolso.

Presté atención. No se oía nada. Apoyé el pie en el primer escalón. Tenía moqueta. Yo estaba en la escalera.

Subí. Cuando llegué arriba miré a los lados. No se veía casi nada. Esperé a que se me acostumbraran los ojos. Había un cuarto de baño. Al lado había una habitación con una cama grande para dos personas. Al lado había un armario, lo abrí y estaba lleno de sábanas y toallas. Luego miré por el pasillo. Al fondo había otra habitación, la puerta estaba abierta y dentro encontré a Jessica, sentada de lado en la cama mirando por la ventana, los pies le colgaban del borde.

Fui hasta la puerta y esperé. Ella no me oía. Me quedé parado, mirándola nada más. La luz de fuera le iluminaba la cara y tenía diamantes en los ojos. Esperé y esperé y pronto ella empezó a cantar una canción.

*Posado en el gomero
cucaburra está
pájaro contento
rey del matorral
ríe que te ríe
feliz cucaburra
ríe que te ríe
cada día más.*

Yo escuchaba. Miraba cómo sus labios se abrían se cerraban se abrían se cerraban. Ella se recostó en tres cojines. Uno era rosa, otro, a cuadros, otro era liso. Los pies le colgaban del borde de la cama. Yo miraba.

En la esquina del cuarto había un caballo de madera que en realidad era una silla. En el techo había una lámpara con payasos, y colgando de la pared sobre la cama estaba Jerry el Muñeco.

Jessica se quitó los zapatos y cayeron al suelo. Puso las piernas sobre la cama, todavía llevaba los calcetines largos, doblados en el borde y lisos y suaves. Luego dijo una cosa:

—Peter Pan es una niña. —Seguía mirando por la ventana—. Lo vistieron de niño pero es una niña, le cortaron el pelo corto y le hicieron ponerse un sujetador apretado.

(Yo también lo vi, por la tele, y como me dieron ganas de volar, le dije a mi padre que llamara al canal para saber cómo lo hacían, pero Jeffrey dijo que mientras hablaba no había nadie al teléfono, que mi padre me había mentido).

—Yo no soy bastante mayor para usar sujetador —dijo Jessica—. Pero tengo uno, me lo dio mi madre para cuando sea mayor.

Fue al armario y lo sacó. Me lo enseñó, me dio una sensación rara. Estaba mal. No debo mirar esa ropa. Pero entonces hice una cosa. Lo cogí y me lo puse, solo que hacia atrás.

—Mira, Jessica —dije—. Soy un camello.

Me sorprendió que se riera. Era una forma de reírse que yo no había oído nunca, como si cantara. Me puse el sujetador en la cabeza y salté y salté y ella se rio más y me lo puse en la cara y ella cayó en la cama riendo.

—Toe, toe —dije yo (era un chiste).

—¿Quién es?

—Yo. ¿Aquí hay hay?

—Sí, hay hay.

—No hace falta que llores —dije yo.

Jessica me miró.

—No estoy llorando. —Ya no se reía.

—No, si era un chiste.

—¿Qué chiste?

Se volvió hacia la ventana, porque no entendía.

—Jessica, era una broma —dije yo.

Pero no quería volverse. Le miré la espalda, se le hacían jorobitas, estaba llorando.

—Jessica —dije, pero ella apoyó la cabeza en la cama y los hombros le subían y bajaban le subían y bajaban. Yo no sabía qué hacer, así que me acerqué.

Intenté enseñarle un truco de magia, parece como si te arrancaras el pulgar, pero no quería mirar.

—Podríamos jugar a hacer de algo, Jessica —le dije—. De cualquier cosa. Así te alegrarás.

—No —dijo ella—. Eso son cosas de niños. Yo no quiero seguir siendo niña. Lo odio —dijo, y golpeó la cama—. Lo odio —repitió, y de nuevo golpeó la cama e hizo con la voz un ruido como de animal—. ¡Odio ser pequeña! —gritó, y se tapó la cabeza con el brazo y cayó en la cama llorando.

Yo no sabía qué hacer. Me quedé mirándola y estaba enfadada. Porque yo también soy un niño. Y también lo odio.

Una vez mi madre me dijo que cuando fuera mayor amaría a una persona y que entonces no querría que nadie le hiciera daño. Antes pensaba que esa persona era Shrubs. Pero no. Era Jessica.

Me senté a su lado en la cama y le puse la mano en el pelo, sobre los lazos, y tiré de uno y se deshizo y cayó en la cama. Y luego el otro. Lo sostuve en la mano. Y me lo apreté contra la mejilla, porque era suave.

Cuando ella me miró tenía todo el pelo en la cara. Yo se lo eché atrás con las manos y estaba mojado pero no de la calle sino de llorar. Cogí una lágrima con el dedo y la puse en mis ojos.

Rodeé a Jessica con los brazos como hace mi padre cuando lloro y le hice así detrás de la cabeza. Ella se echó a un lado y se apoyó en mi costado, estaba tibia. Me quité el chubasquero y alguien cayó en la cama. Era el Mono Mimoso. Lo puse en el antepecho de la ventana mirando hacia fuera, para que vigilase que no nos pasara nada a Jessica Renton y a mí. Y la miré llorar y dije una cosa muy flojito:

—No dejaré que nadie te haga daño. No dejaré. Y verás que ya no seremos niños.

Y ella me miró con los ojos y apretó la cabeza contra mi barriga y yo la abracé muy fuerte y estaba tibia. Vi que fuera había empezado a nevar y el Mono Mimoso miraba la nieve pero dentro nosotros estábamos calentitos. Y de repente pasó una cosa. Vi que las farolas se encendían. Se encendieron y nos alumbraron. Jessica apretó la cara contra mi barriga y dijo: «Somos amigos», y tenía diamantes en los ojos.

Yo le apoyé la barbilla en el pelo y ella restregó la cara contra la mía, era suave como mi mantita, y me besó la cara, me quitó la camisa. Rodó y el vestido le resbaló por los brazos que me rodeaban a mí y se cayó tumbada de espaldas en la cama y de un tirón hizo que me pusiera encima de ella y sentí sus manos en los bolsillos, me bajaban por las piernas, por todo el cuerpo. Sentí un avión más abajo de la barriga, con elásticos que me apretaban más y más. Jessica me cogió el pito, lo movió arriba y abajo arriba y abajo. Delante, donde yo la estaba tocando, ella también tenía un pito muy pequeñito, era suave, daban ganas de besar. Y de repente oí un ruido, llegaba a la casa de Jessica desde muy lejos. Rápido por Seven Mile Road. Eran cascos. Un caballo galopando sin nadie encima. *Blacky*.

Más y más fuerte pasando por las tiendas. Y luego oí una cosa más. Una bicicleta con cartones en los rayos, al lado de *Blacky*, que se acercaba sin nadie encima haciendo cada vez más ruido, viniendo hacia mí. Bajo mi barriga los elásticos del avión se retorcieron más y más y yo cogía a Jessica y ella me abrazaba con las piernas y dije: «No tengas miedo», y ella dijo: «No tengo, no tengo. Ya no tengo». El ruido se hizo más fuerte y la bicicleta y *Blacky* se acercaban y yo sabía que estaban por llegar, el elástico tiraba muchísimo y pensé que iba a morirme, ya estaba casi muerto. Y entonces eché a volar. Volé sobre la casa y Maxwell's y la calle, sobre Lauder y el colegio, sobre todas las cosas, y bajé de nuevo hacia Jessica. Vi que ya casi estaba. Ya casi estaba allí. Y de repente estuve.

Alguien gritó: «Dios mío». Se encendieron las luces. Ella me sacó de la cama y me tiró contra la pared y me salió sangre de la cara. Resbalé al suelo. Solo podía verle

el bolso y ella agarró a Jessica y yo grité «No la toques no la toques» y la golpeé con los puños pero ella volvió a empujarme y ya no me pude levantar.

—¡Dime tu teléfono! —gritó la madre de Jessica. Yo pensaba que no podía moverme, tenía sangre en la cara. Me entraron ganas de vomitar—. ¿Qué número tienes? ¿Estás sordo? —Me agarró del brazo—. ¡Te estoy hablando!

Cerré los ojos y me fui.

Jessica estaba arrodillada en la cama con la cara hundida en la almohada. Cuando su madre se acercó a tocarla, no la dejó.

—¿Cómo es posible? —dijo la madre—. ¿Qué clase de animal repugnante eres? Tendrían que encerrarte. Cómo será tu familia, para haber criado un monstruo así. Pero tranquilo, que ya me ocuparé yo de ti, puedes estar seguro de que esto no volverás a hacerlo, ni a mi niña ni a nadie. ¿Me oyes? —Me cogió del pelo y me hizo levantar la cara—. ¿Me oyes?

Volví. Abrí los ojos.

—Si llega a tocarla —susurré—, la mato.

No sé cómo consiguió el número pero llamó a mis padres. Dijo que yo había dicho que iba a matarla.

Vino mi madre y me metió en el coche. Yo intenté quedarme con Jessica, me cogí a la cama, me dio una rabieta, pero me sacaron. Cuando llegué a casa mi padre estaba con un policía. Yo no hablé con nadie. Mi madre me curó la cara. Me acuerdo de que lloraba.

Me acuerdo de que me mandaron a la cama y vino el médico y me dio una medicina para darme sueño. No podía levantarme. Casi no me acuerdo de nada, pero me acuerdo del teléfono, sonaba todo el rato como un montón de timbres, y yo oía que era la madre de Jessica.

Al día siguiente mi madre y mi padre me subieron al coche y me trajeron aquí, al Centro de Internamiento Infantil. Y me dejaron. Se lo ordenó la madre de Jessica, pero también ellos pensaban que era lo mejor.

Y aquí estoy desde hace dos meses. Hanukah fue hace tres semanas. Mis padres me enviaron ropa en una caja, llegó atada con un cordel. Yo cogí el cordel y se lo ató a un calcetín y lo colgué de la pared, como si fuera un muñeco.

Ya no escribo aquí muy a menudo, porque el doctor Nevele dice que es mejor que hable con él en las sesiones. Ya ni siquiera vengo a menudo a la Sala de Retiro. Ahora sé controlarme.

Rudyard se marchó del Centro de Internamiento Infantil, pero luego volvió. Pero yo no lo veo, no viene a mi pabellón ni a la Sala de Juegos, está arriba. Cuando voy a nadar pienso en él. Sé nadar a lo perro. Cuando vuelva a casa le enseñaré al Mono Mimoso. A él le gusta nadar solo que nunca más lo veré. Estaba en casa de Jessica. Creo que la madre de ella lo mató.

He visto a Rudyard. Estaba arriba donde la señora Cochrane me llevó a ver a otro médico que me enseñó dibujos y me hizo decir cómo se llamaban muchas cosas. Era un test. Cuando salí Rudyard estaba en el pasillo con un niño, lo llevaba en brazos, el niño hacía muecas.

Rudyard me miró. Yo también lo miré. Nos miramos un rato muy largo. Luego él dijo:

—Hace una semana que ando con esto. —Dejó al niño en el suelo y se enderezó. Volvió a mirarme y hurgó en el bolsillo—. Ni siquiera sé por qué lo llevo. Dile al doctor Nevele que lo has encontrado por ahí.

Era un sobre, lo miré. Cuando levanté la vista, Rudyard estaba llorando. Estaba llorando por mí. Así que hice una cosa. Me puse la mano bajo la barbilla e hice la Contraseña.

El niño echó a correr por el pasillo y Rudyard corrió tras él. Por el pasillo se fue haciendo cada vez más pequeño.

Yo abrí el sobre. Luego lo cerré. Me temblaban las manos. Porque tenía miedo.

Aquella noche no pude dormir. Me quedé acostado mirando el techo, tenía una ventana, estaba iluminada por la luz del pasillo.

Al otro lado de la puerta oí que los porteros se marchaban a casa, decían que se iban a helar hasta la médula. Y cuando se marcharon no quedó nadie. Era tarde. No se oía ni un ruido. Manny se chupaba el pulgar y Howie respiraba en la cama de al lado. Yo miraba por la ventana del techo, y miraba y miraba.

Me bajé de la cama. Busqué bajo la almohada y cogí la carta, la carta de Jessica. Fui hasta la puerta. Espié fuera. Estaba todo vacío. Salí. Caminé pegado a la pared. En la pared había alguien, era mi sombra. Caminamos pegados a la pared, yo y yo.

Iba a un lugar conmigo mismo.

Abrí una puerta que decía escalera. Había una escalera. Subí y subí. Mis pasos hacían eco pero no me paré. Luego salí por otra puerta y doblé para aquí. Fui hasta el final y doblé para aquí. Pasé por una puerta de cristal y encontré otro pasillo. Había una enfermera detrás de una mesa. Estaba leyendo un libro. No me vio. Luego pasé por otra puerta. Dentro de la habitación había una hilera de camas. Fui hasta la última.

Carl estaba atado, le habían puesto correas. Ni siquiera intentaba moverse, pero me vio con los ojos. Los tenía abiertos. Él tampoco podía dormir. Junto a la ventana había una silla plegable. La cogí y la abrí y me senté al lado de la cama de Carl. Él me sonrió. Yo no tenía miedo.

—Soy yo —dije—. El de la Sala de Juegos, ¿recuerdas que te empujé?

Carl no dijo nada. Los ojos se le torcieron en la cabeza pero siguió mirándome.

—Me tiene confundido —dije yo— esto de Rudyard y el doctor Nevele. Rudyard me enseñó a nadar y era amigo mío, pero en lo de la pared mintió, en lo de leer la

pared.

Carl sonrió. Yo miré cómo la barriga le subía y bajaba le subía y bajaba. De las otras camas llegaban ruidos. Sonaba como si fueran muñecos. Eran niños.

—Y el doctor Nevele no entiende a los niños y eso lo pone triste. Dijo que no me habían llegado cartas.

Carl paró de moverse.

—Y ahora no hay nadie. Ojalá estuviera en mi casa. Ojalá no estuviera más aquí.

Todo el resto de la noche estuve sentado junto a Carl. Estuve sentado y él me miraba, sonriendo, y yo me quedé. La habitación estaba muy tranquila, como si todo el mundo se hubiera ido al cielo.

Cuando llegó la mañana me fui. Anduve por el pasillo. Llegaban enfermeras y se quitaban los abrigos y los colgaban. Yo fui a la Sala de Retiro. Abrí la puerta y encendí la luz, pero había alguien, encogido en el suelo contra la pared.

Cuando entré se despertó y se sentó y se puso a mirarme restregándose los ojos y parecía casi un bebé. Se puso las gafas para ver quién era, y era yo.

—Señora Cochrane.

Estaba arrugada de dormir en el suelo. Estaba como mareada. Se quitó las gafas y se restregó los ojos. Quiso levantarse pero no pudo. Era demasiado vieja. Yo la miraba, era como una niña pequeña. Me di cuenta de que había ido allí a esperarme porque yo no estaba en mi cama, había ido a controlarme. Yo la miraba. Ella no dijo nada. Se quedó sentada, nada más, en el suelo frente a la pared, frente a donde había escrito *Quería ver volar el tiempo*. Me di cuenta de que había sido ella.

Yo tenía mucho sueño. Apagué la luz de la Sala de Retiro y me eché en el suelo a su lado y me puso un brazo encima. Me acerqué más y ella dejó el brazo encima de mí. Lo dejó mientras yo me dormía.

Querido Randy:

No sé si podré escribirte muy pronto porque mañana mi madre me llevará a un colegio privado. Está lejos, en Ohio. Ella dice que allí hay montones de niños buenos, que me olvidaré.

Quien le dijo que me enviara fue el médico del hospital. Dijo que lo que pasó me dejará preocupada durante mucho tiempo, y que tal vez tenga pesadillas. Le dio a mi madre píldoras para hacerme dormir.

La noche que volví del hospital mi madre me acostó en su habitación y me dio una píldora. Pero yo la escondí en la boca y luego la escupí. Y cuando ella se fue me levanté y fui a mi cuarto. Me metí en la cama pero no podía dormir. Tenía miedo. Luego oí un ruido, me asusté y encendí la lámpara. Luego no se oyó más. Pero cuando apagué la luz volvió. Yo estaba asustada. Escuchaba con toda mi alma.

Estaba oscuro, solo había una luz que venía de la calle. Y vi al Mono Mimoso sentado en la ventana mirando afuera como lo pusiste tú. Era él. Estaba cantando:

*Posado en el gomero
cucaburra está
pájaro contento
rey del matorral
ríe que te ríe
feliz cucaburra
ríe que te ríe
cada día más.*

Lo escuché cantar y cantar mucho rato. Era bonito. Y cuando me quedé dormida soñé con el arcoíris.

Jessica

Querida Jessica:

Hace tiempo yo tenía cinco años. Era verano. Me dejaban acostarme tarde porque no tenía clases. Y una noche tuve un sueño feo.

Me desperté. En mi cuarto estaba oscuro. Había una sombra en el armario. Todo estaba en silencio. Yo no me encontraba bien. Sudaba. Notaba un frío dentro. Me senté en la cama y esperé. Esperé y esperé. Luego me bajé de la cama. Señalé la puerta y fui. Salí al pasillo en pijama. Me paré cerca de la lamparilla frente a la habitación de mis padres. Presté atención. Pero no se oía nada. La habitación por dentro estaba negra.

Me quedé allí en pijama. Miré la habitación de mis padres pero estaba oscura. No se oía ningún ruido. Y entonces, muy bajito, dije una cosa, en el pasillo.

¿Hay alguien allí?

Burt



HOWARD BUTEN (Detroit, Michigan, 1950) es psicólogo, *clown* y escritor, un tres en uno aparentemente desconectado, pero con más puntos en común de lo que pueda parecer. Una vez alguien le dijo que en cada una de estas tres facetas se dedicaba a consolar a la gente, y esta afirmación ya le va bien, pero también afirma que todo es una cuestión de técnica, y estamos de acuerdo.

Hijo de una actriz de *music-hall*, se pasó la infancia cantando, haciendo teatro y números de ventrilocuo, tocando instrumentos y experimentando con sus muñecos y con ranas porque también quería ser un «hombre de ciencias del futuro». De hecho, dice que fijó su personalidad con cinco años y que solo se reconoce en las fotografías de aquella época. Aunque como psicólogo se dedica a tratar a chicos con autismo en una clínica que fundó en un suburbio de París en 1997, y a pesar de que en sus espectáculos como Buffo —el nombre del *clown* que interpreta— buena parte de su público es menor de edad y de que sus novelas están protagonizadas por niños, opina que las criaturas de hoy en día son mortalmente aburridas.

No lo es el protagonista de *Cuando yo tenía cinco años, me maté*, una novela que publicó en 1981 con el título de *Burt* y que, aunque en un principio en Estados Unidos no tuvo mucho éxito, en Francia ha vendido millones de ejemplares y ha sido traducida a dieciséis lenguas. Fue su primera novela, un experimento que emprendió con la única voluntad de demostrarse que era capaz de llenar una novela utilizando la voz de un niño; vosotros veréis si lo consiguió, nosotros pensamos que sí. En Francia, donde vive desde hace años, ha publicado, entre otras, las novelas *Le Coeur sous le rouleau compresseur* (1984), continuación de *Cuando yo tenía cinco años, me maté*, y *Quand est-ce qu'on arrive?* (2000) y los libros de divulgación *Ces enfants qui ne viennent pas d'une autre planète* (1995) y *Il y a quelqu'un là dedans, des autismes* (2003). En 1991 fue nombrado caballero de la Orden de las Artes y las Letras.

Notas

[1] Literalmente, *shrubs* significa «arbustos». (*N. del t*). <<

[2] En castellano en original. (*N. del t.*) <<

[3] En castellano en original. (*N. del t.*) <<

[4] Asociación Cristiana de Jóvenes. (*N. del t.*) <<

[5] Goy, o mejor goim, es para los judíos el no judío. (*N. del t.*) <<

[6] Bobe y Zeide son las palabras del yiddish para abuela y abuelo. (*N. del t.*) <<

[7] Puro, autorizado por la religión judía. (*N. del t.*) <<

Howard Buten

se

Cuando yo tenía cinco años, me maté

Traducción de Marcelo Cohen

